

ENTENDIENDO
DIOS ES INCREÍBLE
GRACIA

A grayscale photograph showing two hands reaching towards a bright, glowing cross in the center. The hands are positioned on the left and right sides, with fingers slightly spread. The background is a cloudy sky, and the cross is the brightest element, creating a halo effect.

El poder y la capacidad de Dios

actuando en ti y a través de ti

Bruce R. Edwards

COMPRENSIÓN GRACIA

El poder y la capacidad de Dios obrando en y a través de ti.

Bruce R. Edwards

Comprender la gracia

Copyright © 2026 por Bruce R. Edwards

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo.

Queda prohibida su reproducción o uso de cualquier forma. sin la autorización expresa por escrito del editor excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera edición, 2026

ISBN 979-8-89546-432-8

Todas las citas bíblicas contenidas en este documento, a menos que se indique lo contrario, son la Nueva Versión King James de la Biblia.

Copyright 1979, 1980, 1982 Thomas Nelson, Inc., Editores

www.pastorbruce.com

CONTENIDO

Introducción	Página VI
Capítulo uno: ¿Qué es la gracia?	Página 1
Capítulo dos: El poder de la gracia	Página 15
- Gracia para salvar	
- Gracia para mantenerse en pie	
- Gracia para servir	
- Gracia para santificar	
Capítulo tres: Misericordia versus Gracia	Página 28
Capítulo cuatro: Favor versus Gracia	Página 40
Capítulo cinco: Justicia versus Santidad	Página 58
Capítulo seis: Gracia y fe	Página 72
Capítulo siete: Su gracia es suficiente	Página 84
Capítulo ocho: Recibir y extender la gracia	Página 97
Capítulo nueve: Hay más gracia para ti	Página 113
Capítulo diez: Obstáculos a la gracia	Página 127
Capítulo once: Viviendo en la gracia de Dios	Página 139
Capítulo doce: La gracia de Dios es asombrosa.	Página 156
Capítulo final: Vivir en el desbordamiento	Página 169
Acerca del autor:	Página 185

INTRODUCCIÓN

La tormenta llegó sin previo aviso.

Un instante, el mar estaba en calma, como un espejo, predecible, casi reconfortante. Al siguiente, el cielo se tornó violento, el viento rugió con furia y las olas se alzaron como imponentes muros, decididas a engullir todo a su paso. Una pequeña barca de pesca, atrapada en el caos, fue zarandeada sin piedad de cresta en valle. En su interior se encontraban pescadores experimentados, hombres que habían dedicado su vida al mar. Sin embargo, en ese momento, la experiencia les falló. Las fuerzas los abandonaron. El control se les escapó de las manos como arena.

Lucharon con todas sus fuerzas: tiraron de las cuerdas, ajustaron las velas, gritaron órdenes, pero nada funcionó. La tormenta era más fuerte que su habilidad, más grande que su resistencia e indiferente a sus esfuerzos.

Y entonces, en medio del caos, apareció una figura.

Sin luchar. Sin entrar en pánico. Sin esforzarse.

Caminando.

Caminando sobre aquello que amenazaba con destruirlos.

En ese instante, la tormenta no cesó, pero algo mucho más poderoso irrumpió en la escena. Autoridad. Poder. Paz. Una fuerza sobrenatural se apoderó de su imposibilidad. Y de repente, aquello que jamás podrían vencer con sus propias fuerzas fue sometido por un poder superior. Esto es un ejemplo de gracia.

La gracia no es simplemente que Dios calme las tormentas a tu alrededor, sino que te dé la fuerza para afrontarlas. No es solo bondad divina hacia quienes no la merecen, aunque sin duda también lo es. Es algo mucho más grande, mucho más profundo y mucho más transformador.

La gracia es el poder y la capacidad de Dios obrando en ti, capacitándote para hacer lo que nunca podrías hacer por ti mismo.

Aquí es donde muchos han malinterpretado una de las verdades más fundamentales de la vida cristiana.

Para algunos, la gracia se reduce al perdón: Dios pasa por alto el pecado, borra el pasado y le da a la humanidad una segunda oportunidad. Si bien el perdón es una expresión vital de la gracia, es solo el comienzo, no la plenitud. Otros han interpretado la gracia como un permiso, una licencia para vivir con ligereza, asumiendo que, dado que Dios es misericordioso, nuestra respuesta es irrelevante. Esta distorsión despoja a la gracia de su poder y la reduce a una mera tolerancia pasiva.

Pero la gracia no es ni pasiva ni permisiva.

La gracia es activa. Es poderosa. Es transformadora.

Es la capacitación divina la que fortalece a las personas débiles para que vivan vidas fuertes en Cristo.

Es la fuerza sobrenatural la que eleva al creyente más allá de las limitaciones humanas y lo introduce en la capacidad divina.

Es Dios obrando en ti: moldeándote, fortaleciéndote, sosteniéndote y enviándote. Comprender la gracia adecuadamente es desbloquear una de las claves más importantes para una vida cristiana victoriosa.

Sin la gracia, la vida cristiana se convierte en un ciclo agotador de esfuerzo, fracaso, culpa y repetición. Se transforma en una búsqueda de rendimiento donde los creyentes intentan alcanzar un estándar

que nunca debieron lograr por sí mismos. Produce frustración en lugar de libertad, esfuerzo en lugar de entrega y agotamiento en lugar de un avance espiritual.

Pero cuando se comprende la gracia —cuando se comprende de verdad— todo cambia.

La vida cristiana ya no se trata de esforzarse más, sino de confiar más profundamente.

Ya no se trata del esfuerzo humano; se trata del poder divino.

Ya no se trata de ganarse la aprobación de Dios; se trata de vivir desde un lugar de aceptación.

Por eso, comprender la gracia no es opcional, sino esencial.

Es esencial para la salvación.

Es esencial para el crecimiento espiritual.

Es esencial para un servicio eficaz.

Es esencial para afrontar los desafíos de la vida.

Y es esencial para vivir plenamente aquello a lo que Dios te ha llamado.

La Biblia declara en Juan 1:17: «Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo». Este versículo no solo contrasta dos realidades históricas, sino que revela dos sistemas fundamentalmente diferentes de relación con Dios.

La ley revela lo que se requiere.

La gracia proporciona lo que se necesita.

La ley deja al descubierto la debilidad humana.

La gracia proporciona fuerza divina.

La ley te dice qué hacer.

La gracia te permite hacerlo.

Según la ley, se exige rectitud.

Bajo la gracia, se imparte justicia.

Este es el cambio que Jesucristo trajo al mundo: un cambio del esfuerzo humano a la provisión divina, de la regulación externa a la transformación interna, de la obligación al empoderamiento.

Y sin embargo, a pesar de su importancia central, la gracia sigue siendo una de las doctrinas más incomprendidas en el cuerpo de Cristo.

Algunos han hecho tanto hincapié en la gracia que han descuidado la santidad.

Otros han hecho tanto hincapié en la santidad que han descuidado la gracia.

Pero la verdadera gracia bíblica no elimina la santidad, sino que la produce.

La gracia no rebaja el nivel, sino que eleva tu capacidad para alcanzarlo.

La gracia no excusa el pecado, sino que te da el poder para vencerlo.

La gracia no se opone al esfuerzo, pero sí se opone a ganarse la vida.

Esta distinción es fundamental.

Porque muchos creyentes intentan ganar lo que solo se puede recibir.

Están luchando por la paz en lugar de recibirla.

Esforzarse por ser aceptado en lugar de conformarse con ser aceptado.

Librando batallas con sus propias fuerzas en lugar de confiar en el poder de Dios que reside en ellos.

Y el resultado es una vida que se siente muy por debajo de lo que prometen las Escrituras.

Pero hay una forma mejor.

Hay un camino superior.

Hay un camino lleno de gracia.

En este libro, vamos a emprender un viaje que no solo enriquecerá tu mente, sino que transformará tu vida.

Descubrirás que la gracia no es un concepto unidimensional, sino una realidad multifacética que se expresa de diversas maneras a lo largo de las Escrituras. Exploraremos lo que se puede entender como cuatro tipos principales de gracia, cada uno de los cuales revela un aspecto único de cómo Dios interactúa con la humanidad y fortalece a los creyentes.

Aprenderás qué es realmente la gracia, no solo en su definición, sino también en su demostración.

Comprenderás la diferencia entre gracia y misericordia, dos conceptos que a menudo se usan indistintamente, pero que son profundamente distintos en significado y aplicación. La misericordia retiene lo que merecemos. La gracia nos da lo que no merecemos. La misericordia aborda nuestra culpa. La gracia suple nuestras necesidades.

Verás cómo la gracia y la fe trabajan juntas: cómo la fe es el canal a través del cual fluye la gracia, y cómo, sin fe, la gracia permanece sin ser aprovechada en la vida del creyente.

Llegarás a comprender que la gracia es suficiente, no parcialmente suficiente, no ocasionalmente suficiente, sino completa y consistentemente suficiente para cada desafío, cada prueba y cada exigencia que jamás enfrentarás.

Gracia para tu debilidad.

Gracia para tu lucha.

Gracia para tu vocación.

Gracia por tu tarea.

Gracia por tu perseverancia.

Gracia por tu victoria.

También descubrirás que la gracia no se limita al Nuevo Testamento, sino que está presente en toda la narrativa de las Escrituras.

Desde las primeras páginas del Antiguo Testamento, vislumbramos la naturaleza misericordiosa de Dios. En su pacto con Abraham, en su paciencia con Israel, en su misericordia hacia un pueblo rebelde, la gracia está presente, es constante y poderosa.

Éxodo 34:6 revela el corazón de Dios: «El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, lento para la ira, grande en amor y verdad». Esto no es una introducción del Nuevo Testamento, sino una declaración del Antiguo Testamento sobre quién ha sido Dios siempre.

La gracia no es un cambio en el carácter de Dios.

Es una revelación más completa de ello.

Y esa revelación alcanza su punto culminante en la persona de Jesucristo.

Juan 1:14 declara: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad”.

Jesús no es simplemente un maestro de la gracia.

Él es la personificación de la gracia.

Cada milagro que realizó, cada pecador que restauró, cada vida que transformó: no fueron actos aislados de compasión. Fueron manifestaciones de la gracia en acción.

Y la máxima expresión de esa gracia se encuentra en la cruz.

En la cruz, la justicia y la misericordia se encontraron.

En la cruz, el pecado fue juzgado y los pecadores fueron salvados.

En la cruz, lo que la humanidad jamás podría lograr se consiguió mediante el sacrificio divino.

La cruz no es solo un símbolo de perdón, sino la demostración de la gracia en su forma más poderosa.

Mediante su muerte y resurrección, Jesús hizo posible que los pecadores fueran justificados, que los culpables fueran declarados justos y que los abatidos fueran restaurados a una relación con Dios.

Esto es gracia.

No se ha ganado.

No merecido.

Pero se da libremente.

Y sin embargo, por muy poderosa que sea esta verdad, nunca se pretendió que permaneciera en el plano teórico.

La gracia no es solo algo en lo que uno cree.

Es algo que se vive.

Es algo con lo que te encuentras a diario.

Es algo en lo que confías momento a momento.

El apóstol Pablo comprendió esto profundamente. Su vida fue un testimonio no de la fuerza humana, sino de la gracia divina. Declaró: «Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no ha sido en vano». Pablo no atribuyó su eficacia a su educación, su disciplina ni su determinación, sino a la gracia.

La gracia lo hizo.

La gracia lo sostuvo.

La gracia obró a través de él.

Y lo mismo ocurre con todos los creyentes hoy en día.

Sea lo que sea a lo que Dios te haya llamado, su gracia está disponible para capacitarte para hacerlo.

Dondequiera que Dios te haya colocado, su gracia es suficiente para sostenerte allí.

Sea cual sea la situación a la que te enfrentes, su gracia es suficiente para ayudarte a superarla.

Esto no es lenguaje motivacional.

Esta es la realidad espiritual.

Pero debe ser comprendido, aceptado y puesto en práctica.

Porque la gracia, aunque se da gratuitamente, debe ser recibida y correspondida.

Hay que creerlo.

Hay que confiar en ello.

Hay que confiar en ello.

Este libro no trata simplemente de aumentar tu conocimiento sobre la gracia, sino de transformar tu experiencia de ella.

Se trata de pasar del concepto a la convicción.

De la información a la aplicación.

Desde conocer la gracia hasta vivir por la gracia.

Si alguna vez te has sentido abrumado por las exigencias de la vida...

Si alguna vez has lidiado con el fracaso y te has preguntado si realmente podrías cambiar...

Si alguna vez te has preguntado si eres capaz de cumplir con lo que Dios te ha llamado a hacer...

Si alguna vez te has sentido estancado, bloqueado o espiritualmente agotado...

Entonces este mensaje es para ti.

Porque la respuesta no se encuentra en esforzarse más.

Se encuentra en la comprensión de la gracia.

Y al comenzar este viaje, quiero plantearles una pregunta sencilla pero profunda:

¿Y si la vida a la que Dios te ha llamado no dependiera de tu capacidad, sino de tu disposición a confiar en la Suya?

¿Y si todo lo que necesitas ya te ha sido provisto por Su gracia?

¿Y si la fuerza que buscas no es algo que debas desarrollar, sino algo que debas recibir?

Al pasar las páginas siguientes, te invito a abordar este libro con un corazón abierto y una actitud receptiva. Deja de lado las ideas preconcebidas. Libérate de los malentendidos. Permite que la Palabra de Dios hable con claridad y poder.

Porque si realmente comprendes lo que es la gracia, si pasa de tu mente a tu corazón, tu vida nunca volverá a ser la misma.

Te mantendrás más fuerte.

Vivirás con mayor libertad.

Prestarás un servicio más eficaz.

Y experimentarás la vida cristiana no como una carga que llevar, sino como una fuerza en la que caminar.

Puede que la tormenta siga azotando a tu alrededor.

Pero a través de la gracia, descubrirás algo extraordinario:

Nunca estuviste destinado a sobrevivir por tus propios medios.

Estabas destinado a atravesarlo con Él.

Capítulo uno

¿Qué es la gracia?

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” — Efesios 2:8–9

Pocas palabras en el vocabulario cristiano tienen tanto peso —o generan más malentendidos— como la palabra gracia. Cantamos sobre ella. Concluimos nuestras oraciones con ella. Declaramos que somos salvos por ella. Y, sin embargo, a pesar de su familiaridad, la gracia sigue siendo una de las realidades más profundamente incomprendidas y menos aprovechadas en la vida del creyente promedio.

Comencemos por establecer una comprensión clara y completa de lo que realmente es la gracia de Dios. Probablemente hayas escuchado que la gracia se define como el «favor innmercido de Dios», y eso es absolutamente cierto. La gracia es, en efecto, un favor que no merecemos, una bendición que no nos hemos ganado y una bondad que jamás podríamos merecer por nuestra propia rectitud o esfuerzo.

Pero la gracia es aún mayor y más poderosa que el favor divino. La gracia abarca el favor, pero va mucho más allá. En esencia, la gracia de Dios es su poder y capacidad sobrenaturales que obran en nosotros y a través de nosotros para lograr lo que jamás podríamos lograr con nuestras propias fuerzas. Es la capacidad divina conferida a la limitación humana. Es la capacidad sobrenatural que fluye a través de la naturaleza. Son los recursos celestiales puestos a disposición para los desafíos de la tierra. La gracia es lo que hace posible lo imposible, soportable lo insoportable y alcanzable lo inalcanzable.

“La gracia no se trata simplemente de ser perdonado. La gracia es el poder de Dios liberado en tu vida para hacer lo que no puedes hacer por ti mismo.”— Dr. Charles Stanley, Ministerios In Touch

La gracia es lo que Dios hace por su gracia. Es un don, otorgado gratuitamente, no porque hayamos obrado bien o acumulado suficiente justicia, sino porque Dios es bueno. La gracia emana del amor de Dios. Por gracia somos salvos (Efesios 2:8), pero la gracia es incluso más que la puerta de entrada al reino. Todo lo que Dios tiene para nosotros —sus bendiciones, provisiones y promesas— está a nuestra disposición gracias a su asombrosa gracia. No merecemos nada de ello. No podemos ganarlo. Nos llega por gracia: recibimos de Dios lo que jamás podríamos obtener por nosotros mismos.

La Biblia Reina Valera utiliza la palabra gracia más de 170 veces, convirtiéndola en uno de los temas más recurrentes de las Escrituras. La primera vez que aparece la gracia en la Biblia es en Génesis 6:8: «Pero Noé halló gracia ante los ojos del Señor». Este pasaje inicial establece un tono poderoso: incluso en un mundo corrupto y violento, Dios le concedió a Noé un favor innmerecido. No porque Noé fuera perfecto —no lo era— sino por la gracia de Dios. Desde las primeras páginas de la Biblia hasta la bendición final del Apocalipsis, la gracia es el hilo conductor que une cada capítulo de la historia de Dios.

El teólogo Philip Yancey, en su obra fundamental *¿Qué tiene de asombroso la gracia?*, describe la gracia como «la última y mejor palabra»: algo que el mundo necesita desesperadamente, pero que rara vez comprende y aún menos practica. Escribe que la gracia significa que no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame más, ni nada que podamos hacer para que nos ame menos. Ese es el escándalo y la gloria de la gracia.

Lo que la gracia NO es

A menudo, la mejor manera de comprender algo es comprender primero lo que no es. La gracia es una de esas verdades que se confunden fácilmente con otras cosas, por lo que debemos delimitar cuidadosamente sus fronteras antes de poder apreciar plenamente su libertad. Examinemos algunos malentendidos comunes que distorsionan y disminuyen la gracia de Dios.

La gracia NO es una licencia para pecar.

Quizás la distorsión más peligrosa de la gracia sea la idea de que, dado que Dios perdona libremente, importa muy poco cómo vivamos. Este error, conocido teológicamente como antinomianismo, se ha infiltrado en la iglesia en cada generación. La lógica suena casi espiritual: «La gracia de Dios cubre todos mis pecados, así que soy libre de vivir como quiera».

Pero el apóstol Pablo se anticipó a este argumento y lo respondió con firmeza. En Romanos 6:1-2, escribe: «¿Qué diremos, pues? ¿Continuaremos pecando para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?». La frase griega traducida como «¡De ninguna manera!» —*mē genoito*— es la expresión más contundente de negación en el Nuevo Testamento. ¡Dios no lo quiera! ¡Que jamás suceda! Pablo se horrorizó ante tal idea.

Romanos 5:20 suele interpretarse erróneamente en este contexto: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». Esto no significa que un mayor pecado produzca un mayor perdón. Significa que hay aún mayor gracia —el poder y la capacidad de Dios— disponible

para ayudarnos a no ceder a la tentación del pecado. La clave no está en dar permiso, sino en tener poder sobre el pecado.

“La gracia no es un permiso. Es una fuente de poder. No excusa tu pecado; te capacita para vencerlo.”— **Rick Warren, pastor y autor**

Si te encuentras con alguna enseñanza que te asegure que pecar es aceptable, que puedes vivir sin tener en cuenta los estándares de Dios y que el pecado no tiene consecuencias porque «la gracia lo cubre todo», huye de esa enseñanza. Es una gracia falsa que no conduce a la libertad, sino a la destrucción.

El pecado aún conlleva consecuencias reales en la vida del creyente. La mayor consecuencia del pecado —la separación eterna de Dios— la sufrió Jesucristo en la cruz por quienes confían en Él. Pero esto no borra las demás consecuencias: relaciones rotas, paz perdida, daño físico y los efectos corrosivos de la culpa y la vergüenza. Como dice el viejo refrán: el pecado te llevará más lejos de lo que quieres ir, te retendrá más tiempo del que quieres quedarte y te costará más de lo que estás dispuesto a pagar.

Consideremos los diez costos significativos del pecado:

1. El tiempo: el único recurso que jamás podremos recuperar. El pecado lo desperdicia tanto en el acto en sí como en sus consecuencias.
2. Relaciones – El pecado es inherentemente egoísta. La infidelidad, la traición y la deshonestidad destruyen los lazos del matrimonio y la familia.
3. Paz: Una vida oculta de pecado crea un miedo constante a ser descubiertos, robándonos la profunda paz que Dios desea para sus hijos.

4. Alegría: Los placeres pasajeros del pecado son precisamente eso: pasajeros. Nos dejan más vacíos que antes.
5. Fe: Una vida de pecado habitual erosiona nuestra relación con Dios y nos aleja de su presencia.
6. Confianza: Cuando practicamos el engaño, comenzamos a suponer lo peor de los demás también.
7. Dinero: Muchos pecados son financieramente destructivos, ya sea por adicción, codicia o por el costo de nuestras propias malas decisiones.
8. Propósito: El pecado agota la energía y la visión necesarias para perseguir el llamado que Dios ha puesto en nuestras vidas.
9. Confianza: La vergüenza es un subproducto del pecado, y la vergüenza nos silencia justo en los momentos en que Dios quiere que hablemos.
10. Libertad: Jesús dijo: «Todo aquel que peca es esclavo del pecado» (Juan 8:34). Podemos ser libres del castigo del pecado por medio de Cristo, pero aun así elegir vivir esclavizados por él.

La lucha contra el pecado es diaria, pero no estamos solos. La gracia de Dios nos brinda no solo perdón, sino también poder: poder para resistir la tentación, poder para caminar en rectitud, poder para convertirnos en las personas que Él nos creó para ser.

La gracia NO es legalismo

En el extremo opuesto del espectro político se encuentra el legalismo. Si la licencia es el abuso de la gracia, el legalismo es su negación. El legalismo no es simplemente el deseo de obedecer a Dios con diligencia —ese deseo es piadoso y correcto—. El legalismo es la creencia de que la obediencia otorga la salvación o

el derecho a estar ante Dios. No se trata de cumplir la ley, sino de depender de ella.

El legalista típico cree sinceramente en la «gracia», pero la define como que Dios nos da las reglas y la oportunidad de cumplirlas. Como explica el teólogo Sinclair Ferguson en su libro *El Cristo Completo*, el legalismo produce una visión distorsionada de Dios como un simple guardián y una visión distorsionada de uno mismo como alguien que debe ganarse perpetuamente la aprobación divina. Esta dinámica tóxica produce invariablemente una culpa abrumadora o un orgullo vacío, ninguno de los cuales se asemeja a la vida que Cristo murió para darnos.

“Aunque parezcan polos opuestos, el legalista y el antinomiano comparten en realidad el mismo problema fundamental: una mala interpretación de la gracia.”—
Sinclair Ferguson, *El Cristo entero*

El apóstol Pablo confrontó directamente el legalismo en las iglesias de Galacia, donde algunos creyentes eran presionados para observar la ley judía —en particular la circuncisión— como complemento a la fe en Cristo. Su respuesta fue inequívoca: «Manténganse firmes, pues, en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no se dejen someter de nuevo al yugo de la esclavitud» (Gálatas 5:1). Llegó incluso a declarar que si alguien confía en la ley para ser justo, Cristo de nada le sirve.

El legalismo distorsiona el evangelio de tres maneras devastadoras. Primero, genera orgullo: quienes creen estar cumpliendo las reglas tienden a menospreciar a quienes no lo hacen (Lucas 18:11-12). Segundo, genera desesperación: como nadie puede cumplir la ley a la perfección, el legalista vive constantemente atormentado por el fracaso (Romanos 7:24). Tercero, genera una falsa seguridad: las personas confían en su propio desempeño en lugar de en la obra

consumada de Cristo en la cruz, edificando su esperanza eterna sobre un fundamento que no se sostendrá.

La gracia es la respuesta de Dios a la exigencia imposible del legalismo. No dice: «Cumple las reglas y serás salvo». Dice: «Porque Cristo cumplió la ley en tu lugar y pagó tu castigo por completo, eres aceptado, no por lo que tú hayas hecho, sino por lo que Él ha hecho».

La gracia NO es lo mismo que el perdón.

Esta distinción es sutil pero de suma importancia. El perdón de los pecados se describe con mayor precisión como una expresión de la misericordia de Dios: recibir lo que no merecemos. Misericordia y gracia están íntimamente relacionadas, pero no son lo mismo. La misericordia consiste en no castigar lo que merecemos. La gracia consiste en conceder bendiciones que no merecemos.

Un ejemplo sencillo: un juez que no condena a un culpable muestra misericordia. Un rey que invita a un plebeyo a vivir en el palacio y cenar en la mesa real muestra gracia. Ambos son expresiones del carácter de Dios, pero describen diferentes dimensiones de su bondad.

“La misericordia es que Dios no nos dé lo que merecemos. La gracia es que Dios nos dé lo que no merecemos. Necesitamos ambas cada día.”— Max

Lucado, autor y pastor

La gracia de Dios va más allá de limpiar nuestro historial. Nos brinda la capacidad divina de vivir de manera diferente. No es simplemente una transacción legal; es un recurso vivo. Los pecadores perdonados, renacidos como hijos de Dios, tienen acceso a la gracia divina como poder fortalecedor en tiempos de tentación, prueba y necesidad.

La gracia NO está en contra del esfuerzo.

La gracia no se opone al esfuerzo, sino a la búsqueda de méritos. Esta distinción lo cambia todo. La búsqueda de méritos es una actitud: la creencia de que nuestro esfuerzo genera méritos ante Dios. El esfuerzo es una acción, la respuesta fiel de un corazón dispuesto al llamado de Dios en nuestras vidas. La gracia elimina lo primero y fortalece lo segundo.

Dallas Willard, el gran filósofo cristiano y autor de *El espíritu de las disciplinas*, sostenía que las disciplinas espirituales —la oración, el ayuno, la soledad, la lectura de las Escrituras— no son maneras de ganarnos el favor de Dios, sino formas de prepararnos para recibir y responder a su gracia. No trabajamos para obtener la gracia; trabajamos desde la gracia.

El Nuevo Testamento está repleto de mandamientos que implican acción. Santiago 2:20 declara que «la fe sin obras está muerta». Jesús mismo dijo: «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15:5), pero fíjense en la implicación: espera que, con Él, hagáis algo. Dios eligió obrar a través de instrumentos humanos. Usó a Noé para construir el arca, a Moisés para guiar el éxodo, a Ester para salvar a su pueblo y a Pablo para fundar iglesias por todo el Imperio Romano. Ninguno de ellos fue un participante pasivo en su propia historia.

“La gracia no nos vuelve pasivos. Nos hace poderosos. La misma gracia que nos salva también nos moviliza.”

— **Beth Moore, maestra bíblica y autora**

Dallas Willard, el gran filósofo cristiano y autor de *El espíritu de las disciplinas*, sostenía que las disciplinas espirituales —la oración, el ayuno, la soledad, la lectura de las Escrituras— no son maneras de ganarnos el favor de Dios, sino formas de prepararnos para recibir y responder a su gracia. No trabajamos para obtener la gracia; trabajamos desde la gracia.

La gracia NO se concede a todos por igual

Esta es una verdad que a menudo se pasa por alto, y a veces se rechaza, porque suena injusta. Pero la Biblia es clara: la medida de la gracia que opera en la vida de un creyente está influenciada por factores como la humildad, la fe y la receptividad a la Palabra de Dios.

Santiago 4:6 afirma claramente: «Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes». Dios no hace acepción de personas —no hace distinción de personas—, pero sí respeta la fe. Una persona llena de orgullo no recibirá la misma gracia que quien ha dejado a un lado su ego y se ha entregado a Dios.

Esto no significa que Dios sea tacaño. La capacidad de la gracia divina es ilimitada. Sin embargo, el canal por el cual la gracia fluye hacia una vida puede ampliarse o estrecharse según la actitud del corazón. La humildad lo amplía; el orgullo lo estrecha. La fe abre las compuertas; la incredulidad restringe el flujo.

“La gracia de Dios es ilimitada. Los únicos límites son los que nosotros mismos imponemos con nuestra incredulidad y orgullo.”

— AW Tozer, **El conocimiento de lo sagrado**

La gracia NO es un movimiento ni un tema, es una persona.

En nuestros días, la «gracia» se ha convertido en el título de ministerios, el tema de conferencias y el objeto de estudio académico. Nada de esto es malo en sí mismo, pero jamás debemos reducir la gracia a una categoría teológica abstracta o a un tema de moda en los círculos cristianos. La gracia no es un movimiento. La gracia no es un concepto. La gracia es una persona, y su nombre es Jesús.

Juan 1:17 nos dice: «Porque la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo».

gracia no llegó como una doctrina, sino como un bebé en un pesebre. Recorrió las ciudades de Galilea, sanando a los enfermos y perdonando a los pecadores. Extendió sus brazos en una cruz romana y dijo, en esencia: «Hasta aquí llega mi gracia». Lo que uno cree acerca del Señor y Salvador Jesucristo —lo que Él es, lo que ha hecho y lo que ofrece— marca una gran diferencia en la comprensión de la gracia.

La gracia NO es la ley

Romanos 6:14 declara: «Porque el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». La ley y la gracia no son el mismo sistema. Bajo la ley, las bendiciones eran condicionales, dependiendo de que Israel cumpliera cuidadosamente cada mandamiento. Bajo la gracia, las bendiciones de Abraham nos llegan mediante la fe en Jesucristo.

Esto no significa que la ley sea mala o irrelevante. Pablo la llama «santa, justa y buena» (Romanos 7:12). La ley nos sirve de espejo, revelando nuestra pecaminosidad y nuestra necesidad de un Salvador. Pero nunca fue diseñada para salvarnos, sino solo para mostrarnos que necesitamos ser salvados. Como dice Gálatas 3:24, la ley fue nuestra «tutora» para llevarnos a Cristo.

Cristo cumplió a la perfección las exigencias de la ley y soportó completamente sus castigos. «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros» (Gálatas 3:13), para que las bendiciones prometidas a Abraham alcanzaran a todos los que creen por medio de la fe en Jesucristo. Jamás volvamos a las sombras cuando hemos recibido la sustancia. Jamás rechacemos la gracia para regresar a un sistema de obras que Dios cumplió y superó hace casi dos mil años.

El fundamento teológico de la gracia

Tras haber examinado lo que la gracia no es, ahora estamos preparados para comprender mejor lo que realmente es. Las Escrituras revelan la gracia como el mecanismo mismo mediante el cual Dios cumple sus propósitos en y a través de su pueblo. No es un complemento del plan de Dios; es su motor.

Efesios 2:8-9 es el eje central de toda la conversación: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Nótese la complejidad de este pasaje. La salvación es por gracia. Se manifiesta mediante la fe. Incluso esa fe no es, en última instancia, obra nuestra; es un don de Dios. De principio a fin, la salvación es una obra de generosidad divina, no un logro humano.

En 2 Corintios 12:9 se recoge la poderosa promesa de Dios al apóstol Pablo en uno de sus momentos más difíciles: «Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad». Pablo le había rogado a Dios tres veces que le quitara la «espinas en la carne» que lo atormentaba. La respuesta de Dios no fue quitarla, sino darle un recurso. No eliminó el desafío; le dio a Pablo la capacidad sobrenatural para perseverar e incluso triunfar a través de él. Esta es la gloria de la gracia en la vida cristiana: no que nuestras dificultades desaparezcan, sino que nos volvemos más que capaces de superarlas.

“La gracia no es la ausencia de dificultades. La gracia es la presencia de Dios en medio de las dificultades, que te capacita para afrontar lo que te toca vivir.”

— Dr. Tony Evans, Oak Cliff Bible Fellowship

La gracia se resume acertadamente en el acróstico: «Las riquezas de Dios a costa de Cristo». Lo que recibimos por gracia —el perdón, la justicia, la adopción, el acceso al Padre, la vida eterna, el poder divino para la vida diaria— fue adquirido a un precio incalculable. Jesús pagó el precio que nosotros no podíamos pagar para que pudiéramos recibir gratuitamente lo que jamás podríamos haber ganado.

La gracia de Dios está disponible para cada desafío, cada etapa y cada aspecto de tu vida: tu matrimonio, tu ministerio, tu negocio, tu vocación, la crianza de tus hijos, tu duelo, tu miedo. Sea lo que sea que estés enfrentando —presión financiera, ruptura de relaciones, incertidumbre vocacional, enfermedad física— hay gracia disponible que te brinda la capacidad sobrenatural para superarlo. No solo para sobrevivir, sino para prosperar.

Sin embargo, la gracia debe ser recibida. No es algo que se imponga. No se activa automáticamente independientemente de nuestra respuesta. Muchos han rechazado la gracia de Dios, estando ante la fuente misma de la generosidad divina, y han muerto de sed por negarse a beber. La gracia debe ser recibida intencionalmente, con humildad y de todo corazón. «La interesante verdad sobre la gracia», escribió John Newton, el traficante de esclavos convertido que compuso el himno «Gracia asombrosa», «es que cuanto más claramente veo mi propia pobreza ante Dios, más plenamente descubro las riquezas de su gracia».

“La gracia no es una experiencia única. Es la atmósfera cotidiana en la que el cristiano vive, se mueve y existe.”

— **Brennan Manning, El evangelio del vagabundo**

El cierre: El desafío de la gracia

Hemos abarcado mucho en este primer capítulo. Hemos visto que la gracia es el favor inmerecido de Dios, pero es mucho más que eso. Es el poder divino que fluye hacia la limitación humana. Es la fuerza que Dios nos capacita y que se perfecciona en nuestra debilidad. Es la presencia viva de Jesús mismo obrando en y a través de vidas entregadas.

Hemos visto lo que la gracia no es: no es una licencia para pecar, ni legalismo, ni mero perdón, ni pasividad, ni se distribuye uniformemente al margen de la fe y la humildad, ni un movimiento teológico, ni la ley. Cada una de estas distorsiones ha llevado a innumerables creyentes a la imprudencia moral o al agotamiento espiritual, y comprenderlas con claridad es el primer paso para caminar en la verdadera gracia.

Hemos visto que la gracia es el tema central de las Escrituras, desde Noé en Génesis hasta la bendición del Apocalipsis. Es el hilo conductor que recorre cada libro de la Biblia y cada capítulo de la historia redentora de Dios. Es, como declaró Pablo en Hechos 20:24, «el evangelio de la gracia de Dios», la noticia más importante jamás anunciada a oídos humanos.

Ahora viene el desafío. No basta con comprender la gracia intelectualmente. La gracia no es una doctrina que se deba dominar; es una forma de vida que se debe vivir. La pregunta no es simplemente "¿Creo en la gracia?". La pregunta más profunda es: "¿Es la gracia la realidad que opera en mi vida diaria?". ¿Te esfuerzas con tus propias fuerzas, tratando de ganar lo que ya se te ha dado gratuitamente? ¿Vives bajo el peso aplastante del legalismo,

midiendo tu valía por tus logros? ¿O has aprendido, como Pablo en aquella celda, a decir: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece", no por mi propio esfuerzo, disciplina o fuerza de voluntad, sino por la gracia de Aquel que vive en mí?

La invitación a la gracia no es complicada. Simplemente te pide que dejes de confiar en ti mismo el tiempo suficiente para empezar a confiar en Él. Te pide que agotes tus propios recursos para que descubras que los suyos son ilimitados. Te pide que seas lo suficientemente humilde para recibir lo que no puedes ganar, y lo suficientemente valiente para creer que lo que Dios ofrece, realmente lo da.

Gracia admirable. La has escuchado cantar mil veces. Pero hay una diferencia entre una canción que conoces y una verdad que vives. Mi oración al comenzar este camino juntos es que, al terminar de leer estas páginas, la gracia ya no sea solo algo en lo que creas. Será el aire que respires, la fuerza en tus pasos y la firme confianza de un alma que ha encontrado su descanso, no en su propia bondad, sino en la gracia inagotable de un Dios que es muy, muy bueno.

“Ser salvados por gracia y vivir por gracia: esto no es el principio ni el fin de la vida cristiana. Es la totalidad de ella.”— C.S. Lewis (atribuido)

— — —

Capítulo dos

El poder de la gracia

“Para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos con la esperanza de la vida eterna.”

— Tito 3:7

Para comprender la gracia, necesitamos saber cuán poderosa es la gracia de Dios. La gracia no es algo que solo se encuentre en canciones o libros de teología. La gracia es viva y activa. Es personal. Encuentra a las personas en sus momentos más difíciles, se arrodilla junto a ellas en medio del caos de sus vidas y les ofrece algo que jamás podrían haber merecido en mil vidas: la bondad inmerecida, incesante y abundante de Dios.

Llevo suficiente tiempo en el ministerio como para haber visto lo que sucede cuando la gente malinterpreta la gracia. Algunos la tratan como una recompensa, algo que Dios concede a regañadientes a quienes se han portado lo suficientemente bien, se han esforzado lo suficiente o han asistido con suficiente fidelidad a los servicios dominicales. Otros la ven como un último recurso, algo a lo que recurren solo después de haber fracasado, como una llave de repuesto escondida bajo el felpudo. Pero ambas visiones distan mucho de lo que realmente es la gracia.

La gracia no es el plan B de Dios. Es su primer impulso.

Durante décadas, he visto a personas sentadas en los bancos de la iglesia, cargando con el peso abrumador de intentar ganarse algo que Dios ya les había dado gratuitamente. He aconsejado a hombres y mujeres que creían sinceramente que si tan solo fueran lo

suficientemente buenos, oraran lo suficiente o sirvieran con suficiente ahínco, Dios finalmente se complacería con ellos. Y en cada ocasión, he tenido que sentarme con ellos, abrir la Palabra de Dios y mostrarles la misma verdad liberadora: no se puede ganar lo que ya se ha dado. La gracia no espera a que seas digno, te encuentra justo donde estás.

Ese es el poder que exploraremos en este capítulo. Porque cuando comprendes la gracia de Dios —cuando la comprendes de verdad, no solo como una doctrina, sino como una realidad viva— no solo cambia lo que crees, sino todo. La gracia de Dios puede transformar a los enemigos en amigos, fortalecernos en nuestras debilidades y sentar bases sólidas para nuestra fe. Este camino promete ser esclarecedor y potencialmente transformador. Continuemos.

Diferentes dimensiones de la gracia

Antes de explorar las diferentes dimensiones de la gracia, debemos recordar que la gracia es un don de Dios. La gracia no es:

- Una recompensa por buen comportamiento
- Un pago por una actuación religiosa
- Un premio reservado para los espiritualmente refinados.
- Algo que Dios concede a regañadientes a aquellos que han cumplido con el estándar mínimo.

La gracia no se demora, no se negocia ni se gana. Se da gratuitamente. Sin embargo —y esto es crucial— hay que recibirla. Puedes estar bajo la lluvia y seguir teniendo sed si mantienes la boca cerrada. La lluvia cae sobre todos. Beber o no es una elección. La gracia, en su plenitud, funciona de la misma manera. Dios la derrama libre y generosamente, pero si no somos conscientes de ella,

si no la entendemos, la perdemos por completo. No recibimos lo que no reconocemos.

Jesús mismo extendió esta invitación: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso» (Mateo 11:28). La palabra «vengan» implica una respuesta. Es reconocer que necesitamos lo que Él ofrece y estar dispuestos a recibirlo. La gracia siempre se extiende hacia nosotros. Pero debemos corresponderle.

¿Qué efecto tiene la gracia en la vida de un creyente? La respuesta es mucho más amplia de lo que la mayoría imaginamos. El poder de la gracia opera de al menos cuatro maneras profundas y transformadoras: nos salva, nos fortalece, nos capacita para servir y nos transforma por completo. Analicemos cada una de ellas con detenimiento.

1. El poder de la gracia salvadora

“Porque por gracia habéis sido salvados mediante la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.” — Efesios 2:8

La historia de la gracia salvadora es la historia de lo imposible convertido en realidad. Siendo honestos, ninguno de nosotros puede mirar su vida y afirmar que es moralmente perfecto. La Escritura no se anda con rodeos: «Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Si dependiera solo de nosotros, la brecha entre donde estamos y donde está Dios sería insalvable. Ninguna cantidad de buenas obras, esfuerzo sincero o ritual religioso podría salvarla. La distancia es simplemente demasiado grande.

Pero Dios no nos deja solos.

La gracia salvadora es el puente divino que cruza un abismo insalvable. Es Dios interviniendo en la historia humana a través de Jesucristo, asumiendo la pena máxima por el pecado y ofreciendo

esa obra consumada como un don gratuito a quien la reciba por fe. No por esfuerzo. No por mérito. Solo por fe, solo en Cristo, solo por gracia.

El apóstol Pablo, quien alguna vez consideró sus credenciales religiosas como su mayor virtud, llegó a comprender que todo eso era insignificante comparado con el valor incomparable de conocer a Cristo (Filipenses 3:7-8). Su conclusión, tras años de lucha y fracaso bajo la ley religiosa, fue revolucionaria: «No me avergüenzo del evangelio de Cristo, pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (Romanos 1:16). No el poder de la ley. No el poder de la voluntad humana. El poder de Dios.

La gracia salvadora no es simplemente una transacción, sino una transformación. En el momento en que una persona cruza el umbral de la fe, algo milagroso ocurre en lo más profundo de su ser. Pablo lo describe así: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). La palabra griega para «nuevo» aquí es *kainos*, que significa no solo algo recién hecho, sino algo completamente nuevo. Algo que nunca antes había existido.

Por eso la gracia salvadora es tan poderosa. No se limita a perdonar nuestros errores del pasado, sino que transforma nuestra esencia. Y una vez que comprendes que tu posición ante Dios no se basa en tus méritos, sino en su gracia, te libera de la agotadora e imposible rutina de intentar ganarte lo que solo se puede recibir.

No fuiste salvado por tus buenos días. Tus malos días no te harán perder la salvación. La gracia salvadora es el fundamento, y ese fundamento es inquebrantable.

2. El poder de la gracia en posición de pie

“...por medio de quien también tenemos acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes.”— Romanos 5:2

He visto repetirse un patrón a lo largo de mis años de ministerio, y quizás tú también lo reconozcas. Una persona escucha el evangelio, comprende su necesidad y entrega su vida a Cristo. Es un momento genuino y hermoso de gracia salvadora. Nacen de nuevo, llenos de gozo y con un fervor ardiente por Dios.

Y entonces, en algún punto del camino, se produce un cambio sutil y peligroso.

Comienzan a vivir su vida cristiana con sus propias fuerzas. Intentan, por pura fuerza de voluntad, resistir el pecado, mantener sus disciplinas espirituales y ser el tipo de cristiano que creen que Dios quiere que sean. Leen sobre la gracia, pero viven según sus obras. Y durante un tiempo, incluso pueden tener éxito. Pero tarde o temprano —siempre— se topan con un obstáculo. Fracasan. Fallan precisamente en aquello que juraron haber dominado. Y en lugar de recurrir a la gracia, se ven abrumados por la vergüenza.

Esto es lo que pretende solucionar la gracia de permanecer de pie.

Fíjense en el tiempo verbal de Romanos 5:2: tenemos acceso a la gracia «en la cual estamos firmes». Presente. Continuo. No se trata de una gracia que recibimos una sola vez al ser salvos y luego abandonamos. Es el fundamento mismo de nuestra existencia: la realidad cotidiana, momento a momento, de que somos sostenidos y sustentados no por nuestro propio esfuerzo espiritual, sino por la gracia de Dios.

Pedro, dirigiéndose a una iglesia que enfrentaba persecución y presión, exhorta a sus lectores: «En esto consiste la verdadera gracia de Dios, en la cual ustedes permanecen firmes» (1 Pedro 5:12). La palabra «permanecer firmes» conlleva la imagen de algo estable y

sólido. Es lo opuesto a hundirse, resbalar o esforzarse. Permanecer firmes es una postura de descanso en un lugar de seguridad.

Muchos cristianos experimentan la gracia salvadora sin vivir una vida de gracia permanente. Fueron rescatados del agua, pero aún intentan nadar de regreso a la orilla por sus propios medios. La gracia permanente es la invitación a dejar de nadar y permitir que la fuerza de Dios los sostenga.

En la práctica, vivir en la gracia constante significa depender diariamente de Dios a través de la oración, no como un ritual que se cumple, sino como una conversación sincera con Aquel en cuya gracia nos encontramos. Significa estudiar las Escrituras no para acumular conocimiento, sino para conocer al Dios cuya gracia define quiénes somos. Significa reunirnos con otros creyentes en comunidad, compartir las cargas de los demás y extender a otros la misma gracia que nos sostiene. No se puede dar lo que no se recibe. Y la gracia constante es algo que recibimos de Dios y algo que estamos llamados a compartir con quienes nos rodean.

Tu vida espiritual jamás será sostenible si depende de tu propio esfuerzo. Pero ¿permanecer en la gracia de Dios? Ese es un fundamento que no se resquebraja ante la presión.

3. El poder de servir a la gracia

“Por lo tanto, ya que estamos recibiendo un reino incommovible, tengamos gracia, mediante la cual podamos servir a Dios de manera aceptable, con reverencia y temor piadoso.”— Hebreos

12:28

Si la gracia salvadora es la que nos introduce en la familia de Dios, y la gracia firme es la que nos mantiene arraigados en su presencia, entonces la gracia del servicio es la que nos envía al mundo en su

nombre. Y las tres se complementan de maneras que a menudo no comprendemos.

Jesús sentó las bases de este tipo de servicio con una claridad asombrosa: «Porque ni siquiera el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:45). El Hijo de Dios, encarnado, se arrodilló y lavó pies sucios. Tocó a los leprosos. Se detuvo ante el ciego que estaba al borde del camino cuando la multitud lo empujaba. Compartió mesa con recaudadores de impuestos y pecadores cuando la clase religiosa lo escandalizó. Jesús no sirvió por obligación, sino por la abundancia de su gracia.

Y esa es la clave para comprender la gracia del servicio. El servicio que nace del deber o del miedo al juicio siempre acaba agotándose. Es pesado y extenuante. Pero el servicio que brota de la gracia de Dios en tu vida tiene una cualidad completamente diferente. Está motivado por el amor. Se sostiene por algo que trasciende tu propia energía emocional o fuerza de voluntad.

Pablo hace una observación notable en Romanos 12:6: «Tenemos diferentes dones, según la gracia que se nos ha dado a cada uno». Fíjense en la frase: «según la gracia que se nos ha dado». Los dones espirituales no son solo habilidades que uno posee por casualidad. Son expresiones de la gracia. Ya sea que se les haya dado el don de enseñar, animar, liderar, dar, la misericordia o servir, lo que han recibido es una forma específica de la gracia de Dios que se les ha distribuido para el beneficio de los demás.

Esto significa que, al servir, no estás agotando tus propios recursos. Estás canalizando la gracia. Y la gracia nunca se agota.

El problema es que muchos creyentes no aprovechan sus dones. Saben que han recibido algo —sienten la vocación de servir en un sentido particular—, pero el miedo, la inseguridad, las ocupaciones o simplemente la negligencia los mantienen inactivos. Al hacerlo, no solo desaprovechan una habilidad personal, sino que también privan de la gracia a quienes la necesitan. En algún lugar, alguien espera la gracia que Dios ha puesto específicamente en ti.

La misión de la iglesia, tal como Jesús la definió en Mateo 28:19 y Marcos 16:15, es llevar el evangelio a las personas y hacer discípulos. Esta no es tarea de un clero profesional remunerado. Es el llamado de todo creyente, fortalecido por la gracia del servicio. No fuiste salvado para simplemente ocupar un puesto. Fuiste salvado para ser un instrumento de la misma gracia que te salvó.

Mi desafío para ti es este: responde a la gracia de servicio de Dios. Identifica los dones que Él ha puesto en ti. Encuentra la necesidad que tienes delante y actúa en consecuencia, no con tus propias fuerzas, sino con el poder de la gracia que ya obra en ti.

4. El poder de la gracia santificadora

“Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor.”— 2 Corintios 3:18

Si la gracia salvadora es un momento, la gracia santificadora es un camino. Esta es quizás la dimensión de la gracia más incomprendida de todas las que hemos analizado.

Cuando una persona nace de nuevo, algo radical sucede en su espíritu. Se recrea, se renueva, se transforma en Cristo. Pero el alma

—la mente, la voluntad, las emociones— y el cuerpo no se transforman automáticamente. Los patrones de pensamiento, los hábitos de comportamiento, las profundas huellas del carácter que se formaron durante años de alejamiento de Dios: no desaparecen de la noche a la mañana. Deben transformarse, y esa transformación es obra de la gracia santificante.

La santificación no consiste en esforzarse más por ser mejor. Es la gracia de Dios obrando en ti, transformándote progresivamente de adentro hacia afuera, conformete cada vez más a la imagen de Jesucristo. Pablo lo describe en Romanos 12:2 con una palabra casi arquitectónica: «Transformaos mediante la renovación de vuestra mente». La palabra griega es *metamorphoo*, la misma raíz de la que proviene la palabra metamorfosis. El mismo proceso que convierte una oruga en algo completamente nuevo.

Esto no es un cambio superficial. No se trata de cubrir con una fachada cristiana el mismo paisaje interior de siempre. La gracia santificadora llega hasta lo más profundo: los patrones de pensamiento ocultos, las respuestas automáticas, los miedos, las heridas y las falsas creencias que han moldeado tu comportamiento durante años, y comienza la lenta pero segura obra de transformación.

La evidencia de esta obra se manifiesta en lo que las Escrituras llaman el fruto del Espíritu: «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio» (Gálatas 5:22-23). Nótese que se les llama frutos, no logros. El fruto no se produce por esfuerzo; crece naturalmente de una raíz sana. Cuando uno está profundamente conectado con Dios a través de su Palabra, la oración y la comunidad, y cuando coopera con la obra de su Espíritu en lugar de resistirse a ella, el fruto crece. No porque uno lo haya creado, sino porque la gracia obra.

La gracia santificante es distinta de la gracia salvadora, pero no está separada de ella. La gracia salvadora establece nuestra posición ante Dios: nuestra justificación legal, nuestro perdón completo, nuestra adopción permanente en su familia. La gracia santificante edifica sobre ese fundamento, conformando día a día nuestro carácter y conducta a nuestra nueva identidad en Cristo. La gracia salvadora te revela quién eres. La gracia santificante moldea tu forma de vivir.

Santiago capta la esencia de esto en su carta: reciban «la palabra implantada, que tiene poder para salvar sus almas» (Santiago 1:21). El alma —sede de nuestra personalidad, nuestras emociones, nuestra voluntad— es progresivamente salvada, sanada y renovada mediante esta continua obra de gracia. Es un proceso que dura toda la vida. Pero no es un proceso que uno emprenda solo, ni impulsado por la propia determinación. Es la obra del Espíritu de Dios, llevada a cabo mediante el poder de su gracia.

Ten paciencia contigo mismo durante este proceso. Dios aún no ha terminado contigo. Lo que ves hoy en el espejo no es el resultado final. «El que comenzó en ustedes la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6). Esto no es un eslogan motivacional, sino una promesa respaldada por el carácter de un Dios que jamás abandona lo que ha comenzado.

La gracia nunca debe experimentarse en soledad.

Hay otra dimensión de la gracia que merece especial atención, y que a menudo pasamos por alto: la gracia está diseñada para ser experimentada en comunidad.

Las Escrituras son extraordinariamente honestas acerca de las limitaciones humanas. Ninguno de nosotros tiene la fuerza, la sabiduría o la resiliencia suficientes para afrontar todos los desafíos que la vida nos presenta. Habrá momentos en que te sientas agotado,

desorientado y simplemente incapaz de ver con claridad. Esto no es una debilidad de la que avergonzarse. Es la condición humana, y Dios la diseñó así, a propósito.

Eclesiastés 4:9-10, 12 habla con una practicidad sorprendente: «Más valen dos que uno, pues se ayudan mutuamente a tener éxito. Si uno cae, el otro puede ayudarlo. Pero quien cae solo está en serios problemas... Uno solo puede ser atacado y derrotado, pero dos pueden mantenerse unidos y vencer. Tres son aún mejor, pues una cuerda de tres cabos no se rompe fácilmente».

Dios pone personas en nuestras vidas como instrumentos de su gracia. Ese amigo que llama justo en el momento preciso. El mentor que ofrece una perspectiva diferente cuando no puedes ver más allá de tu propio dolor. La comunidad de creyentes que rodea a una familia afligida y la sostiene cuando ya no le queda nada. Esto no son coincidencias. Es la gracia en acción.

Proverbios 15:22 nos recuerda que «sin consejo, los planes fracasan; con muchos consejeros, se afianzan». La gracia de Dios a menudo nos llega a través de la sabiduría, la experiencia y la presencia de otras personas. Recibir esa gracia —permitir que otros nos guíen, nos hagan preguntas difíciles y nos apoyen cuando no podemos caminar— no es señal de debilidad, sino un acto de sabiduría. Es el designio misericordioso de un Dios que jamás quiso que ninguno de sus hijos enfrentara la vida solo.

Cuando nos aislamos —ya sea por orgullo, vergüenza, autosuficiencia o la creencia errónea de que deberíamos poder resolverlo todo por nuestra cuenta— nos desconectamos de uno de los principales canales a través de los cuales Dios nos ofrece su gracia. El cuerpo de Cristo, funcionando como fue diseñado para hacerlo, es una comunidad de portadores de gracia, donde cada uno canaliza lo que ha recibido hacia quienes más lo necesitan.

Un desafío: Aprovecha el poder de la gracia de Dios.

Hemos cubierto mucho terreno en este capítulo, y quiero asegurarme de que los puntos más importantes queden claros antes de continuar. Así que permítanme resumir lo aprendido y ofrecerles algo más que simple información.

La gracia salvadora es el fundamento sobre el que descansa todo lo demás. No te salvas por tus esfuerzos, tu bondad, tu asistencia a la iglesia ni tus credenciales religiosas. Te salvas por la gracia inmerecida, generosa e impresionante de Dios, recibida por la fe en Jesucristo. Ese fundamento no se tambalea. No se resquebraja bajo el peso de tus peores fracasos. Permanece firme.

La gracia constante es la realidad cotidiana de que no vives la vida cristiana con tus propias fuerzas. Te mantienes firme —momento a momento, decisión a decisión, día a día— en la gracia. Esto significa que tu caminar diario con Dios no se sostiene por tu desempeño, sino por la profundidad de tu confianza. La oración, las Escrituras y la comunidad no son obligaciones que debas cumplir, sino los caminos a través de los cuales recibes y permaneces en la gracia constante que te sostiene.

Servir con la gracia es la gracia que te capacita y te envía. Has recibido dones: expresiones de la gracia de Dios que se manifiestan a través de ti para el beneficio de los demás. Al servir con esos dones, no te agotas, sino que canalizas algo inagotable. Encuentra tu lugar de servicio y entrégate a él. Deja que la gracia fluya a través de ti para alcanzar a quienes la necesitan con urgencia.

La gracia santificante es aquella que se niega a abandonarte tal como te encontró. Dios no se conforma con perdonarte. Está

comprometido a transformarte —de forma progresiva, persistente y poderosa— a la imagen de su Hijo. Colabora con esa obra. Abre tu vida a la renovación de tu mente. No te conformes con ser perdonado pero no cambiado, cuando la intención de Dios es perdonarte y transformarte.

Y, por último, recibe la gracia a través de la comunidad. No fuiste creado para hacer esto solo. Permite que otros te sostengan cuando caigas. Deja que su sabiduría te ilumine en tus puntos ciegos. Que el cuerpo reunido de Cristo sea lo que Dios siempre quiso que fuera: una comunidad de gracia, extendida a un mundo quebrantado.

Este es mi reto para ti:Deja de intentar vivir tu vida como si la gracia fuera algo que tienes que ganar, mantener o merecer. No lo es. Nunca lo fue. La gracia de Dios no es un depósito lejano al que solo puedes acceder en emergencias. Es el río en el que estás destinado a vivir. Es la atmósfera que estás diseñado para respirar. Es el poder que te salvó, el fundamento sobre el que te apoyas, el combustible para tu servicio y la fuerza que, lenta pero seguramente, te está transformando en alguien que se parece más a Jesús cada día. No tienes que esforzarte por ella. No tienes que ser perfecto para recibirla. No tienes que esperar a tenerlo todo bajo control para recibirla. Lo único que se requiere es una mano abierta y un corazón dispuesto. Así que, abre tu mano, alza la vista y deja que la gracia —la gracia salvadora, firme, servidora y santificadora— haga lo que siempre ha estado destinada a hacer: transformar todo lo que toca.

Hay poder en la gracia de Dios. Y ese poder está a tu disposición, ahora mismo, hoy, tal como eres.

Misericordia versus Gracia

Dos regalos que jamás podrías ganar

El Señor es clemente y misericordioso, lento para la ira y grande en amor. — Salmo 145:8

Hay un momento que lo cambia todo. Es el momento en que una persona comprende de verdad —no solo con la mente, sino con todo el corazón— que está ante un Dios santo que, por justicia, debería apartarse de ella. Y, sin embargo, no lo hace. En cambio, se inclina. Extiende la mano. Y dice, en el lenguaje del mayor milagro celestial: estás perdonado, eres amado y eres mío.

Ese momento es posible gracias a dos de las palabras más extraordinarias de toda la Escritura: misericordia y gracia. Estas palabras se usan con tanta frecuencia en las conversaciones cristianas que podemos pasarlas por alto fácilmente, como si fueran señales de tráfico conocidas, sin leerlas realmente. Sabemos que están ahí. Creemos saber lo que significan. Pero hay una diferencia —una diferencia gloriosa y transformadora— entre ambas, y no percibirla significa perderse algunas de las verdades más profundas de toda la Palabra de Dios.

Así que, vayamos despacio. Leamos atentamente las señales, porque en el espacio entre la misericordia y la gracia, encontraremos el panorama completo del amor de Dios por la humanidad pecadora.

Dos palabras, un corazón

Antes de explorar las diferencias entre la misericordia y la gracia, debemos comprender su profunda conexión. Ambas emanan de la misma fuente: el carácter de Dios mismo. Son expresiones gemelas del amor divino, compañeras inseparables en la historia de la salvación. Rara vez se encuentra una sin la otra.

La forma más sencilla —y memorable— de entender esta distinción es la siguiente:

MERCED: No recibimos lo que merecemos. (El juicio y la ira de Dios se han retenido).

GRACIA: Recibimos lo que no merecemos. (El perdón, la justicia, el amor y las bendiciones de Dios se nos dan gratuitamente).

La misericordia es la mano que calma la tormenta. La gracia es la mano que abre la puerta al banquete. La misericordia de Dios significa que no nos impone el castigo que merecemos por nuestros pecados. La gracia de Dios significa que nos concede bendiciones, favor y vida eterna que jamás podríamos haber obtenido por nosotros mismos. Ninguna de las dos es merecida. Ambas son milagrosas. Y juntas, cuentan la historia completa de lo que Dios ha hecho por nosotros a través de Jesucristo.

**Gracia: Más de lo que merecemos,
Más grande de lo que imaginamos — Max Lucado**

Primera parte: El milagro de la misericordia

Una historia de la carretera

Hace varios años, mi esposa y yo viajábamos en coche desde Tulsa, Oklahoma, hasta Nebraska, un trayecto de 724 kilómetros que dura casi ocho horas. El límite de velocidad era de 112 kilómetros por

hora, y yo estaba seguro de que iba justo al límite. Llevábamos unas tres horas en la carretera cuando mi esposa vio un coche patrulla aparcado en la mediana. «Espero que no vayas a exceso de velocidad», me dijo. «No», respondí, «voy justo a 112».

Pero al pasar, el coche patrulla salió y empezó a seguarnos. Mi confianza se convirtió en inquietud. Condujimos durante varios kilómetros antes de que se encendieran las luces. Me orillé, bajé la ventanilla y el sheriff del condado se asomó y me preguntó si sabía a qué velocidad iba.

"Sí, señor, setenta millas por hora", dije.

—¿Sabías que estabas conduciendo por una zona en construcción? —preguntó—. ¿No viste las señales que te indicaban que redujeras la velocidad?

No lo había hecho. Conducía en piloto automático, confiado en mi velocidad, sin percatarme del cambio en el entorno. Tras un breve intercambio, el sheriff me miró y dijo: «Debería ponerle una multa por exceso de velocidad, que costaría 168 dólares. Pero esta vez solo le daré una advertencia. Preste más atención a las señales de tráfico».

"Sí, señor, y gracias", dije, y lo decía en serio.

Eso es clemencia. Había infringido la ley. Merecía el castigo. La multa era justa, pero el agente optó por no aplicarme lo que me correspondía. Me contuvo y me dejó ir en paz.

Ahora imaginen ese momento a escala eterna. Todos hemos quebrantado la ley de Dios, no solo un límite de velocidad en una zona de construcción, sino la profunda ley moral inscrita en la esencia misma de la creación. Y la consecuencia no es una multa de 168 dólares. Es la separación eterna de Dios, lo que la Biblia llama muerte y juicio. Cada uno de nosotros se ha ganado ese castigo. Cada uno de nosotros merece comparecer ante un Dios santo y recibir todo el peso de la justicia.

Pero Dios, en su misericordia, no nos da lo que merecemos.

La misericordia a lo largo de las Escrituras

*"El SEÑOR, el SEÑOR Dios, compasivo y misericordioso,
lento para la ira, abundante en amor y verdad..."*
— Éxodo 34:6

El concepto de misericordia recorre como un hilo conductor toda la Escritura. En Éxodo 34, cuando Dios revela su nombre y carácter a Moisés en el monte Sinaí, la misericordia ocupa un lugar central. No es algo secundario ni una idea de último momento, sino la forma en que Dios elige presentarse. Compasivo. Lento para la ira. Abundante en amor inquebrantable.

Los Salmos retoman este tema una y otra vez, como si los autores no se cansaran de él. El Salmo 103 pinta una de las imágenes más conmovedoras de la misericordia de Dios en toda la Escritura, recordándonos que Dios no nos trata según nuestros pecados y que su amor por quienes le temen es tan inmenso como la distancia entre el cielo y la tierra.

Una de las declaraciones más bellas sobre la misericordia proviene del libro de Lamentaciones, escrito por Jeremías tras la destrucción de Jerusalén, uno de los momentos más oscuros de la historia de Israel. Y sin embargo, en medio de esa devastación, escribe:

«El amor inagotable del Señor nunca cesa; sus misericordias nunca terminan; se renuevan cada mañana; grande es tu fidelidad.» — Lamentaciones 3:22-23

Nueva cada mañana. Esa frase debería hacernos reflexionar. La misericordia de Dios no es un depósito finito que se agota después de haber recurrido a ella demasiadas veces. Se renueva —fresca y abundante— con cada amanecer. Sin importar lo que nos deparó el ayer, la misericordia de hoy nos espera.

"No se puede agotar la misericordia de Dios, del mismo modo que no se puede agotar el océano. Siempre hay más." — **Joni Eareckson Tada**

El Salmo 136 repite el estribillo «Su misericordia es eterna» veintiséis veces, una por cada versículo del capítulo. Hay algo intencional en esa repetición. Dios no quiere que simplemente comprendamos su misericordia; quiere que su verdad penetre tan profundamente en nuestras almas que se vuelva inquebrantable. Su misericordia es eterna.

La misericordia en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, la misericordia de Dios alcanza su máxima y más asombrosa expresión en la persona de Jesucristo. Pablo escribe en Efesios 2 que Dios, «rico en misericordia», nos dio vida en Cristo aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados. Muertos. Sin heridas, sin enfermedades, sin luchas, simplemente muertos. Y, sin embargo, la misericordia descendió hasta esa muerte y nos rescató de la vida.

Jesús también ilustró la misericordia de Dios a través de sus parábolas de maneras que llegan directamente al corazón. La parábola del hijo pródigo en Lucas 15 es quizás la imagen más poderosa de misericordia en toda la Escritura. El hijo exige su herencia, la malgasta en una vida disoluta y termina alimentando cerdos en tierra extranjera. Ha roto el corazón de su padre. No merece más que el rechazo. Pero cuando finalmente recapacita y regresa a casa, el padre lo ve desde lejos, lo que nos indica que el padre lo había estado observando, esperando y anhelando.

El padre no espera a que el hijo llegue a la puerta. Corre. Lo abraza con fuerza. Pide la mejor túnica, un anillo y una celebración. El hijo había ensayado su confesión, preparado para decir: «Ya no soy digno de ser llamado tu hijo». Pero el padre interrumpe el discurso con una celebración.

Ese es el corazón de Dios hacia los pecadores. Esa es la misericordia personificada.

*"Dios no nos ama porque seamos dignos de amor;
nos ama y, por lo tanto, nos hace dignos de amor.
La cruz es la medida de la misericordia de Dios."*—

C.S. Lewis

Lo que la misericordia significa para nosotros

Teológicamente hablando, la palabra hebrea para «misericordioso» conlleva el significado de inclinarse o agacharse con bondad hacia alguien inferior, de favorecerlo y mostrarle compasión. Esta imagen es sobrecogedora. El Dios del universo, infinito en poder, santidad y majestad, se inclina hacia los seres humanos pecadores y quebrantados no para condenarlos, sino para mostrarles compasión.

En la cruz, la misericordia de Dios encontró su máxima expresión. Cristo tomó sobre sí la ira que merecíamos. Romanos 5:8 nos dice que, aun siendo pecadores —no después de habernos redimido, no después de haberlo merecido—, Cristo murió por nosotros. El castigo que merecíamos recayó sobre Él para que pudiéramos ser salvados.

Incluso si Dios no hubiera hecho nada más que esto —incluso si simplemente hubiera retenido el castigo que merecíamos y nos hubiera dejado desaparecer— eso por sí solo habría sido una misericordia infinita. Pero Dios no se detuvo ahí.

Segunda parte: La maravilla de la gracia

Cuando la misericordia no es suficiente

Si la misericordia es la mano que calma la tormenta, la gracia es la mano que abre de par en par la puerta de la casa del Padre y te invita a compartir su banquete. La gracia no es simplemente la ausencia de

castigo, sino la entrega activa, generosa y abundante de bendiciones a quienes no las merecen en absoluto.

Recordemos la parábola del hijo pródigo. La misericordia habría sido que el padre viera regresar a su hijo, lo perdonara en silencio y le permitiera dormir en la habitación de los sirvientes. Pero lo que el hijo recibió fue mucho más allá de la misericordia. Recibió la mejor túnica, símbolo de honor; un anillo, símbolo de su filiación; una celebración, símbolo de alegría. No solo recibió la ausencia de castigo, sino la plenitud de la bendición. Eso es gracia.

"La gracia significa que no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame más... ni nada que podamos hacer para que Dios nos ame menos."— **Philip Yancey**, **¿Qué tiene de asombroso la gracia?**

La gracia no es justa, y ese es el punto.

Uno de los malentendidos más comunes sobre la gracia es que debe ser justa. Tenemos un instinto de justicia muy arraigado. Cuando alguien recibe una bendición que no se ha ganado, algo en nosotros se opone. Cuando el hermano mayor del hijo pródigo oyó el sonido de la celebración, se indignó. Había trabajado fielmente. Nunca se había ido. ¿Dónde estaba su fiesta?

Pero la gracia nunca fue concebida para ser justa. Fue concebida para ser generosa. Fue concebida para revelar la magnitud del amor de Dios por las personas quebrantadas e indignas. Si la gracia fuera justa, ninguno de nosotros la recibiría.

El apóstol Pablo lo comprendió mejor que la mayoría. Él mismo se consideraba el «principal de los pecadores» (1 Timoteo 1:15), un hombre que había perseguido violentamente a la iglesia y llevado a creyentes a la muerte. Sin embargo, Dios se le apareció en el camino a Damasco, no con ira, sino con gracia. Pablo dedicó el resto de su

vida a maravillarse ante este acontecimiento, a escribir sobre él y a proclamarlo a todos los rincones del mundo conocido.

«Pero por la gracia de Dios soy lo que soy», escribió a los Corintios (1 Corintios 15:10). No por mi esfuerzo. No por mi inteligencia. No por mi formación teológica. Por gracia.

La gracia no es una doctrina para debatir, sino una realidad vivida que define cada día de la vida del creyente. La gracia debe recibirse e interiorizarse.

La gracia produce una humildad genuina, porque sabemos que no contribuimos en nada a nuestra propia salvación. Produce una gratitud desbordante, porque nos sentimos abrumados por la bondad de lo que hemos recibido. Produce compasión hacia los demás, porque hemos aprendido a compartir con ellos la gracia que se nos ha dado. Y produce una profunda y firme seguridad, porque nuestra posición ante Dios no se basa en nuestras obras, sino en su promesa.

"La gracia se opone a ganar dinero, no al esfuerzo."— **Dallas Willard**

Misericordia y Gracia Juntas: El panorama completo

Ahora que hemos examinado la misericordia y la gracia por separado, necesitamos ver cómo funcionan juntas, porque en la vida cristiana siempre están en armonía.

Piénsalo así: si te estuvieras ahogando en medio del océano, la misericordia sería lanzarte un salvavidas, rescatándote de la muerte. La gracia sería sacarte del agua, secarte, llevarte a casa, darte ropa abrigada, sentarte a una mesa llena de comida y decirte: «Esto es tuyo. Bienvenido a casa».

La misericordia te libra de lo que mereces. La gracia te da todo lo que jamás podrías haber ganado. Ambas son necesarias. Ambas son hermosas. Y juntas, hacen del evangelio el anuncio más impactante de la historia de la humanidad.

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, nos dio vida juntamente con Cristo aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados. Por gracia sois salvos.
— Efesios 2:4-5

Observen cómo Pablo entrelaza ambos conceptos en una sola frase. Ricos en misericordia: el castigo evitado. Salvados por gracia: la vida inmerecida. No se puede apreciar plenamente uno sin el otro. Son dos caras de la misma moneda divina, dos expresiones del mismo amor infinito.

"Somos más pecadores e imperfectos de lo que jamás nos atrevimos a creer, y sin embargo, al mismo tiempo, somos más amados y aceptados en Jesucristo de lo que jamás nos atrevimos a esperar."

— Timothy Keller, **La razón de Dios**

Vivir en la realidad de ambos

He aquí una pregunta que merece la pena considerar: ¿Vives realmente cada día en la realidad de la misericordia y la gracia? ¿O, como tantos creyentes, caes en una de estas dos trampas?

La primera trampa consiste en vivir como si aún necesitaras ganarte la misericordia de Dios: esforzarte, intentar ser aceptable mediante tu propio esfuerzo espiritual. Esta es la trampa del hermano mayor. Fiel en apariencia, pero sin alegría en tu interior, porque has olvidado que tu posición ante Dios no se basa en tus logros.

La segunda trampa consiste en dar por sentadas la misericordia y la gracia, tratándolas como derechos espirituales en lugar de dones de generosidad asombrosa. Este es el error del hijo pródigo antes de su despertar: dar por sentada la bondad del Padre mientras la malgasta en cosas que no pueden satisfacer.

El estado de bienestar —el lugar de gozo, libertad y plenitud— reside en vivir cada día con plena consciencia de ambas. Cada mañana despiertas a una misericordia renovada. Cada día caminas en una gracia que no has merecido. Cada oración es respondida gracias a lo que Jesús hizo, no a tus propios logros.

Un desafío final: Vive la realidad de ambas cosas — Hoy

Esto es lo que quiero que saquen de este capítulo, no solo como conocimiento teológico, sino como una realidad viva que moldea cómo se despiertan, cómo afrontan sus fracasos, cómo se acercan a Dios en la oración y cómo tratan a las personas que los rodean.

Eres un pecador. Toda persona honesta que haya vivido ha tenido que aceptarlo. No porque sea una verdad cómoda, sino porque es necesaria. Sin comprender lo que merecemos, no podemos apreciar plenamente lo que se nos ha dado. Mereces, como yo, todo el peso de la justicia divina por cada acto de rebeldía, cada momento de orgullo, cada fallo al no amar a Dios y al prójimo como exige su ley.

Y sin embargo —y aquí reside el milagro— Dios no te ha dado lo que merecías. Él examinó todo tu historial de fracasos y, en su misericordia, envió a su Hijo a recibir el castigo que te correspondía. La tormenta que debería haber azotado tu vida, en cambio, azotó el

Calvario. Esa es una misericordia tan inmensa que sobrecoge la imaginación.

Pero no se detuvo ahí. Tras haberte negado lo que merecías, abrió los depósitos celestiales y derramó sobre ti lo que jamás podrías haber ganado: perdón, justicia, adopción, acceso, el Espíritu Santo que mora en ti, vida eterna y un lugar en la mesa de la gracia, no por quién eres tú, sino por quién es Él.

Hoy —no algún día, no cuando te sientas más merecedor, no después de haber resuelto los aspectos de tu vida que aún te avergüenzan— hoy, estás invitado a vivir plenamente en la misericordia y la gracia de Dios. Cuando falles, acude a su misericordia en lugar de alejarte de ella. Cuando tengas éxito, agradécele a su gracia en lugar de a tu propio esfuerzo. Cuando te encuentres con personas quebrantadas e indignas, ofréceles la misma misericordia y gracia que has recibido tan generosamente.

Charles Spurgeon dijo una vez que la gracia no es simplemente algo que Dios nos da, sino la atmósfera misma en la que el creyente vive y respira. Esa es la invitación de este capítulo, y de todo este libro: dejar de tratar la misericordia y la gracia como recursos ocasionales de emergencia y comenzar a vivir en ellas como el aire mismo de nuestra vida espiritual.

No te ganaste tu lugar en la familia de Dios. No puedes ganarte más su favor. Estás aquí —plenamente amado, plenamente perdonado, plenamente aceptado— gracias a la misericordia que te retuvo lo que merecías y a la gracia que te dio todo lo que no merecías. Esto no es algo por lo que estar agradecido una sola vez y luego olvidarlo. Es la realidad inagotable y siempre presente de tu vida en Cristo.

Cada mañana al abrir los ojos, su misericordia se renueva. Cada paso que das, su gracia es suficiente. Cada oración que ofreces, es

escuchada no porque seas impresionante, sino porque eres suyo. Cada día que vives, eres un testimonio viviente de lo que sucede cuando el amor infinito decide inclinarse, humillarse y derramarse sobre quienes no lo merecen.

Eso es misericordia. Eso es gracia. Ese es el Evangelio.

Vívelo, hoy y todos los días.

Capítulo Cuatro

Favor versus Gracia:

Dos dones, un Dios glorioso

“Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo; con tu favor lo rodearás como con un escudo.”

— Salmo 5:12

Se cuenta la historia de un joven predicador que, al comienzo de su ministerio, visitó a un pastor anciano, un hombre que llevaba más de cincuenta años caminando con Dios. El joven le hizo una pregunta que lo había estado inquietando durante meses: “¿Cuál es la diferencia entre gracia y favor? ¿No son lo mismo?”. El anciano pastor sonrió, se inclinó hacia adelante en su mecedora y respondió lentamente: “Hijo, la gracia es lo que Dios pone dentro de ti para que puedas afrontar el camino que Él te está mostrando. El favor es lo que Dios pone sobre ti para que otros te ayuden a llegar allí”.

Esa distinción —tan simple como parece— revela una de las dimensiones más prácticas y fascinantes de la vida cristiana. Como creyentes, hablamos a menudo de gracia y favor. Cantamos sobre ellos. Los invocamos en nuestras oraciones. Los vemos mencionados en las Escrituras. Y, sin embargo, a pesar de su familiaridad, gracia y favor se encuentran entre los conceptos que más se confunden en el vocabulario cristiano. Están relacionados —íntimamente—, pero no son idénticos. Comprender la distinción entre ellos no es un mero ejercicio académico. Es una revelación

transformadora que puede cambiar la forma en que caminas con Dios, cumples tu vocación y te relacionas con los demás.

En este capítulo, examinaremos lo que la Biblia dice sobre la gracia y el favor: qué son, en qué se diferencian, cómo se complementan y por qué tú, como hijo de Dios, tienes derecho a ambos. Descubriremos que la gracia y el favor no son realidades que compiten entre sí, sino dones complementarios del mismo Padre generoso. Juntos, forman una combinación insuperable.

“La gracia y el favor son las dos provisiones de Dios para el camino. La gracia te da la fuerza para caminar. El favor allana el camino.”— José
Príncipe, destinado a reinar

Definiendo nuestros términos: Gracia y favor, uno al lado del otro

Antes de poder comprender la relación entre gracia y favor, necesitamos definir claramente cada una. La confusión entre estos dos dones ha llevado a muchos creyentes a subestimar lo que Dios les ha concedido o a malinterpretar lo que realmente experimentan en sus vidas.

Gracia: El poder y la provisión de Dios obrando en ti.

La gracia es el poder y la capacidad sobrenaturales de Dios obrando en y a través de tu vida. Como vimos en el capítulo anterior, la gracia comienza con el favor inmerecido —el amor de Dios extendido a quienes no lo merecen—, pero no termina ahí. La gracia es la capacidad divina que se otorga a las limitaciones humanas. Es el poder de Dios que hace posible lo que de otro modo sería imposible. Es la provisión interna de Dios.

El apóstol Pablo nos ofrece una de las perspectivas más reveladoras sobre la naturaleza de la gracia en 1 Corintios 15:10: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia para conmigo no ha sido en vano, sino que he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo». Nótese que Pablo atribuye tanto su identidad como su extraordinaria productividad a la gracia. La gracia es lo que es, y la gracia es lo que hace. No es un evento aislado, sino una presencia continua y fortalecedora.

“La gracia no es simplemente la actitud de Dios hacia el pecador. Es la presencia activa de Dios dentro del creyente, obrando constantemente, capacitándolo constantemente y superando constantemente lo que la fuerza humana podría producir.”— **RC Sproul, La santidad de Dios**

La gracia, entonces, es un asunto interno. Es el recurso divino depositado en ti al momento de la salvación y que se mantiene disponible continuamente a través de tu relación con Cristo. No depende de tus circunstancias, tus relaciones ni la opinión que otros tengan de ti. La gracia opera independientemente del entorno porque se origina en tu interior. Es el tesoro en el recipiente de barro: el poder de Dios obrando en tu debilidad, tu insuficiencia y tus limitaciones.

Favor: El trato preferencial de Dios en acción a tu alrededor.

Si la gracia es la provisión interna de Dios, el favor es su promoción externa. El favor es la benevolencia sobrenatural que Dios manifiesta en tu favor, influyendo en cómo te perciben, te responden y te tratan los demás. Es una disposición amistosa de la que emanan actos de bondad. Significa ayudar, brindar ventajas especiales y recibir un trato preferencial que no se basa en el mérito ni en merecerlo.

Piensa en el favor divino como una influencia invisible: una atmósfera especial que te rodea y ablanda los corazones de quienes te rodean. El favor abre puertas que, lógicamente, no deberían abrirse. Crea oportunidades inesperadas. Te da acceso a personas y lugares que tu currículum, tu reputación o tus recursos por sí solos jamás podrían asegurar. Hace que la gente se desviva por ti sin comprender del todo el motivo.

El relato bíblico está repleto de hombres y mujeres que gozaron de un favor extraordinario. José fue vendido como esclavo por sus propios hermanos, pero halló gracia en la casa de Potifar, luego en la prisión y, finalmente, en el palacio del propio faraón. Daniel fue cautivo en Babilonia, pero halló gracia ante el jefe de los eunucos y, con el tiempo, ante los reyes. Ester era una niña judía huérfana en tierra extranjera, pero halló gracia ante el rey y usó ese favor para salvar a todo su pueblo. Rut era una viuda moabita sin ningún derecho legal a la sociedad israelita, pero Booz le dijo: «Has hallado gracia ante mis ojos» (Rut 2:10), y su vida se transformó.

En cada una de estas historias, el favor no se ganó, sino que fue concedido. No fue fruto de una astuta autopromoción, sino de un designio divino. Y en todos los casos, les llegó a personas que caminaban fielmente con Dios, incluso en circunstancias difíciles.

“El favor divino no es suerte. No es personalidad. No son contactos. El favor divino es la huella de Dios en tu vida: evidencia inequívoca de que Él está presente en tu historia.”

— TD Jakes, Destino: Entra en tu propósito

La relación entre la gracia y el favor

Una vez definidos ambos términos, estamos listos para explorar su relación. La gracia y el favor no son el mismo don, pero provienen del mismo Dador y actúan en conjunto para cumplir los propósitos de Dios en tu vida. Comprender su relación te ayudará a reconocer lo que Dios está haciendo en cada etapa y te preparará para vivir plenamente lo que Él ha preparado.

La gracia te saca; el favor te trae.

La gracia puede sacarte de donde estás y colocarte donde Dios quiere que estés. El favor es lo que te abre la puerta al llegar. La gracia es el poder que te permite salir de Egipto; el favor es la influencia que te da un hogar en la Tierra Prometida. La gracia es transformadora: cambia lo que eres desde dentro. El favor es posicional: cambia cómo te reciben desde fuera.

Consideremos a José una vez más. Fue la gracia de Dios —sabiduría divina, integridad espiritual y resiliencia sobrenatural— lo que lo sostuvo durante trece años de esclavitud y encarcelamiento injusto. No se amargó. No abandonó su integridad. No perdió su capacidad de soñar. Eso fue gracia: el poder de Dios obrando en él, manteniéndolo íntegro cuando sus circunstancias eran desgarradoras. Pero cuando llegó el momento de que José compareciera ante el faraón, fue el favor divino lo que le abrió las puertas del trono. El faraón no llamó a José porque él hubiera intercedido por él. Dios lo dispuso. La gracia preparó a José para ese lugar; el favor divino lo puso allí.

“La gracia es lo que Dios hace en ti. El favor es lo que Dios hace por ti a través de otros. Ambos son necesarios. Ninguno por sí solo es suficiente.”

— **John C. Maxwell, El poder de la importancia**

El favor te coloca en un lugar; la gracia te mantiene allí.

Hay una secuencia importante que muchos creyentes pasan por alto. Oran pidiendo favor divino, y con razón. Pero cuando el favor les abre una puerta y los coloca en un lugar nuevo —un nuevo rol, una nueva oportunidad, un nuevo nivel de responsabilidad— descubren de repente que el favor por sí solo no basta para sostenerlos en ese lugar. Necesitan la gracia.

El favor puede conseguirte un lugar en la mesa. La gracia te da algo valioso que decir cuando te sientas. El favor puede asegurarte un ascenso. La gracia te brinda la sabiduría, el carácter y la capacidad para liderar bien en ese nuevo puesto. El favor puede presentarte a personas importantes. La gracia determina lo que sucede en esas relaciones una vez que se produce la presentación.

Por eso Salomón, el hombre más sabio que jamás haya existido, comprendió que el favor sin carácter es peligroso. En Proverbios 22:1, escribe: «Vale más la buena reputación que las grandes riquezas, y el favor amoroso que la plata y el oro». El favor que perdura es aquel que se fundamenta en una vida de integridad, y la integridad es una obra de gracia. La gracia de Dios forja el carácter que hace que el favor sea duradero.

“Muchos han encontrado el favor que les abrió puertas, pero les faltó la gracia para cruzarlas con destreza. Busca ambas cosas: el favor que abre y la gracia que sostiene.”— **Christine Caine, Sin**

vergüenza

Gracia y Favor: Los Gemelos Maravilla del Reino de Dios

La gracia es la capacidad y provisión divinas de Dios. El favor es la aceptación y aprobación divinas de Dios. Juntas, como declara Pablo en 2 Corintios 9:8, constituyen una cobertura integral: «Y Dios tiene poder para hacer que toda gracia abunde en ustedes, para que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abunden para toda buena obra».

Cuando la gracia y el favor divino se manifiestan en tu vida, sucede algo extraordinario. La gente se siente atraída hacia ti sin saber exactamente por qué. Se abren puertas que no has tocado. Recibes provisión de fuentes inesperadas. Problemas que deberían haberte desanimado parecen resolverse de maneras que desafían toda explicación lógica. Te encuentras, como Daniel, diez veces mejor que la competencia, no porque seas diez veces más inteligente, sino porque la gracia de Dios en ti y el favor divino sobre ti se han combinado para darte una ventaja completamente sobrenatural.

Así como Jesús creció en sabiduría y estatura, y en gracia ante Dios y los hombres (Lucas 2:52), también lo hace el creyente que camina en sintonía con el Espíritu. El crecimiento en gracia y en favor no es automático; requiere fidelidad, humildad y una relación activa y viva con Cristo. Pero está a tu alcance. Está prometido. Y te pertenece por derecho propio, por el simple hecho de tener una relación con Él.

“Cuando la gracia de Dios está en ti y el favor de Dios está sobre ti, tu vida se convierte en un testimonio que no puede explicarse por medios naturales.”

— **Bill Johnson, Cuando el cielo invade la Tierra**

El fundamento bíblico del favor

El Salmo 5:12 nos ofrece una de las descripciones más claras y completas del favor de Dios en las Escrituras: «Porque tú, oh Jehová, bendecirás al justo; como a un escudo lo rodearás de tu favor». Vale la pena analizar este versículo con detenimiento, porque revela no solo la promesa de favor, sino también su alcance, su origen y su función.

La fuente: El SEÑOR mismo

«Porque tú, oh Jehová, bendecirás a los justos». Nótese que la bendición—incluido el favor— proviene de Dios mismo. No de tus contactos. No de tu talento. No de tu estrategia, aunque todo eso tiene su lugar. La fuente última del favor es Dios. Esto significa que ningún ser humano puede retener permanentemente lo que Dios ha decidido dar, ni puede proveer permanentemente lo que Dios ha retenido. El favor es suyo para dar, y lo da a quienes le pertenecen.

Esta verdad debería reorientar radicalmente tu enfoque hacia tu carrera, tu vocación y tus relaciones. En última instancia, no dependes de la opinión de una sola persona, de la decisión de una sola empresa ni de que se te abra o se te cierre una sola puerta. Dependes de Dios, y Dios no es caprichoso. No es voluble. No tiene un mal día y decide negarte su favor. Él es el mismo ayer, hoy y siempre, y su disposición hacia sus hijos es de bendición.

“Si Dios está contigo, no importa quién esté en tu contra. El favor de Dios siempre supera la oposición de los hombres.”

— Joyce Meyer, **El campo de batalla de la mente**

El alcance: El favor te rodea

«Lo rodearás de favor». La palabra «rodear» es crucial. No se trata de un favor parcial, de favores en algunas áreas y sequía en otras. Es una cobertura integral, de 360 grados. Favor delante de ti, abriendo puertas que aún no has alcanzado. Favor detrás de ti, protegiendo tu reputación de quienes la dañarían. Favor a tu derecha e izquierda, influyendo en cada relación a tu alrededor. No es una pequeña bendición; es un cambio de entorno completo. Cuando el favor de Dios te rodea, tu mundo se transforma.

La función: El favor como escudo

«Como un escudo». El antiguo escudo cumplía dos funciones: protegía al soldado de los ataques y le permitía avanzar hacia territorios que, de otro modo, serían demasiado peligrosos. El favor funciona exactamente igual. Es tanto defensivo como ofensivo. Defensivamente, el favor te protege de ataques que ni siquiera ves venir: conversaciones que nunca ocurrieron, acusaciones que nunca prosperaron, planes que se desbarataron antes de que te afectaran. Ofensivamente, el favor abre caminos —oportunidades, relaciones, recursos— que tu propia iniciativa por sí sola jamás podría desbloquear.

El gran obispo anglicano y comentarista bíblico J.C. Ryle observó que en la vida del pueblo de Dios a lo largo de las Escrituras se repite un patrón constante: el favor divino funciona como una especie de protección providencial, dirigiendo las circunstancias de maneras que el ojo humano atribuiría a la casualidad, pero que el ojo de la fe reconoce como la mano de Dios. Ese es el escudo del favor divino: invisible, pero absolutamente real.

¿Quiénes son dignos del favor de Dios?

Esta es la pregunta que deja perplejos a muchos creyentes. Leen las promesas sobre el favor divino. Las creen intelectualmente. Pero cuando se preguntan si esas promesas se aplican a ellos personalmente, la duda se instala. Así suele sonar su diálogo interno:

- No creo merecer el favor de Dios.
- He cometido demasiados errores como para calificar.
- Mi negocio o mi carrera no son lo suficientemente "espirituales" como para atraer el favor divino.
- No soy lo suficientemente constante en mi fe como para esperar este tipo de bendición.
- Las personas que gozan de favores parecen más santas, más disciplinadas, más talentosas que yo.

Si te sientes identificado con alguna de estas afirmaciones, no estás solo. Pero también estás cayendo en un malentendido que te está privando de uno de los mayores regalos que tu Padre tiene para ti. Abordemos este tema directamente.

El favoritismo no se merece: ese es el punto.

La pregunta no es: "¿Soy lo suficientemente bueno para merecer el favor de Dios?". La verdad es esta: nadie es lo suficientemente bueno para merecer el favor de Dios. Si se mereciera, sería un salario. Si se ganara, sería una recompensa. La naturaleza misma del favor es que se concede como un don a quienes no tienen derecho a él. Por eso se le llama favor y no recompensa.

En su obra fundamental «Deseando a Dios», John Piper hace esta observación: la gracia de Dios hacia los pecadores indignos no es una concesión a regañadientes que Dios hace en contra de su propio juicio. Es el gozoso desbordamiento de su carácter. Dios no favorece

a sus hijos de mala gana. Se deleita en hacerlo. Sofonías 3:17 dice que se regocija por su pueblo con cánticos. Esta no es la imagen de un padre decepcionado que bendice a regañadientes a un hijo mediocre. Este es un Padre que se entrega con exuberancia y entusiasmo a sus hijos.

Deja de pedirle a Dios que te sea misericordioso como si tuvieras que vencerlo. Él ya está más dispuesto a bendecirte de lo que tú estás dispuesto a recibir. Tu mayor necesidad no es persuadir a Dios, sino creer en Él.— John Piper, Deseando a Dios

La justicia es el requisito, y proviene de Cristo.

El Salmo 5:12 dice que Dios bendice a los justos. Así pues, la pregunta es: ¿eres justo? Y la respuesta —para todo hijo de Dios redimido por la sangre de Cristo y habitado por el Espíritu Santo— es sí. No por tus obras, sino por tu posición en Cristo.

En 2 Corintios 5:21 se encuentra una de las declaraciones más impactantes de toda la Escritura: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él». En la cruz, tuvo lugar un intercambio sobrenatural. Jesús tomó tu pecado. Recibiste su justicia. No una copia. No una pálida imitación. La justicia misma de Dios fue acreditada a tu cuenta. No la ganaste. No puedes perderla. No se basa en tu desempeño diario, sino enteramente en lo que Cristo logró.

Esto significa que si has nacido de nuevo —salvado por gracia, habitado por el Espíritu Santo, viviendo en comunión con Cristo— mereces el favor de Dios. Punto. No porque seas perfecto, sino porque estás unido a Cristo. No porque hayas alcanzado la plenitud

espiritual, sino porque Él ha puesto su justicia sobre ti. No mereces el favor de Dios por tus propios méritos, sino por los suyos.

“Cuando Dios te mira, no ve tus fracasos, tus defectos ni tus inconsistencias. Te ve a través de la perspectiva de la justicia de su Hijo, y eso te capacita para recibir todo lo que la gracia y el favor tienen para ofrecer.” — **Charles Stanley,**
Ministerios In Touch

La humildad es la postura que activa el favor

Si bien todo creyente merece el favor de Dios, la experiencia práctica de ese favor está profundamente ligada a nuestra actitud ante Él. Santiago 4:6 nos recuerda: «Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes». Proverbios 3:34 afirma lo mismo. El orgullo no es solo una falta moral; es una barrera práctica que impide que la gracia y el favor fluyan en nuestra vida.

La humildad no significa tener una mala opinión de uno mismo. Significa tener una visión objetiva de uno mismo en relación con Dios, reconociendo que todo lo que somos y todo lo que tenemos proviene de Él. La persona humilde no dice: «No soy nada». Dice: «Por mí mismo soy insuficiente, pero en Cristo soy más que suficiente». Esta actitud abre el camino para que la gracia y el favor fluyan libremente.

C.S. Lewis, en "Mero Cristianismo", describió la humildad no como una virtud autocrítica, sino como una orientación fundamentalmente veraz: la disposición a verse a uno mismo tal como es ante Dios, sin orgullo ni vergüenza fingida. Esa actitud honesta y entregada es precisamente el terreno fértil donde el favor divino echa raíces y crece.

“La humildad no consiste en menospreciarse a uno mismo, sino en pensar menos en uno mismo. Y, paradójicamente, aquellos que menos se valoran son a quienes Dios exalta más.”— C.S. Lewis,
Cristianismo puro y simple

Cómo funcionan la gracia y el favor Juntos en la vida cotidiana

La teología que no se adapta a las realidades prácticas de la vida cotidiana deja de ser útil. Así que llevemos esta verdad desde lo más profundo de nuestro ser hasta el mercado, el hogar, el trabajo y las relaciones con las que convivimos a diario.

En tu carrera y vocación

La gracia y el favor divino crean las condiciones para un impacto extraordinario en tu vida profesional. La gracia te brinda una sabiduría que va más allá de tu formación: una perspicacia que llama la atención de colegas y líderes. Te da el carácter para manejar el éxito sin arrogancia y los reveses sin amargura. La gracia es la razón por la que puedes superar a tu competencia en perseverancia, trabajo y servicio sin esfuerzo ni intrigas.

Mientras tanto, el favor te coloca en el lugar adecuado en el momento preciso. Hace que quien toma las decisiones piense en ti cuando surge una oportunidad. Convince a un escéptico que de otro modo te descartaría. Crea una reputación que te precede en ámbitos que aún no has explorado. Cuando la gracia y el favor se combinan

en tu carrera, experimentarás con frecuencia lo que solo puede describirse como un impulso divino: las cosas avanzan más rápido y más lejos de lo que tus propios esfuerzos podrían lograr.

En tus relaciones

El favor de Dios influye profundamente en cómo los demás se relacionan contigo. Proverbios 16:7 promete: «Cuando los caminos del hombre agradan al Señor, Él hace que incluso sus enemigos estén en paz con él». Este no es el poder de la personalidad, sino el poder del favor. Hace que quienes deberían ser tus adversarios se conviertan en tus aliados. Suaviza la resistencia que no tiene una explicación lógica. Construye puentes sobre divisiones que, según la lógica, deberían permanecer abiertas.

La gracia, en su dimensión relacional, te da la capacidad de amar a quienes son difíciles de amar, de perdonar a quienes te han herido y de servir sin esperar reconocimiento. La combinación de la fortaleza interna de la gracia y la benevolencia externa del favor crea relaciones de notable profundidad y durabilidad.

En tus épocas de dificultad

Quizás la demostración más poderosa de la gracia y el favor divinos obrando juntos no se da en épocas de éxito, sino en épocas de sufrimiento. Fue en el pozo, en el mercado de esclavos y en la prisión donde se forjó la gracia de José. Y fue precisamente en esos mismos entornos donde el favor divino siguió acompañándolo. Génesis 39:21 dice: «Pero el Señor estaba con José y le mostró misericordia, y le concedió el favor del carcelero».

Incluso en prisión, José contaba con el favor divino. Incluso en el momento más oscuro de su vida, la gracia que moraba en él y el

favor divino seguían presentes. Este es el testimonio de innumerables creyentes a lo largo de la historia: que la gracia de Dios los sostiene en las pruebas y su favor les abre puertas en los lugares más inesperados. Como declara el salmista: «El llanto puede durar toda la noche, pero la alegría llega por la mañana» (Salmo 30:5); y cuando llega la mañana, a menudo se manifiesta en forma de un favor divino que solo Dios pudo haber dispuesto.

Es en tus momentos más oscuros cuando la gracia se manifiesta con mayor intensidad y el favor llega de forma más inesperada. No desprecies el abismo. A menudo es allí donde Dios realiza su obra más transformadora.

— Priscilla Shirer, *Fervent*

Recibir lo que Dios nos ha dado

Hemos establecido que la gracia y el favor te pertenecen por tu identidad en Cristo. Pero hay un paso final crucial que muchos creyentes pasan por alto: estos dones deben recibirse. No se experimentan automáticamente solo porque estén disponibles. La gracia y el favor son como un río: reales, poderosos y fluyentes; pero debes prepararte para beber de ellos.

Recibir la gracia y el favor comienza con la fe: creer realmente que Dios está dispuesto a ayudarnos como lo declara su Palabra. Muchos creyentes confiesan la gracia y el favor de palabra, pero albergan un profundo escepticismo en su corazón. Dicen las palabras correctas, pero secretamente esperan que Dios se los niegue. Andrew Murray,

el gran pastor y escritor devocional sudafricano, dijo que el mayor obstáculo para experimentar la plenitud de la gracia de Dios no es la falta de voluntad de Dios para dar, sino nuestra falta de voluntad para creer que Él ya lo ha hecho.

Recibir también implica un acto consciente de humildad: acercarse a Dios no con una lista de méritos, sino reconociendo la propia necesidad. Significa decir, con el apóstol Pablo: «Sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, no habita nada bueno» (Romanos 7:18), y al mismo tiempo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). La pobreza de uno mismo y la riqueza de la gracia, vividas simultáneamente, constituyen la actitud de quien camina en gracia y favor.

La gracia y el favor de Dios no esperan a ser ganados. Esperan a ser recibidos. Abre tus manos. Abre tu corazón. Él está más dispuesto a dar de lo que tú jamás has estado dispuesto a pedir.
— Andrew Murray, **Permanece en Cristo**

Cierre: Vive como si pertenecieras a alguien grande.

Hemos abarcado mucho en este capítulo. Hemos visto que la gracia y el favor son dones distintos del mismo Padre generoso: la gracia obra en ti, el favor obra a tu alrededor. Hemos visto que la gracia es el poder que Dios te da y el favor es su bendición preferencial. Hemos visto que obran en conjunto: la gracia te impulsa hacia afuera, el favor te atrae hacia adentro; el favor abre puertas, la gracia te capacita para atravesarlas con éxito. Hemos visto que mereces ambos, no por tus logros, sino por tu posición en Jesucristo.

Pero ahora llega el desafío que determinará si este capítulo cambia algo en tu vida.

Demasiados creyentes viven por debajo de su herencia. Conocen el vocabulario de la gracia y el favor. Cantan sobre ello los domingos, lo reclaman en sus oraciones y lo publican en sus redes sociales. Pero el lunes por la mañana, cuando les espera una conversación difícil, cuando la oportunidad parece demasiado grande, cuando el obstáculo parece demasiado permanente, cuando la relación parece demasiado rota, vuelven a depender de sus propias fuerzas, su propia astucia y sus propios recursos. Y se preguntan por qué la vida les resulta tan difícil.

Esta es la invitación de este capítulo: Deja de vivir como un huérfano cuando eres hijo del Rey. Deja de esforzarte como si todo dependiera únicamente de tu esfuerzo. Deja de retraerte como si el favor fuera una lotería que otros ganan y tú solo observas. No eres un mero espectador en la historia de la bondad de Dios. Eres participante. Eres heredero. Estás rodeado —ahora mismo, en este instante— por el favor de Dios como un escudo. Y la gracia de Dios está en ti, más que suficiente para todo lo que enfrentas.

El gran compositor de himnos John Newton —el antiguo traficante de esclavos que se convirtió en un ejemplo de la gracia divina— escribió palabras que han resonado a lo largo de tres siglos: «Gracia asombrosa, qué dulce sonido, que salvó a un miserable como yo». Comprendió que no la merecía. También comprendió que la gracia está destinada precisamente a quienes no la merecen. Y fue esa gracia —y el favor que la acompañó— la que transformó a un traficante de esclavos en pastor, abolicionista y una de las voces más queridas en la historia de la fe cristiana.

¿Qué podrían hacer la gracia y el favor en tu vida? ¿Qué puertas podrían abrirse que han permanecido cerradas obstinadamente? ¿Qué relaciones que parecen irreparablemente rotas podrían sanar? ¿Qué vocaciones podrías cumplir que has abandonado en silencio? ¿Y si lo que se interpone entre tú y la vida que Dios diseñó para ti no son las circunstancias, ni el momento oportuno, ni las decisiones de los demás, sino simplemente tu disposición a caminar en la gracia y el favor que tu Padre ya te ha brindado?

La invitación está abierta. El río fluye. El escudo está en su lugar. La gracia está dentro de ti. El favor te rodea. La única pregunta que queda es si vivirás de acuerdo con tus creencias.

Perteneces a Alguien grandioso. Es hora de empezar a vivir como tal.

“Que la gracia y la paz les sean multiplicadas en el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor.”

— 2 Pedro 1:2

Gracia: El poder y la provisión de Dios obrando en ti.

Favor: El trato preferencial de Dios en el trabajo a tu alrededor

CAPÍTULO CINCO

Justicia y Santidad

*Dos dones de gracia —
y por qué confundirlos te cuesta todo*

*"Y revestirse del nuevo ser, creado a imagen de
Dios en verdadera justicia y santidad."*

— Efesios 4:24

Hoy reina una gran confusión en muchas iglesias, lo que está costando a los creyentes tanto su paz como su progreso espiritual. Esto sucede cuando dos de las palabras más importantes del vocabulario cristiano se tratan como si significaran lo mismo: justicia y santidad se usan indistintamente, como sinónimos, como si intercambiar una por la otra no tuviera consecuencias, pero no son lo mismo. Las Escrituras nunca las han tratado como si fueran iguales. Y cuando no logramos distinguirlas, terminamos dando por sentado lo que Dios nos ha dado gratuitamente, o agotándonos tratando de ganar lo que jamás se puede ganar.

Este capítulo trata de aclarar las cosas, no como un árido ejercicio teológico, sino como un encuentro liberador con la gracia de Dios, porque cuando finalmente comprendes la diferencia entre justicia y santidad, algo se libera en tu alma. El afán de superación se suaviza. La culpa pierde parte de su poder, y la invitación a crecer comienza a sentirse menos como una exigencia y más como un deleite.

Comencemos por donde comienza toda buena teología: con Dios.

Palabras que significan más de lo que pensamos

El lenguaje moldea las creencias. Cuando recurrimos a palabras imprecisas para describir realidades profundas, terminamos con una fe imprecisa, y esta tiende a generar un afán desmedido de éxito o una indiferencia superficial. Ambas situaciones son perjudiciales. El antídoto es la precisión, y la Biblia nos la ofrece en dos palabras distintas pero relacionadas.

La palabra hebrea para justicia es *tsedeq*, un término que conlleva el peso de la rectitud moral y la conformidad con un estándar. En lenguaje jurídico, ser declarado justo significa estar en lo correcto, ser vindicado ante un juez. El equivalente griego, *dikaiosyne*, tiene la misma fuerza: habla de aquel que cumple con los requisitos, que se presenta ante la ley sin ser acusado.

La santidad proviene de una raíz hebrea diferente: *qodesh*. Significa apartado, consagrado, dedicado a un propósito superior. El equivalente griego, *hagios*, comparte este sentido de alteridad: algo o alguien que pertenece solo a Dios, separado de lo común para lo sagrado. Cuando se describe a Dios como santo, la palabra conlleva no solo perfección moral, sino también la idea de una distinción absoluta. No hay nadie ni nada como Él.

Estas dos familias de palabras —rectitud y santidad— están genuinamente relacionadas. Pero no son idénticas. Y la diferencia entre ellas no es meramente teórica. Es la diferencia entre una postura y un camino, entre un veredicto judicial y una vida vivida a la luz de él.

La justificación es el término teológico para ser declarado justo. Es un acto único. Sucede. Es completo. La santificación es el término teológico para crecer en santidad; es una obra continua. Es un

proceso constante. Una es instantánea. La otra dura toda la vida. Y, fundamentalmente, ambas emanan de la misma fuente divina: la gracia gratuita de Dios.

El don que no se puede ganar: la rectitud

Para comprender la justicia adecuadamente, debemos volver a una de las declaraciones más impresionantes de todo el Nuevo Testamento. Romanos 3:22–24 dice:

«Y esta justicia que proviene de Dios se obtiene mediante la fe en Jesucristo para todos los que creen. No hay distinción, pues todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús.»

— Romanos 3:22–24

Tres frases merecen que reflexionemos profundamente. Primero: «justicia de Dios». Esta justicia no se origina en nosotros. No es producto del esfuerzo moral, la disciplina religiosa ni los logros espirituales. Proviene de Dios. Segundo: «gratuitamente». La palabra griega aquí es *dorean*: como un regalo, sin pago, sin que quien lo recibe tenga que pagar nada. Tercero: «por su gracia». El mecanismo es la gracia. No el mérito. No el esfuerzo. La gracia.

Esta es la doctrina que Martín Lutero redescubrió en el siglo XVI, y que conmocionó al mundo occidental. Ante el texto de Romanos, Lutero escribió en su comentario que la justicia de Dios descrita por Pablo no era una justicia que Dios nos exigiera, sino una justicia que

Dios nos otorgara. La diferencia, declaró Lutero, radicaba en la diferencia entre el cielo y el infierno.

Anhelaba profundamente comprender la Epístola de Pablo a los Romanos. Día y noche meditaba hasta que comprendí la verdad: la justicia de Dios es aquella por la cual el justo vive mediante un don de Dios, es decir, por la fe. Sentí entonces que había nacido de nuevo y que había entrado en el paraíso mismo por las puertas abiertas.

— **Martín Lutero, Prefacio a los Escritos Latinos**

La historia de Abraham en Génesis 15:6 fundamenta esta verdad aún más en la historia de la salvación: «Abram creyó al Señor, y le fue contado por justicia». Abraham no había hecho nada para merecer tal condición. No había completado un programa espiritual ni había mantenido una conducta intachable. Simplemente creyó, y Dios se lo contó. El apóstol Pablo retoma este mismo versículo en Romanos 4 y Gálatas 3, utilizando a Abraham como ejemplo fundamental de que la justicia siempre ha sido una cuestión de fe, no de obras.

La implicación es asombrosa por su sencillez. En el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo, se produjo una transacción legal en los tribunales celestiales. Tu pecado fue puesto sobre Él; su justicia fue acreditada a tu cuenta. Los teólogos llaman a esto imputación: la transferencia de posición, el intercambio de lo que merecemos por lo que solo Él merece. No creciste en justicia. No te la ganaste. La recibiste, como una persona que se ahoga recibe un salvavidas: no nadando con más fuerza, sino soltándose y aferrándose. R. C. Sproul, uno de los teólogos reformados más meticulosos del siglo XX, utilizó la impactante frase «justicia ajena» para describir lo que sucede en la justificación. Es ajena a nosotros. Pertenece a Cristo. Y, sin embargo, por gracia mediante la fe, es

nuestra: permanentemente, irrevocablemente, completamente. Esta es tu posición ante Dios hoy, si estás en Cristo. Eres justo, no por nada que hayas hecho, sino por todo lo que Él ha hecho.

El llamado que sigue al don: la santidad

Si la rectitud es tu postura, la santidad es tu progreso. Si la rectitud es el veredicto del Juez, la santidad es la vida que vives en respuesta a ese veredicto. Y así como la rectitud no se puede ganar, la santidad no se puede fingir, al menos no por mucho tiempo, y nunca de una manera que satisfaga el alma.

La primera gran declaración de Dios acerca de su propio carácter no es «Dios es amor» ni «Dios es poderoso», por muy ciertas que sean ambas afirmaciones. El primer atributo declarado acerca de Dios en la sala del trono celestial es la santidad. Isaías 6:3 registra a los serafines clamando en alabanza antifonal:

*"Santo, santo, santo es el SEÑOR de los Ejércitos;
su gloria llena toda la tierra." — Isaías 6:3*

La triple repetición —el único atributo divino descrito tres veces consecutivas en toda la Escritura— indica un superlativo, una especie de signo de exclamación gramatical. Dios no es simplemente santo. Él es el modelo de santidad, la fuente de la santidad, Aquel contra cuyo carácter se miden todas las nociones de santidad.

Y este mismo Dios llama a su pueblo a reflejar su carácter. Levítico 19:2, el mandato que resuena en ambos Testamentos, es inequívoco: «Sean santos, porque yo, el SEÑOR su Dios, soy santo». Primera de Pedro 1:15-16 lo reafirma para los creyentes del Nuevo Pacto: «Así como el que los llamó es santo, sean también ustedes santos en todo

lo que hagan». El estándar no ha cambiado. El llamado no se ha suavizado. La expectativa permanece.

Pero aquí radica la pregunta crucial que todo creyente sincero debe hacerse: si la santidad es un ideal que jamás podremos alcanzar plenamente en esta vida, ¿qué sentido tiene perseguirla? ¿Es cruel este mandato? ¿Nos está preparando Dios para el fracaso?

La respuesta es no, y para entender por qué, necesitamos comprender qué significa realmente la santidad en la práctica.

Dios no nos llama a la santidad como un estándar a alcanzar, sino como una naturaleza que debemos recibir. El llamado a la santidad no es una exigencia de un Dios distante, sino una invitación de Aquel que mora en nosotros.— **A. W. Tozer, La búsqueda de Dios**

A. W. Tozer, cuyos escritos espirituales han formado a generaciones de creyentes, va directo al grano. El llamado a la santidad es una invitación a la naturaleza de Dios mismo. Cuando Pedro dice «sed santos como yo soy santo», la palabra griega utilizada para «sed» es un imperativo presente: continuo, activo, constante. No se trata de «ser santo una sola vez», sino de «seguir siendo santos». Es una trayectoria, no un destino al que llegamos en esta vida.

En el momento en que aceptaste a Jesucristo como Señor y Salvador, dos cosas sucedieron simultáneamente. Primero, el Espíritu Santo te selló; Efesios 1:13 describe este sellamiento como la garantía de tu herencia, la señal permanente de pertenecer a Dios. Segundo, el Espíritu habitó en ti, comenzando la obra de toda una vida de conformarte a la imagen de Cristo. Esa obra es lo que el Nuevo Testamento llama santificación. Es la santidad en acción.

La ilustración de la adopción: ver ambas cosas a la vez.

Quizás la forma más clara de tener presentes ambas realidades —la rectitud y la santidad— al mismo tiempo sea a través de una imagen que su artículo original dibujó maravillosamente y que merece ser contemplada con detenimiento.

Imagina a un niño que vive en la pobreza, quizás en un hogar de acogida, sin apellido ni futuro seguro. Llega el día en que una familia lo elige, no por nada que haya hecho, ni por ningún mérito que haya demostrado, sino simplemente por amor y deseo. Se firman los papeles de adopción. En un instante, todo cambia.

Ese niño ahora lleva el apellido familiar. Tiene acceso legal a todos los bienes de la familia. Ante la ley, es un heredero pleno y completo. Nada puede revertir esto. La adopción es definitiva, vinculante e irrevocable.

Eso es rectitud.

Ocurrió en un instante. No se ganó. No se puede perder por fallos de rendimiento. La posición del niño en la familia está asegurada, no por quién es el niño, sino por quiénes son los padres y lo que han hecho.

Pero ahora comienza algo más. El niño empieza a aprender los ritmos familiares. Absorbe sus valores. Aprende cómo su madre trata a los demás y empieza a imitarla. Observa cómo su padre afronta la adversidad con entereza y, poco a poco, casi imperceptiblemente, empieza a afrontar la suya de la misma manera. Pasan los años. El niño crece. Y quienes lo conocieron antes —en la pobreza, en el hogar de acogida— apenas lo reconocen, no porque su identidad haya cambiado, sino porque su carácter se ha forjado.

Eso es santidad.

El pastor y teólogo puritano John Owen dedicó gran parte de su vida a escribir sobre este proceso, al que llamó la mortificación del pecado y el cultivo de la gracia en la vida del creyente. Owen comprendió que la vida cristiana no es una experiencia estática, sino un camino de formación continua, en el que el carácter del Padre se reproduce en la vida del creyente.

La famosa frase de Owen —«Matad el pecado, o el pecado os matará»— no es una expresión de angustia y desesperación. Es el consejo sereno de un padre que sabe que la santidad requiere una participación activa. El hijo adoptivo no se convierte pasivamente en un miembro más de la familia. Elige aprender. Elige someterse. Elige dejarse moldear. Del mismo modo, la santidad requiere nuestra participación voluntaria en la obra que el Espíritu de Dios ya está realizando en nosotros.

La peligrosa confusión y su coste

Cuando los creyentes confunden la rectitud con la santidad —tratándolas como si fueran lo mismo o reduciendo una a la otra— los resultados son casi siempre orgullo o desesperación.

Si crees que tu justicia ante Dios depende de tu comportamiento constante —tu vida de oración, tu conducta moral, tu asistencia a la iglesia, tu constancia en tus devociones— entonces en tus mejores días te sentirás orgulloso y en tus peores días te sentirás devastado. Has puesto tu posición ante Dios sobre un fundamento que se tambalea según tu desempeño. Este no es el evangelio. Este es un

evangelio completamente diferente, y Pablo, en Gálatas, tiene palabras contundentes para quienes lo predicán.

"Vosotros que intentáis justificaros por la ley os habéis alejado de Cristo; habéis caído de la gracia." — Gálatas 5:4

Por el contrario, si crees que la justicia es un don, pero interpretas que la santidad es opcional —que, puesto que eres salvo, puedes vivir como quieras sin consecuencias—, has malinterpretado lo que produce la gracia. Pablo aborda esta interpretación errónea en Romanos 6:1-2 con su característica franqueza: «¿Acaso vamos a seguir pecando para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera!». La gracia no da licencia a la indiferencia. Da poder para la transformación.

El pastor y teólogo Jerry Bridges dedicó décadas a ayudar a los creyentes a comprender esta confusión, especialmente en su obra fundamental *La búsqueda de la santidad*. Bridges argumentaba que muchos cristianos padecen lo que él denominó un «cristianismo consumista»: desean los beneficios de la justicia sin el camino de la santidad. Quieren el perdón sin el proceso. Pero Dios, insistía Bridges, desea ambas cosas.

Precisamente por eso, Efesios 4:24 presenta ambas realidades juntas en un solo versículo: «Revístanse del nuevo ser, creado a imagen de Dios en justicia y santidad». El nuevo ser se crea en ambas. Vienen como un conjunto. La justicia es tu identidad en Cristo. La santidad es esa identidad que se manifiesta en cada aspecto de tu vida.

La gracia es la fuente de ambas

Esta es la verdad que lo une todo, y es la razón por la que este capítulo pertenece a un libro sobre la gracia: tanto la justicia como la santidad son dones de la gracia. Ninguna se genera por uno mismo. Ninguna se gana. Ambas fluyen de la misma fuente divina inagotable.

Tito 2:11–12 lo deja elegantemente claro:

«Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres. Nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir con dominio propio, justicia y piedad en este mundo.» — Tito 2:11–12

Fíjate en el verbo: enseña. La gracia enseña. La gracia no es simplemente el punto de partida, sino el aprendizaje continuo. La gracia que te justificó en tu conversión es la misma que te santifica hoy. Su obra aún no ha concluido. No la concluirá hasta el día en que te presentes ante Dios y, finalmente, seas plenamente transformado a la imagen de su Hijo.

El teólogo Thomas Watson, en el siglo XVII, lo expresó así: «La santidad es la belleza del creyente; es el brillo y la gloria espiritual del alma». Watson comprendió que la santidad no es el esfuerzo gris y sin alegría de quien intenta aplacar a un Dios airado, sino el resplandor natural de quien ha sido cautivado por la gracia y se está transformando lentamente a la imagen de Aquel que la otorgó.

«No somos salvos por vivir vidas santas. Vivimos vidas santas porque hemos sido salvos. La santidad no es la raíz de la gracia; es su fruto.»— Charles H. Spurgeon

La formulación de Spurgeon es tan simple como importante. Raíz y fruto. La justicia es la raíz: la realidad fija e invisible plantada en el suelo de la gracia de Dios. La santidad es el fruto: visible, en crecimiento, imperfecto en esta vida, pero que tiende siempre a la madurez. No se cultiva la raíz cuidando el fruto. Se cuida el fruto porque la raíz ya está establecida.

Esta reordenación de causa y efecto transforma por completo tu manera de vivir la vida cristiana. No buscas la santidad para obtener el favor de Dios, pues ya lo tienes, de forma permanente y completa, en Cristo. Buscas la santidad porque su favor ya te ha sido concedido, y esa gracia es demasiado magnífica como para dejarla intacta.

Implicaciones prácticas: Vivir de la rectitud a la santidad

Comprender esta distinción tiene consecuencias que se extienden a los momentos más cotidianos de la vida. Analicemos algunas de ellas.

Cuando peques —y pecarás, porque el camino de la santidad no está exento de tropiezos— la cuestión no es si has perdido tu posición ante Dios. No la has perdido. Tu justicia no es algo frágil que se rompe con cada error. Es la justicia imputada de Cristo mismo, y no puede ser anulada por tu peor día. La cuestión es si permitirás que ese pecado interrumpa el proceso de santidad: si te arrepentirás rápidamente y retomarás el camino, o si dejarás que la vergüenza y el desaliento detengan tu progreso.

Cuando el diablo te recuerde tu pasado, recuérdale su futuro. Tu justicia no reside en tus logros; reside en Cristo. Mantente firme en ella.— Rick Warren

Cuando sientas la tentación de comparar tu progreso espiritual con el de los demás —de medir tu santidad según el comportamiento visible de otra persona— recuerda que la santidad no es una competencia. Es un camino personal de formación en el que la única comparación relevante es entre quién eres hoy y quién eras ayer. El crecimiento, no la perfección, es la medida.

Cuando la vida cristiana comience a sentirse como una carga de obligaciones —orar más, pecar menos, dar más, servir más—, regresa a la justicia como tu fundamento. No te esfuerces por ser aceptable ante Dios; ya lo eres en Cristo. Las disciplinas de la santidad —la oración, la lectura de las Escrituras, la comunidad, el servicio, la adoración— no son un requisito para ser aceptado. Son los canales a través de los cuales la gracia continúa su obra transformadora en quien ya ha sido aceptado.

Francis Chan, en sus escritos sobre la vida cristiana, capta bien esta postura: «La santidad no es tanto la ausencia de pecado como la presencia de Dios. Donde Dios habita en la vida de una persona, la santidad surge de ella, no como resultado del esfuerzo, sino como resultado de la presencia de Dios».

Dos dones, una gracia, un salvador.

Volvamos al punto de partida, a esa distinción simple pero profunda, y veámosla ahora con toda su claridad.

La justicia es lo que eres en Cristo. Es tu posición, tu estatus, tu identidad ante el trono de Dios. Te fue dada en un instante, asegurada por la vida, muerte y resurrección de Jesús, y acreditada a tu cuenta solo por la fe. Es completa. Es permanente. No está sujeta a revisión según tu comportamiento actual.

La santidad es cómo vives en Cristo. Es tu práctica, tu camino, tu formación continua a la imagen de Aquel que te llamó. Comenzó en ti en el momento de tu salvación y no se completará hasta el día de Jesucristo. Requiere tu participación: tu disposición a ser transformado, a arrepentirte, a crecer, a practicar las disciplinas de la gracia.

La rectitud es tu esencia. La santidad es tu forma de vivir. Una es un don innato. La otra se cultiva. Y ambas son dones de la misma gracia asombrosa.

Esta es una buena noticia, una noticia verdaderamente transformadora. No tienes que ganarte el favor de Dios. Ya lo tienes. Y gracias a ello, ahora eres libre —verdaderamente libre— para buscar la santidad no como un medio para ganarte algo, sino como respuesta a algo que ya has recibido. La ansiedad por el desempeño desaparece. Deja de llevar la cuenta de los méritos espirituales. Eres justo. Ahora vive como tal.

"Dios no nos llama a esforzarnos más. Nos llama a confiar más profundamente, a descansar en la justicia que se nos ha dado y a dejar que ese descanso se convierta en la fuente de la que fluye naturalmente la santidad."

— Dallas Willard, *El espíritu de las disciplinas*

Dallas Willard, cuya obra sobre la formación espiritual ha influido profundamente en el pensamiento cristiano en las últimas décadas, comprendió que la verdadera santidad siempre surge de un auténtico descanso en la gracia. El esfuerzo que produce la verdadera semejanza con Cristo no es el esfuerzo ansioso de quien busca ganarse el favor divino, sino el compromiso gozoso de quien ha sido encontrado, reconocido y dotado de una nueva identidad, y que ahora, día a día, aprende a vivirla.

“Y revestirse del nuevo ser, creado a imagen de Dios en verdadera justicia y santidad.” — Efesios 4:24

Justicia: Definido como estar en buena posición con Dios.

Santidad: Definida como el estado de estar apartado, sagrado o consagrado a Dios.

La rectitud es lo que eres.

La santidad es cómo vives.

CAPÍTULO SEIS

Gracia y fe:

La alianza divina

La gracia no se opone al esfuerzo, se opone a la ganancia. El esfuerzo es acción. La ganancia es actitud.

— Dallas Willard, *La gran omisión*

En las iglesias de todo el mundo se está desarrollando un diálogo que se remonta a siglos atrás. Surge en las clases de catecismo, en los seminarios, en las conversaciones informales y en las reuniones de oración nocturnas. Este diálogo gira en torno a dos de los conceptos fundamentales de la teología cristiana: gracia y fe. Sin embargo, a pesar de su uso constante, pocos conceptos se malinterpretan con tanta frecuencia, o se contraponen con tanta frecuencia, cuando siempre se han concebido para complementarse.

Si alguna vez te has esforzado más por ganarte la bendición de Dios, preguntándote si has orado lo suficiente, creído lo suficiente o dado lo suficiente, este capítulo es para ti. Si alguna vez te has inclinado hacia el extremo opuesto, usando la gracia como excusa para permanecer pasivo en tu vida espiritual, asumiendo que Dios simplemente hará que las cosas sucedan sin tu participación, este capítulo también es para ti. La verdad, como descubriremos, reside en la hermosa tensión entre ambas posturas.

La gracia y la fe no son conceptos teológicos contrapuestos. Son fuerzas divinas que Dios ha unido para que sus propósitos se

cumplan en nuestras vidas. Comprender una sin la otra es tener solo la mitad de la llave. Juntas, abren todas las puertas que Dios ha preparado para su pueblo.

Gracia: La generosidad desmesurada de Dios

¡La gracia de Dios es un don disponible para todos! La gracia no es solo para unos pocos elegidos. Dios no la pone a disposición únicamente de ciertas personas. Sin embargo, solo quienes deciden aceptar el don de la gracia reciben sus beneficios. Quienes la rechazan o deciden no creer no reciben el poder de su gracia. ¡Es una elección! Dios no obliga a nadie a aceptar su don. Entonces, la pregunta es: ¿cómo se acepta y se recibe el don de la gracia de Dios? ¡Por la fe!

Dios responde a la fe, así de simple. Pero no podemos enorgullecernos, porque sin la iniciativa de Dios —sin su gracia— no habría nada que recibir, nada por lo que creer en Dios. La gracia y la fe van de la mano, pero no son lo mismo. Las Escrituras son precisas respecto a sus funciones.

La gracia no es simplemente «Dios siendo amable». La gracia no es un sistema de recompensas espirituales disfrazado de lenguaje religioso. La gracia es el favor inmerecido e inmerecido del Dios Todopoderoso derramado sobre personas que no han hecho nada —ni podrían haber hecho nada— para merecerlo.

El apóstol Pablo, quien comprendió la gracia quizás mejor que cualquier otro escritor del Nuevo Testamento, la plasma claramente:

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe." Efesios 2:8–9

Fíjense en lo que Pablo no dice. No afirma que la gracia se concede a quienes se esfuerzan lo suficiente, oran con la suficiente dedicación o sufren con suficiente sacrificio. Dice que es un don. Y un don, por definición, no se puede ganar. En el momento en que uno empieza a ganarse algo, deja de ser un don y se convierte en un salario.

La gracia significa que no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame más: ni ejercicios espirituales ni renunciaciones, ni conocimiento adquirido en seminarios y escuelas de teología, ni activismo en favor de causas justas. Y la gracia significa que no hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame menos.

— Philip Yancey, **¿Qué tiene de asombroso la gracia?**

Esta verdad tiene el poder de transformar por completo nuestra manera de acercarnos a Dios. Muchos creyentes viven bajo una leve ansiedad espiritual, una persistente sensación de que no están a la altura, de que necesitan hacer más, ser más, dar más para que Dios se manifieste plenamente en su favor. Pero la gracia rompe con ese paradigma agotador. Romanos 3:24 declara que somos «justificados gratuitamente por su gracia». La palabra «gratuitamente» en el griego original es la misma que se traduce como «sin causa» en otros pasajes de las Escrituras. En otras palabras, la gracia de Dios se extiende sin que tengamos que pedir nada a cambio. Proviene enteramente de Él.

Consideremos esto: antes de que tuvieras una necesidad económica, Dios ya había provisto lo necesario. Antes de que enfermaras, Dios ya te había brindado sanidad mediante el sacrificio de Jesús (1 Pedro 2:24). Antes de que el desaliento llamara a tu puerta, Dios te había

bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Efesios 1:3). Dios no esperó a que llegaras para decidir cómo satisfacer tus necesidades. Anticipó cada necesidad que pudieras tener y proveyó a través de Jesucristo mucho antes de que nacieras. Esa es la asombrosa naturaleza de la gracia.

"La gracia de Dios que trae salvación se ha manifestado a todos los hombres."

Tito 2:11

La gracia no está reservada a unos pocos privilegiados. No es exclusiva de los especialmente devotos ni de los teológicamente sofisticados. La gracia se ha manifestado a todos. Está disponible para todo ser humano que haya pisado la tierra. La diferencia no radica en la voluntad de Dios de dar —su gracia se ofrece universalmente—, sino en lo que decidimos hacer con ella.

La fe: nuestra respuesta a la mano abierta del cielo.

Si la gracia es la mano extendida de Dios que ofrece toda bendición espiritual, entonces la fe es la decisión de extenderla y recibirla. La fe es nuestra respuesta activa y constante a lo que Dios ya nos ha provisto. Es confianza, no un acuerdo intelectual pasivo, sino una dependencia viva y dinámica de la Palabra y las promesas de Dios.

El autor de Hebreos nos da la definición clásica:

"Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve." **Hebreos 11:1**

La fe es sustancia. Es evidencia. No se trata de conceptos vagos, místicos ni etéreos. El autor nos dice que la fe genuina tiene una cualidad tangible: produce resultados en el mundo real. La fe no es

mera ilusión. No es el poder del pensamiento positivo disfrazado de versículo bíblico. La fe es la facultad espiritual que nos permite conectar la provisión invisible de Dios con las circunstancias visibles de nuestra vida.

La fe es la audacia del alma para ir más allá de lo que puede ver. No es un salto a ciegas, sino un salto hacia la luz, confiando en un Dios que se ha revelado en las Escrituras y, sobre todo, en Jesucristo.— **William Newton Clarke**

El apóstol Pablo aclara aún más el papel único de la fe en Romanos 5:2: «Por medio de él también hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes». Este versículo es fundamental para todo lo que exploramos en este capítulo. La fe es el canal a través del cual la gracia fluye hacia nuestras vidas. La gracia prepara la mesa; la fe se sienta y come. La gracia abre la puerta; la fe la atraviesa.

Es fundamental comprender lo que la fe no hace. La fe no manipula a Dios. La fe no lo obliga ni lo convence de hacer algo que no desea. Dios no es una máquina expendedora cósmica que espera que le introduzcamos la cantidad justa de monedas de fe antes de concedernos una bendición. La fe no obliga a Dios a hacer nada. Lo que hace la fe es prepararnos para recibir lo que Dios ya ha hecho. La fe nos mueve: alinea nuestros corazones, nuestras expectativas y nuestras acciones con lo que la gracia ya ha puesto a nuestra disposición.

La fe no consiste en creer que Dios puede, sino en saber que Dios lo hará. No se trata de la fuerza de tu creencia, sino de su objeto. Una fe pequeña en un Dios grande es infinitamente más poderosa que una fe grande en un dios pequeño.

— **Charles Spurgeon**

Gálatas 3:26 lo resume maravillosamente: «Todos ustedes son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús». Es por medio de la fe —no por un desempeño perfecto, ni por una asistencia impecable, ni por una obediencia perfecta— que somos incorporados a la familia de Dios y a la plenitud de todo lo que esa pertenencia a la familia conlleva.

El problema de separar lo que Dios se unió

Aquí es donde muchos cristianos sinceros que creen en la Biblia se topan con problemas. Tendemos a ser personas de extremos: o bien damos demasiada importancia a la gracia y descuidamos la fe, o bien damos demasiada importancia a la fe y descuidamos la gracia. Ambos errores conllevan graves consecuencias.

Piénsalo así: el sodio y el cloruro son esenciales para la vida humana, pero por separado, cada uno es un veneno mortal. Sin embargo, al combinarse, se convierten en sal, algo indispensable para la supervivencia del cuerpo. La gracia y la fe funcionan de la misma manera. Separadas, producen frutos espirituales tóxicos. Unidas, producen la vida abundante que Jesús prometió en Juan 10:10.

Cuando comprendemos la gracia pero carecemos de una base para la fe, tendemos a volvernos espiritualmente pasivos. Adoptamos una actitud fatalista ante la vida, pensando que si Dios quiere que algo suceda, simplemente lo hará. Dejamos de orar con esperanza. Dejamos de proclamar la Palabra de Dios sobre nuestras circunstancias. Dejamos de ejercer la autoridad espiritual que Cristo ha delegado a su iglesia. Nos decimos a nosotros mismos que estamos «confiando en Dios» cuando, en realidad, simplemente no hacemos nada.

Por otro lado, cuando enfatizamos la fe sin una comprensión profunda de la gracia, ocurre algo igualmente peligroso: la fe se transforma silenciosamente en obras. Empezamos a pensar que nuestras oraciones deben alcanzar cierta intensidad para que Dios nos escuche. Comenzamos a creer que nuestro nivel de santidad determina nuestro nivel de bendición. Medimos nuestro valor espiritual por la duración de nuestros momentos de devoción, la constancia de nuestro ayuno y la cantidad de nuestras ofrendas económicas. Sutilmente, sin siquiera darnos cuenta, hemos pasado de la fe al esfuerzo, y el resultado es orgullo cuando las cosas van bien o una vergüenza devastadora cuando no.

La verdad que nos libera —y es importante destacar que Jesús dijo que es la verdad que conocemos la que nos libera, no simplemente la verdad que existe (Juan 8:32)— es que todo lo que puedas necesitar ya está disponible para ti mediante la obra consumada de Jesucristo. Tu sanación no te espera en el cielo a que creas con suficiente fervor. Tu paz no se ve retenida por falta de fervor en tus oraciones. Por gracia, ya te ha sido provista. Por fe, recibes y vives conforme a lo que la gracia ha preparado.

Gracia y fe: una alianza perfecta

¿Cómo se manifiesta en la práctica la gracia y la fe en armonía? Analicemos el plan divino desde el principio hasta el final.

La gracia siempre da el primer paso. Esto es innegociable. Sin la iniciativa de Dios, sin su soberana decisión de amarnos y proveernos incluso antes de que lo buscáramos, no habría nada que recibir ni nada en qué creer. El apóstol Juan nos lo recuerda claramente: «Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero» (1 Juan 4:19). La gracia es el fundamento. Es la base. Es el punto de partida de cada bendición espiritual que hayas recibido o vayas a recibir.

La gracia no es simplemente la guinda del pastel de la religión, sino la esencia misma del evangelio. Sin gracia, no hay buenas noticias. Solo hay una evaluación de desempeño.

— Max Lucado, Gracia: Más de lo que merecemos, mayor de lo que imaginamos

Una vez que la gracia provee —y lo hace plena y completamente mediante el sacrificio de Jesús— la fe entra como el canal a través del cual esa provisión fluye hacia nuestra vida diaria. Romanos 5:2 nos dice que hemos «obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes». La palabra «acceso» aquí conlleva la idea de ser llevados a la presencia de la realeza: una introducción divina al trono de la abundancia de Dios.

Piénsalo así: la gracia es como un vasto depósito de agua, rebosante. La fe es la tubería que conecta ese depósito con el lugar donde necesitas el agua. El agua —la gracia— siempre ha estado ahí. No se irá a ninguna parte. Pero sin la tubería de la fe, te quedarás sediento en presencia de la abundancia. La tubería no crea el agua. Simplemente te conecta con lo que ya está ahí.

La fe no consiste en generar la fuerza de voluntad espiritual suficiente para que Dios actúe, sino en alinearnos con lo que Dios ya ha dispuesto. La batalla de la fe no se libra contra un Dios reactivo, sino contra la incredulidad de nuestros propios corazones. — **Andrew Wommack**

Esto significa que la actividad principal de la fe no es suplicarle a Dios, sino proclamar lo que Dios ya ha hecho. No es rogar; es creer. La fe declara: «Señor, te doy gracias porque, por tu gracia, mi sanidad ya está provista. La recibo ahora». Se apoya en la obra

consumada de la cruz y dice: «Hecho está», porque Jesús mismo lo declaró así (Juan 19:30). La iglesia no está llamada a «esperar hasta el cielo». Estamos llamados a vivir en la plenitud de lo que Cristo nos aseguró aquí y ahora.

Las obras, por su parte, no son un medio para ganar la gracia, sino una respuesta de agradecimiento a ella. Cuando comprendemos lo que Dios ha hecho por nosotros, la obediencia genuina fluye naturalmente. No obedecemos para ganarnos el amor; obedecemos porque ya somos amados. No damos para obligar a Dios; damos porque Dios ya nos lo ha dado todo. Las obras simplemente expresan «gracias» por lo que la gracia nos ha provisto y la fe nos ha recibido.

Recibir lo que ya ha sido dado

Una de las verdades más liberadoras de las Escrituras es esta: no estás esperando a Dios. Dios no te niega nada que debas ganar mediante el esfuerzo espiritual. Todo está preparado. La mesa está puesta. Los dones han sido dados. Tu parte —¡y qué parte tan gloriosa!— es creer y recibir.

"Y mi Dios suplirá todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús." Filipenses 4:19

Pablo no dice que Dios pueda suplir tus necesidades. No dice que Dios suplirá tus necesidades si oras con suficiente fervor, ayunas el tiempo suficiente o das con suficiente generosidad. Dice que Dios proveerá —declaración presente, certeza absoluta— y nótese que la provisión viene según sus riquezas en gloria, no según tu desempeño ni tu trayectoria espiritual.

Demasiados cristianos le ruegan a Dios por lo que ya les ha dado. Es como un niño que le pide a su padre el dinero de su cumpleaños, que está en un sobre sobre la mesa de la cocina con su nombre. La provisión está hecha. El niño solo tiene que extender la mano y tomarlo.— Kenneth Copeland

¿Cómo podemos, entonces, prepararnos para recibir por fe lo que la gracia ya nos ha provisto? La respuesta reside en la renovación de la mente (Romanos 12:2). Debemos reemplazar las mentiras que nuestra cultura nos ha inculcado —que ganamos lo que recibimos, que nada es gratis, que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos— con la verdad de la Palabra de Dios. Proclamamos sus promesas sobre nuestras vidas. Meditamos en las Escrituras hasta que su mensaje se arraigue en nuestro corazón. Hablamos en consonancia con lo que Dios ha dicho acerca de nosotros, de nuestras circunstancias y de nuestro futuro.

Esto no es una fórmula para que Dios actúe. Es la vida cristiana normal: una vida vivida con plena consciencia de la gracia y con una fe activa y expectante. Es la vida descrita en 1 Juan 5:4: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe».

La vida de fe no consiste en elevarse con fuerza y elevarse, aunque a veces esa sea la experiencia. Es una vida de caminar sin desfallecer: una confianza ordinaria y diaria en un Dios extraordinario que ha provisto extraordinariamente para cada necesidad.— Oswald Chambers, Mi mayor anhelo para su gloria

Caminando en la vida de gracia y fe

Al concluir este capítulo, llevemos su conclusión práctica. La gracia es parte de Dios, y Él ha cumplido su parte plena y completamente en Jesucristo. Nada se puede añadir a lo que la cruz logró. La deuda ha sido saldada. La victoria ha sido obtenida. Los dones han sido otorgados. Toda bendición espiritual es tuya en Cristo (Efesios 1:3).

La fe es tu parte, y tu parte consiste simplemente en creer, declarar y recibir lo que Dios ya te ha provisto por gracia. No tienes que ganártelo. No puedes ganártelo. En el momento en que intentas ganarte la gracia, dejas de caminar por fe y empiezas a esforzarte, y el esfuerzo te agotará, te decepcionará y, en última instancia, te dejará vacío.

La vida cristiana equilibrada es aquella que mantiene la gracia y la fe unidas en una dinámica y constante colaboración. Es una vida que afirma: «Dios ya ha hecho todo lo necesario para mi salvación, mi sanación, mi paz, mi provisión y mi propósito. Creo en su Palabra. Recibo sus promesas. Camino en su fortaleza. Y todo lo que hago en respuesta a su bondad es simplemente mi amor volcado hacia un Dios que me amó primero».

Esta no es una vida pasiva, sino poderosa. No es una vida de esfuerzo constante, sino de descanso. Descanso no en el sentido de inactividad, sino en el sentido profundo de Hebreos 4:10: aquel que ha cesado de sus propias obras y ha entrado en la provisión completa de Dios. Desde ese estado de descanso, la fe mueve montañas.

La gracia es el océano. La fe es la barca. No fuiste salvado para sentarte en la orilla a admirar el agua. Fuiste salvado para navegar.— **Steven**

Furtick

La pregunta que se les plantea hoy es la misma que siempre ha sido fundamental en el evangelio: ¿aceptarán lo que Dios ya les ha dado? ¿Dejarán de intentar ganarse lo que Él les ofrece gratuitamente? ¿Renunciarán al orgullo de la autosuficiencia y tomarán la mano de un Dios cuya gracia ya ha cubierto todas las necesidades que puedan tener?

La mesa está puesta. Los regalos han sido entregados. La puerta está abierta.

Atraviésalo, por fe.

RESUMEN DEL CAPÍTULO

La gracia es el favor inmerecido de Dios: su provisión completa para cada necesidad humana, disponible a través de Jesucristo. La fe es nuestra respuesta activa y confiada a esa provisión. La gracia toma la iniciativa; la fe recibe el don. Las obras expresan gratitud por lo que la gracia ha dado y la fe ha recibido. La vida cristiana plena se vive en la confluencia de estas tres, sin confundirlas ni separarlas jamás, honrando siempre la alianza divina que Dios diseñó desde el principio.

Fe es -

- la mano que recibe de Dios
- la moneda del Reino de Dios
- simplemente confiar plenamente en Dios

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios...”

Hebreos 11:6a

CAPÍTULO SIETE

La gracia de Dios es suficiente.

Encontrar fuerza en el lugar donde la nuestra se agota

«Y Él me ha dicho: “Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Por tanto, con mucho gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose sobre mí.» — **2 Corintios 12:9**

Hay un momento que la mayoría conocemos. Llega silenciosamente —o a veces con la fuerza de un huracán— y en él, todos los recursos en los que confiábamos se agotan repentinamente. El plan en el que creíamos se desmorona. La fuerza con la que contábamos nos abandona. Las palabras que sabíamos usar en la oración se secan, y nos quedamos solo con la necesidad. En ese estado de vulnerabilidad y humildad, muchos creyentes se sorprenden al descubrir algo inesperado: la gracia.

No se trata de la gracia como una abstracción teológica. No se trata de la gracia como una palabra impresa en una taza de café o bordada en un cojín. Sino de la gracia como un encuentro vivo, sustentador y fortalecedor con el Dios que se niega a dejarnos solos en nuestra debilidad.

De eso trata este capítulo. Y para comprenderlo, debemos empezar donde empezó el apóstol Pablo: no en la comodidad ni en el triunfo, sino en la angustia.

La espina de la que nadie quería hablar

En 2 Corintios 12, Pablo revela uno de los momentos más vulnerables de su vida. Describe una «espina en la carne», una fuente constante de tormento a la que llama «un mensajero de Satanás enviado para golpearme». La palabra griega original para «golpear», kolaphizo, describe un golpe repetido y violento, como un puño que golpea una y otra vez. No hay misterio en cuanto a qué era la «espina», nos dice Pablo. Era un espíritu demoníaco enviado para acosarlo e impedirle predicar el evangelio. Este espíritu demoníaco lo atormentaba allá donde iba.

Lo sorprendente de este pasaje no es solo que Pablo sufriera, sino lo que hizo con su sufrimiento. Oró. Específicamente, 2 Corintios 12:8 nos dice que «suplicó al Señor tres veces que se lo quitara». Tres veces. No se trataba de una súplica tibia, dicha al cielo entre otras tareas. Pablo era sincero. Estaba desesperado. Y, según todos los testimonios, era completamente honesto al creer que Dios resolvería el problema.

Dios no lo hizo.

Esto es lo que nos inquieta, ¿verdad? Nos han enseñado —con razón— que Dios es sanador, libertador y hacedor de milagros. Lo hemos visto separar mares, resucitar a los muertos y expulsar demonios. Y, sin embargo, aquí está el mayor misionero que la iglesia primitiva haya producido, implorando a Dios alivio, y la respuesta de Dios es, en esencia: «No voy a quitarlo».

Pero Dios no se detiene ahí. Y aquí es donde todo cambia.

"Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad." — **2 Corintios 12:9**

La palabra «suficiente» en griego es *arkei*, de una raíz que significa «levantar una barrera, ser suficiente, proteger». Dios no ofrecía un premio de consolación. Declaraba: «Mi gracia es un muro entre ustedes y la destrucción. Es suficiente. Resistirá».

El teólogo y pastor D. Martyn Lloyd-Jones, al comentar este pasaje, escribió que la gracia de Dios no complementa nuestra fuerza, sino que la reemplaza. Lloyd-Jones observó que toda la lógica de este versículo se basa en la debilidad: que el poder divino no solo coexiste con la fragilidad humana, sino que se activa gracias a ella. Cuando dejamos de esforzarnos y comenzamos a rendirnos, algo sobrenatural se desata.

"Dios no nos da la vida vencedora; nos da la vida mientras vencemos. La lucha de la vida es lo que fortalece el alma."— **Oswald Chambers, Mi mayor anhelo para su gloria**

Oswald Chambers, cuyos escritos devocionales han influido en millones de creyentes a lo largo del último siglo, captó esta paradoja con precisión. La tensión —la misma dificultad que Pablo quería eliminar— era el contexto en el que la gracia obraría con mayor profundidad. Dios no estaba siendo cruel ni indiferente. Estaba siendo estratégico, incluso amoroso, de maneras que Pablo aún no comprendía.

Lo que la gracia hará por nosotros

La palabra gracia, *charis* en griego, aparece más de 150 veces en el Nuevo Testamento, y sin embargo, sigue siendo uno de los términos más incomprensidos del vocabulario cristiano. Como compartimos

anteriormente, la gracia es el favor inmerecido de Dios en nuestra vida, pero también descubrimos que la gracia es mucho más rica y dinámica de lo que una sola definición puede abarcar. Es el poder de Dios obrando en nosotros para ayudarnos y capacitarnos para afrontar todos los desafíos y circunstancias de la vida.

La gracia nos sostiene en nuestra debilidad.

Todo ser humano —independientemente de su fe, intelecto o fortaleza de carácter— conoce la debilidad de alguna forma. Para algunos, es el implacable dominio de una enfermedad crónica. Para otros, es la soledad de un matrimonio que se desmorona, el peso asfixiante de la depresión, la humillación de la ruina económica o el vacío espiritual que sigue a una gran pérdida. La debilidad se manifiesta de muchas maneras, pero lo que todas comparten es esto: nos recuerda que no somos suficientes por nosotros mismos.

Esto no son malas noticias. Para el creyente, en realidad es el comienzo de un profundo descubrimiento.

Cuando Dios le dijo a Pablo: «Mi poder se perfecciona en la debilidad», no sugería que la debilidad fuera deseable por sí misma ni que el sufrimiento fuera algo que buscar. Revelaba un principio divino intrínseco a la redención: el vacío humano crea la capacidad para la plenitud divina. Cuando cerramos nuestras manos a nuestros propios recursos, no hay espacio para los suyos. Cuando se abren —cuando la debilidad las obliga a abrirse— la gracia fluye con fuerza.

*"Cuanto más conozcamos nuestra debilidad, más
conoceremos la fuerza de Dios. Es en el valle
donde los ríos de su gracia fluyen con mayor
profundidad."*

— Charles H. Spurgeon

Charles Spurgeon, quizás el predicador más grande del siglo XIX, volvió una y otra vez a este tema a lo largo de su ministerio, y no solo como un punto teológico. El propio Spurgeon luchó contra una depresión severa durante toda su vida, lo que él llamaba "los horrores de la gran oscuridad". En uno de sus sermones más sinceros, les dijo a los feligreses del Tabernáculo Metropolitano: "Soy víctima de depresiones espirituales tan terribles que espero que ninguno de ustedes llegue jamás a tales extremos de miseria como yo". Y, sin embargo, fue de esas profundidades de donde surgieron algunas de sus predicaciones más llenas de gracia.

El autor del Deuteronomio ofrece una imagen de esto que es a la vez antigua e impactante:

"El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos." — **Deuteronomio 33:27**

La imagen aquí no es la de un Dios que se mantiene a distancia observando nuestro colapso. Es la de un Dios cuyos brazos están bajo nosotros, no esperando a que dejemos de caer, sino ya presente cuando lo hacemos. La gracia no nos rescata después de que hemos tocado fondo. Es el fondo mismo. Es lo que hay debajo cuando todo lo demás se derrumba.

Piensa por un momento en las historias que has presenciado en tu propia vida o en la de quienes te rodean. El diagnóstico terminal que, de alguna manera, no produjo desesperación, sino una paz profunda e inexplicable. La viuda que, contra todo pronóstico, se convirtió en un pilar de consuelo para otros en duelo. El adicto que, al borde del abismo, descubrió una sobriedad sostenida no por la fuerza de voluntad, sino por algo que solo puede describirse como gracia. No son coincidencias. Son testimonios de un Dios cuyo poder se perfecciona —precisamente y con un propósito— en la debilidad.

La gracia nos da la fuerza para soportar las pruebas.

Hay una diferencia entre sobrevivir a una prueba y ser transformado por ella. Muchos sobreviven a las dificultades. Menos aún logran superarlas con una fe fortalecida, un carácter refinado y un testimonio que les permita disipar el cinismo ajeno. La diferencia, en la mayoría de los casos, radica en la gracia.

Pablo describe esta distinción vívidamente en 2 Corintios 4, un pasaje que merece ser leído despacio y con atención:

"Nos vemos acosados por todas partes, pero no aplastados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos."

— 2 Corintios 4:8–9

Fíjense en la estructura. En cada par de ejemplos, Pablo reconoce la realidad de la presión: agobiados, perplejos, perseguidos, derribados. No minimiza la prueba ni pretende que no exista. No ofrece una versión cristiana de positividad tóxica. La presión es real. La confusión es real. Los golpes son reales. Y sin embargo —y aquí reside la gracia— nada de esto es definitivo. Acosados, pero no aplastados. Derribados, pero no destruidos.

El autor y pastor Timothy Keller, reflexionando sobre el sufrimiento y la fe, escribió que el evangelio no elimina el dolor de la vida, sino que lo transforma. «La gracia», observó, «nos da una razón para seguir adelante incluso cuando las circunstancias nos dan motivos de sobra para detenernos».

"La gracia no es la ausencia de dificultades; es la presencia de Dios en medio de ellas. No cambia la tormenta. Te cambia a ti en medio de la tormenta."

— Timothy Keller

Hebreos 4:16 extiende una invitación extraordinaria que merece especial atención en cualquier discusión sobre la gracia:

"Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro." — **Hebreos 4:16, NVI**

Cabe destacar dos aspectos. Primero, la actitud: valiente. El autor no sugiere que nos arrastremos hacia Dios con vergüenza ni que nos acerquemos a Él con temblorosa incertidumbre sobre si nos recibirá. Nos acercamos con valentía, con confianza, porque el trono es un trono de gracia, no de juicio. Segundo, el momento oportuno: en tiempos de necesidad. La gracia descrita aquí no es genérica ni difusa. Es específica. Llega justo en el momento preciso que estamos atravesando.

Para los afligidos, es consuelo. Para los cansados, es fortaleza. Para los confundidos, es claridad. Para los ansiosos, es paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7). La gracia no es una solución universal. Es personalizada, específica y se adapta perfectamente a nuestras necesidades.

El apologista y autor cristiano C.S. Lewis, quien se convirtió a la fe en la edad adulta y que posteriormente sufrió el devastador dolor de perder a su esposa Joy a causa del cáncer, escribió en "Una pena en observación" algo que millones de personas en duelo han comprobado desde entonces: "Nunca sabes cuánto crees realmente en algo hasta que su verdad o falsedad se convierte en una cuestión de vida o muerte". Para Lewis, el duelo se convirtió en una inesperada lección en la que la suficiencia de la gracia dejó de ser simplemente una doctrina para sostener y se convirtió en una realidad para experimentar.

Las pruebas no demuestran la ausencia de gracia. A menudo, revelan su profundidad de maneras que ningún período de comodidad jamás podría.

La gracia nos transforma de adentro hacia afuera.

Uno de los aspectos más incomprensidos de la gracia es su dimensión transformadora. Solemos pensar en la gracia como algo que nos rescata de las consecuencias de quienes somos. Pero las Escrituras revelan que la gracia también nos transforma.

Pablo escribe en Tito 2:11-12:

«Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres. Nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir con dominio propio, justicia y piedad en este mundo.» — Tito 2:11-12

La gracia enseña. Esta es una dimensión que solemos pasar por alto. Somos salvados por la gracia, sí. Somos sostenidos por la gracia, sí. Pero la gracia también es una maestra. Reorienta nuestros deseos, redefine nuestras prioridades y transforma gradualmente el panorama interior de nuestras vidas, de modo que lo que antes nos tentaba pierde su poder y lo que antes parecía imposible se vuelve cada vez más natural.

El teólogo y pastor John Piper describe esto como «la gracia que nos precede, la gracia que nos acompaña en nuestra necesidad y la gracia que nos sigue todos los días de nuestra vida, y luego hasta la eternidad». La formulación de Piper se basa en el Salmo 23:6, donde David escribe que «ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida»; la palabra misericordia en hebreo es *hesed*, a menudo traducida como «amor de pacto», que es en sí misma una expresión de la abundante gracia de Dios.

Esta gracia transformadora fue lo que permitió a Pablo escribir, en la que quizás sea la declaración más paradójica del Nuevo

Testamento, que se gloría en sus debilidades. No solo aceptarlas, ni siquiera soportarlas, sino glorificarlas. Celebrarlas. Presentarlas como prueba de algo. ¿Qué prueba? Que en los momentos en que Pablo ya no tenía nada que ofrecer, Cristo se manifestó con todo.

El evangelio no es una historia de Dios ayudando a quienes se ayudan a sí mismos. Es una historia de Dios descendiendo de la tumba y resucitando a los muertos. La gracia no es mejora. Es resurrección.— **John Piper**

Por eso Pablo puede decir en Filipenses 4:11-13 que ha aprendido a contentarse en cualquier circunstancia. Para Pablo, el contentamiento no era un rasgo de personalidad ni una disposición natural, sino una gracia aprendida, adquirida en la escuela del sufrimiento y la entrega de las fuerzas. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» no es una declaración motivacional general. En su contexto original, es el testimonio de un hombre que ha descubierto que la gracia es verdaderamente suficiente.

La gracia nos asegura la victoria en Cristo.

Pero todo esto —la gracia que sostiene, fortalece y transforma— no significaría nada si la historia terminara en derrota. No es así. La suficiencia de la gracia de Dios no es solo para esta vida; es la garantía de la siguiente.

Romanos 6:14 hace una declaración que debería provocar un estremecimiento de gozo en todo corazón creyente:

"Porque el pecado ya no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia."

— **Romanos 6:14**

Bajo la gracia, las cadenas se rompen. Bajo la gracia, la sentencia se conmuta. Bajo la gracia, el enemigo que una vez nos dominó ha sido desarmado. La cruz y la resurrección no son meros acontecimientos históricos; son la prueba cósmica de que la gracia siempre, al final, triunfa.

Pablo lo deja aún más explícito en Romanos 8:37:

"No, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó."

— **Romanos 8:37**

«Más que vencedores»: en griego, *hypernikomen*, palabra que Pablo parece haber inventado para la ocasión. No se trata solo de sobrevivir. No de salir adelante a duras penas. Más que vencer: una victoria aplastante, espectacular y decisiva. Y la fuente de esa victoria no es nuestra propia fuerza, astucia ni fe. Es «por medio de aquel que nos amó». Es gracia.

El pastor y líder de los derechos civiles, el Dr. Martin Luther King Jr., quien soportó amenazas, encarcelamiento y, finalmente, el martirio por sus convicciones, se nutrió profundamente de esta fuente de gracia a lo largo de su ministerio. «Debemos aceptar la decepción finita», dijo, «pero nunca perder la esperanza infinita». Esa esperanza infinita no se basa en el optimismo humano, sino en una gracia que ya ha asegurado el capítulo final de la historia.

«Si Dios está con nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros? Ni la muerte, porque Cristo murió; ni el pecado, porque Cristo resucitó; ni el diablo, porque Cristo venció. La gracia no es nuestro último recurso, sino nuestra mayor certeza.»— **Charles H. Spurgeon**

Esta certeza no hace desaparecer las batallas de la vida. No promete un camino libre de espinas, pero sí promete esto: Aquel que atravesó la muerte y salió victorioso te acompaña en cualquier etapa de la vida en la que te encuentres ahora, y su gracia —esta gracia que te sostiene, te fortalece, te transforma y te da la victoria— es suficiente.

No te pierdas Su Gracia

Quizás esta sea la verdad más aleccionadora de todo este capítulo: la gracia de Dios siempre está disponible, pero es posible pasarla por alto.

Hebreos 12:15 advierte: «Asegúrense de que nadie se quede sin la gracia de Dios». La implicación es real y seria. La gracia puede descuidarse. Puede ignorarse. Puede sustituirse por cosas menores: la autosuficiencia, el éxito, la actividad religiosa o la mera obstinación. Y podemos pasar toda la vida agobiándonos bajo cargas que nunca estuvimos destinados a llevar solos, simplemente porque nunca nos detuvimos a recibir lo que ya se nos ofrecía.

¿Cómo perdemos la gracia? A menudo, de las maneras más humanas. La perdemos cuando insistimos en solucionar el problema nosotros mismos antes de presentárselo a Dios. La perdemos cuando creemos, en el fondo, que nuestra necesidad es demasiado pequeña como para molestar a Dios, o peor aún, demasiado grande para que Él la atienda. La perdemos cuando nuestra teología nos dice que la gracia es para la salvación, pero nuestra práctica la trata como irrelevante para la vida diaria. La perdemos cuando confundimos la gracia con la debilidad y seguimos adelante con nuestras propias fuerzas por orgullo.

La invitación de Hebreos 4:16 no es pasiva. Es un llamado a la acción: ven. Ven con valentía. Ven ahora. Acércate al trono de la gracia y obtén —esa palabra, obtén, implica extender la mano y tomar posesión— la gracia que necesitas. No la gracia que mereces. No la gracia que te has ganado. La gracia que está disponible precisamente gracias a Jesús.

¿Para qué necesitas Su gracia hoy? Tal vez sea una relación que se ha roto hasta un punto en que no sabes cómo repararla. Tal vez sea una dolencia física que no ha cesado a pesar de tus oraciones. Tal vez sea una sequedad espiritual que ha hecho que la adoración se sienta vacía y la oración unilateral. Tal vez sea un patrón de pecado con el que has luchado durante años y que parece imposible romper. Tal vez sea simplemente el peso de los días ordinarios que se acumulan hasta volverse insoportables.

Sea lo que sea, su gracia es suficiente para ello.

No es casi suficiente. No es condicionalmente suficiente. Suficiente. Completo. Total. Más que suficiente.

El poder de Dios en tiempos difíciles

Cuando Pablo recibió la respuesta de Dios —«Mi gracia te basta»—, sucedió algo extraordinario. No se limitó a aceptarlo. No se resignó a seguir sufriendo con resignación. Fue transformado por la revelación.

«Por tanto, pues, con mucho gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo habite en mí». La palabra «habitar» aquí es *episkenoō*, un término poco común que significa plantar una tienda de campaña, establecerse. Pablo describe algo más que una visita del poder de Dios. Describe una morada, una residencia, un Dios que se instala y permanece.

En tiempos difíciles, el poder de Dios se manifiesta en nuestra vida. No necesariamente para eliminar el problema, sino que es la llegada de una Presencia tan real, tan poderosa y tan personal que, sea cual sea la dificultad, el problema o la adversidad, pierde su capacidad de definirnos.

Esta es la gracia que sostuvo a Pablo a través de palizas, naufragios, encarcelamientos y, finalmente, el martirio. Esta es la gracia que sostuvo a los primeros mártires mientras se enfrentaban a la arena. Esta es la gracia que sostuvo a los reformadores, a los misioneros, a los santos conocidos y desconocidos que, en sus momentos de mayor debilidad, descubrieron que la promesa de Dios no es meramente teológica, sino experiencial, personal y absolutamente confiable.

Y esta es la gracia que está disponible para ti, hoy, en tus circunstancias específicas, con tu particular espina, en tu singular momento de necesidad.

No fuiste salvado para vivir con tus propias fuerzas. Fuiste salvado por gracia, mediante la fe, a una vida que siempre estuvo destinada a vivirse en radical dependencia de un Dios cuyos recursos son inagotables. La vida cristiana no es una actuación que mantener. Es una gracia que se recibe, una y otra vez, en debilidad tras debilidad, temporada tras temporada, hasta el día en que te presentes ante Él y descubras que lo que parecía apenas suficiente era, de hecho, más que suficiente para llevarte a casa.

«Y Él me ha dicho: “Mi gracia te basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Por tanto, con mucho gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose sobre mí.» — 2 Corintios 12:9

Capítulo Ocho

Dar y recibir gracia

Hay un momento que la mayoría hemos vivido: estar frente a alguien que nos acaba de ofender, verlo balbucear, esperando a ver qué haremos a continuación. En ese instante de incertidumbre, dos reinos chocan. El reino de este mundo susurra: «Denles lo que merecen». Pero el Reino de Dios dice algo completamente distinto: «Denles lo que yo les di».

Esa palabra —gracia— es quizás el concepto más revolucionario de toda la historia de la humanidad. Transformó el mundo romano. Inspiró reformas. Y aún conserva el poder de transformar una tarde cualquiera de martes cuando decides ofrecérsela a alguien que te ha decepcionado.

Pero esto es algo que muchos pasamos por alto: la gracia no es solo algo que recibimos de Dios. Es algo que estamos llamados a dominar: dar y recibir con igual libertad. Ambos procesos son recibir, y si la recibes de verdad, te sentirás impulsado a compartirla.

Este capítulo trata sobre ambas partes de ese intercambio sagrado.

LA ECONOMÍA DE LA GRACIA

Antes de hablar de dar y recibir gracia, necesitamos comprender algo fundamental: toda la vida en el Reino se rige por el principio de dar y recibir. Está intrínsecamente ligado al diseño que Dios le dio a este mundo.

«Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosante se os dará en vuestro regazo. Porque con la misma medida con que medís, se os volverá a medir.» — **Lucas 6:38**

Nótese que Jesús no dice que dar pueda resultar en recibir, ni que dar pueda traer bendición. Habla con la certeza de una ley inherente a la creación misma, como la gravedad, la siembra y la cosecha. El flujo de los recursos del Reino —amor, misericordia, provisión, aliento, perdón y, sí, gracia— sigue un patrón de dar hacia afuera y recibir hacia adentro que crea una corriente perpetua de abundancia.

Cuando oímos la palabra «dar», la mayoría pensamos inmediatamente en dinero. Y si bien la generosidad financiera es sin duda parte de este principio, apenas roza la superficie. Estamos llamados a dar nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestro aliento, nuestra presencia emocional. Estamos llamados a sembrar amor en vidas áridas y a mostrar misericordia a quienes parecen empeñados en ser despiadados con nosotros. Estamos llamados a dar gracia.

*Fuimos creados por Dios y para Dios, y hasta que tú
Entiendan eso, la vida nunca tendrá sentido."*
— **Rick Warren, Una vida con propósito**

Comprender que fuimos creados para Dios transforma por completo nuestra manera de dar. Dejamos de preguntarnos: "¿Qué gano yo con esto?" y comenzamos a preguntarnos: "¿Qué quiere Dios que fluya a través de mí?".

SIETE PRINCIPIOS PARA DAR

Antes de dar, debemos entender lo que tenemos.

La primera y quizás más liberadora verdad sobre dar es esta: en realidad, nunca te perteneció realmente.

"Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella, el mundo y todos los que en él habitan." — Salmo

24:1

Cuando realmente comprendes esto —cuando pasa de ser un acuerdo intelectual a una convicción viva— dar deja de ser una carga para convertirse en un privilegio. No estás agotando tus recursos. Estás redistribuyendo los recursos de Dios en Su nombre. Eres un administrador, un custodio, un fiel gestor de un patrimonio que pertenece enteramente a Alguien más.

Hageo 2:8 lo confirma contundentemente: «“Mía es la plata y mío es el oro”, declara el Señor Todopoderoso». Cada dólar en tu cartera, cada habilidad en tus manos, cada don en tu corazón, todo es un préstamo de Aquel que creó todo.

Esto no es una disminución, sino la mayor libertad. Cuando dejas de proteger tus propios recursos y empiezas a administrar los de Dios, descubres que la fuente es inagotable.

1. Dar revela la condición de tu corazón.

Jesús hizo una declaración reveladora en Mateo 6:21: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». No dijo que tu corazón determine lo que das, sino que lo que das revela tu corazón. Lo que haces con lo que tienes es un espejo: te muestra, y muestra a los demás, lo que realmente valoras.

Esto no es una condena, sino una invitación. Si dar te resulta difícil, quizás sea una invitación a reflexionar con sinceridad sobre lo que has puesto en el centro de tu vida. Y si descubres que dar te llena de alegría, esa es la señal de un corazón cada vez más influenciado por el carácter de Dios mismo, el dador más generoso que el universo haya conocido.

2. Dar debe nacer de la libertad, no del miedo.

Las ofrendas bíblicas no son un impuesto. No son una obligación religiosa diseñada para obtener la aprobación de Dios. Y, desde luego, no es algo a lo que debas sentirte manipulado o forzado.

El apóstol Pablo escribe en 2 Corintios 9:7 que Dios ama al dador alegre; la palabra griega utilizada es hilaros, de donde proviene nuestra palabra «divertidísimo». Dios quiere que tu generosidad refleje la alegría de alguien que apenas puede contener su entusiasmo por ser parte de algo maravilloso. No damos por obligación, sino por el placer de hacerlo.

«Siente, pues, que no te perteneces a ti mismo; has sido comprado por un precio. Perteneces a Cristo. Actúa como su administrador.»— Charles Spurgeon

3. Dios honra el don sacrificial por encima del grande.

Una de las enseñanzas más sorprendentes de toda la Escritura aparece en Marcos 12, cuando Jesús observa a una pobre viuda depositar dos pequeñas monedas de cobre en el tesoro del templo. Tras ver a donantes adinerados hacer grandes ofrendas, les dice a sus discípulos: «En verdad les digo que esta pobre viuda ha echado más en el tesoro que todos los demás».

Dios no hace cálculos con una hoja de cálculo. Él sopesa el sacrificio. Hebreos 13:16 nos recuerda: «No se olviden de hacer el

bien y de compartir lo que tienen, porque tales sacrificios agradan a Dios». El pequeño regalo que se da a un gran costo tiene un peso enorme en la economía del Reino.

4. Es más bienaventurado dar que recibir.

Hechos 20:35 conserva una frase de Jesús que nunca se incluyó en los cuatro Evangelios: «Más bienaventurado es dar que recibir». Esto no es poesía de póster motivacional. Es una descripción de cómo funciona la realidad.

Cuando das, suceden dos cosas simultáneamente. Primero, experimentas la alegría de participar en la provisión de Dios para otra persona, una alegría que ninguna cantidad de recibir puede igualar. Segundo, y no menos importante, te preparas para recibir. Jesús sabe que un corazón generoso es una mano abierta, y una mano abierta es una que Dios puede llenar.

5. Tu generosidad genera una acción recíproca.

Existe una ley universal de reciprocidad inherente al plan de Dios. Lucas 6:38 nos dice que cuando damos, se nos devolverá con creces. Esto no es teología de la prosperidad. Es Jesús hablando claramente sobre una ley espiritual tan confiable como la ley de la siembra y la cosecha.

El agricultor que siembra diez semillas no recibe diez semillas de vuelta. Recibe una cosecha. Esa es la naturaleza de la siembra. Y lo que siembres en la vida de los demás —amor, bondad, aliento, ayuda material— te será devuelto multiplicado.

"Haz todo el bien que puedas, por todos los medios que puedas, de todas las maneras que puedas, en todos los lugares que puedas, en todo momento, a todas las personas que puedas, mientras puedas."—

Juan Wesley

6. Da de la manera correcta: con generosidad, buena voluntad y alegría.

El apóstol Pablo dedica dos capítulos completos de 2 Corintios — los capítulos 8 y 9— al tema de dar, lo cual nos revela la importancia que Dios le da a nuestra generosidad. Tres palabras se desprenden de ese pasaje:

Da generosamente. «El que siembra poco, cosechará poco; y el que siembra generosamente, cosechará generosamente» (2 Corintios 9:6). No des lo que sobra. Da con intención, con generosidad, como quien realmente cree que la cosecha está por llegar.

Da con generosidad. «Cada uno dé como propuso en su corazón, no de mala gana ni por obligación» (2 Corintios 9:7a). Dar con sinceridad honra a Dios. Dar por culpa o presión social es simplemente una costosa forma de obligación.

Da con alegría. «Porque Dios ama al dador alegre» (2 Corintios 9:7b). A menudo les digo a las personas: Dios acepta un regalo de alguien malhumorado, pero ama al dador alegre. De gracia recibiste, da de gracia.

SIETE COSAS QUE DEBEMOS APRENDIZAR PARA RECIBIR

Si bien dar es algo que la mayoría comprendemos en teoría, recibir es donde muchos luchamos en silencio. Nos hemos formado en una cultura que valora la autosuficiencia y nos han marcado heridas que hacen que la vulnerabilidad parezca peligrosa. Por eso, nos volvemos mejores dando que recibiendo, lo que significa que, al final, no nos queda nada que dar.

Pero las Escrituras son claras: recibir no es debilidad. No es pasividad. Es un acto de fe, una declaración de confianza en quien da y de disposición para que se conozcan las necesidades.

La gracia no es simplemente indulgencia cuando hemos pecado. La gracia es el don de Dios que nos capacita para no pecar. La gracia es poder, no solo perdón.—

Timothy Keller

Con esto en mente, aquí hay siete cosas esenciales que debemos recibir de forma activa y deliberada:

1. Recibe a Jesús y la Vida Eterna.

Juan 1:12 es uno de los versículos más sencillos y a la vez más asombrosos de la Biblia: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios». Toda la estructura de la fe cristiana se basa en este simple acto de recibir: abrir las manos y el corazón para aceptar el don de Jesucristo.

Todo lo demás en este capítulo —cada principio de dar y recibir— emana de este. No se puede dar gracia que no se ha recibido. No se puede conceder perdón que no se ha experimentado. La vida cristiana comienza aquí, con las manos vacías y abiertas.

2. Recibe el Espíritu Santo.

Hechos 2:38 registra la invitación de Pedro en el día de Pentecostés: «Arrepiéntanse y bautícense, cada uno de ustedes, en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados. Y recibirán el don del Espíritu Santo». El Espíritu Santo no es un extra para cristianos avanzados. Es la presencia esencial de Dios en tu interior: tu guía, tu consuelo, la fuente de poder para una vida que se asemeje a la de Jesús.

3. Recibe el Reino de Dios como un niño.

En Marcos 10:15, Jesús hace una de sus declaraciones más sorprendentes: «En verdad les digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño pequeño, no entrará en él». No como un teólogo. No como un religioso experimentado. Como un niño: confiando sin exigir pruebas, alegre sin necesidad de ser impresionado, abierto sin la coraza del cinismo.

El Reino se recibe, no se conquista. Esto contradice todo lo que nos ha enseñado nuestro mundo centrado en el rendimiento.

4. Recibe la Palabra de Dios

Santiago 1:21 nos da una instrucción impactante: «Reciban con humildad la palabra que ha sido sembrada en ustedes, la cual puede salvar sus almas». No solo la escuchen. No solo estén de acuerdo con ella. Recíbanla; dejen que eche raíces, que transforme su manera de pensar, que moldee sus deseos hasta que comiencen a alinearse con los deseos de Aquel que la proclamó.

5. Recíbanse unos a otros

Romanos 15:7 dice simplemente: «Acéptense, pues, los unos a los otros, así como Cristo los aceptó a ustedes, para gloria de Dios». La palabra traducida aquí como «aceptar» conlleva la idea de dar la bienvenida a alguien a tu círculo íntimo, a tu vida. Esto no es tolerancia. Es la decisión activa y deliberada de hacerle un hueco a otra persona, de decirle con tu presencia y tu atención: «Aquí perteneces».

6. Recibe la victoria y el poder para vencer.

En 1 Juan 5:4 se declara que «todo lo que es nacido de Dios vence al mundo. Y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe». Existe un enemigo real: Satanás, cuyo propósito es la destrucción. Pero la victoria de Cristo en la cruz no es teórica; está disponible, es transferible y está a tu alcance.

Hechos 10:38 nos dice que Dios ungió a Jesús con el Espíritu Santo y con poder, y que él anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo. Esa misma unción, ese mismo Espíritu, ese mismo poder, está disponible para ti. Recíbelo.

7. Recibe la gracia de Dios.

Efesios 2:8-9 es quizás el pasaje más citado sobre la gracia en toda la Escritura: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."

Pero la gracia no es solo la puerta de entrada a la salvación. Es el ambiente en el que vivimos toda la vida cristiana. Siempre hay más gracia disponible: gracia para la lucha que enfrentas hoy, gracia para el fracaso de la semana pasada, gracia para la relación que parece imposible, gracia para el llamado que parece estar fuera de tu alcance. Todo está disponible. La pregunta es si seremos lo suficientemente humildes para recibirla.

"La gracia es Dios como cirujano cardíaco, que te abre el pecho, te extrae el corazón —envenenado por el orgullo y el dolor— y lo reemplaza con el suyo."— **Max Lucado, Gracia: Más de lo que merecemos, mayor de lo que imaginamos**

INTERCONEXIÓN DE DAR Y RECIBIR

Existe una historia sobre la Madre Teresa que plasma este principio de una manera más hermosa que cualquier libro de texto de teología.

Un día, un mendigo se le acercó en la calle. Se dio cuenta de que otros le daban regalos a aquella mujer que había dedicado toda su vida a los pobres. Metió la mano en el bolsillo y sacó treinta centavos —todo lo que tenía— e insistió en dárselos.

La Madre Teresa dudó. Sabía que aceptar su regalo podría significar que pasaría hambre. Pero también comprendió algo profundo: rechazar su regalo sería privarlo de la alegría que solo proviene de dar. Así que lo recibió con gracia, gratitud y entrega total.

El mendigo se iluminó con una alegría que ninguna cantidad de dinero podría comprar.

En ese instante, el ciclo sagrado se completó. Durante décadas había entregado su vida al prójimo. Y al recibir treinta centavos de un hombre hambriento, cerró el círculo y le brindó lo más valioso que podía darle: la experiencia de dar.

"Vivir en una sociedad de posibles dioses y diosas es algo serio, y hay que recordar que la persona más aburrida y sin interés con la que hables podría ser algún día una criatura a la que, si la vieras ahora, sentirías una fuerte tentación de adorar."

— C.S. Lewis, El peso de la gloria

Por eso la gracia debe fluir en ambas direcciones. Cuando nos negamos a recibir —cuando insistimos en ser autosuficientes, cuando rechazamos cada acto de bondad con un «Oh, no tenías por qué»— interrumpimos el ciclo que Dios diseñó para sostener a su pueblo. Negamos a los demás la bendición de dar y nos negamos a nosotros mismos la bendición de ser reconocidos en nuestra necesidad.

Debe existir un equilibrio. Cuando damos en exceso sin permitirnos recargar energías, nos agotamos y nos volvemos resentidos. Cuando recibimos sin corresponder, nos volvemos exigentes y nos

desconectamos. Pero cuando ambos flujos se dan libremente — cuando damos con generosidad y recibimos con el corazón abierto— participamos de la vida misma de Dios, quien es un intercambio eterno de dar y recibir dentro de la Trinidad.

CÓMO DAR GRACIA

No podemos ofrecer la vida eterna a nadie. No podemos garantizar la salvación de otra persona. Pero podemos ser instrumentos de la gracia: personas a través de las cuales la bondad y la misericordia de Dios fluyen hacia la vida de quienes nos rodean.

Dar gracia no es ingenuo. No pretende que lo malo sea bueno. No aprueba la conducta destructiva ni permite el daño. Lo que hace es negarse a reducir a una persona a su peor momento. La gracia dice: Veo lo que hiciste y veo en quién podrías convertirte. Y no soy quién para juzgar.

"La gracia barata es la que nos concedemos a nosotros mismos. La gracia valiosa es el santuario de Dios; hay que protegerla del mundo y no abandonarla a los perros."

— Dietrich Bonhoeffer, El costo del discipulado

Da gracia con tus palabras

Proverbios 18:21 nos dice que la lengua tiene poder de vida o muerte. La mayoría hemos recibido palabras hirientes: críticas imprudentes, sarcasmos mordaces, desprecios que nos hicieron sentir insignificantes. Y la mayoría también hemos sido quienes hemos pronunciado esas palabras en momentos de frustración o orgullo.

Ser amable con tus palabras significa elegir una respuesta que construya en lugar de destruir. No significa evitar las verdades

difíciles; a veces, el amor exige una honestidad que duele. Significa que, incluso cuando la corrección es necesaria, debe hacerse con respeto y consideración. Puedes decir lo que hay que decir sin ser cruel.

Demuestra gracia a través de tus acciones

"Siempre que tengamos la oportunidad, hagamos el bien a todos, especialmente a los que pertenecen a la familia de los creyentes." — **Gálatas 6:10**

Los actos de bondad, generosidad y compasión son la manifestación de la gracia en el mundo. El vecino que está pasando por dificultades. El colega que se está desmoronando en silencio. El desconocido cuyo rostro revela que no ha sido tratado con dignidad en mucho tiempo. Quizás nunca sepas cuán profundamente un pequeño acto de gracia —una comida, alguien que te escucha, una palabra de aliento inesperada— puede cambiar el rumbo del día, del año o de la vida de una persona.

Ofrecer gracia a través del aliento

"Anímense y edifíquense mutuamente, tal como de hecho lo están haciendo." — **1 Tesalonicenses 5:11**

Vivimos en un mundo que se especializa en destruir a los demás. Las redes sociales han industrializado la crítica. Nuestra cultura premia el cinismo y castiga la vulnerabilidad. Frente a todo esto, el fomento del apoyo es una práctica genuinamente contracultural y, a la vez, sumamente poderosa.

Encuentra a esa persona en tu vida que está librando una batalla que nadie más puede ver. Reconoce su valentía. Nombra la fortaleza que observas en ella. No tienes que tener todas las respuestas; a veces,

lo más valioso que puedes hacer es simplemente ser testigo de la lucha de alguien. y diles: Te veo. Creo en ti. Sigue adelante.

"Dios te encontrará donde estés para llevarte a donde Él quiere que vayas."— **Tony Evans**

Mostrar compasión hacia los marginados

Jesús se sintió constantemente, de forma notoria y escandalosa, atraído por las personas que la cultura religiosa había marginado: recaudadores de impuestos, prostitutas, leprosos, samaritanos. Traspasó todas las barreras sociales para brindar gracia a quienes se les había dicho que estaban fuera de su alcance.

Hoy en día, nuestras comunidades están llenas de personas así: personas que se sienten invisibles, marginadas, que cargan con la vergüenza como una prenda que no pueden quitarse. Cuando mostramos compasión hacia los marginados, no solo prestamos un servicio social; reflejamos el corazón de Dios, que «no hace acepción de personas» (Hechos 10:34) y que deja a las noventa y nueve para encontrar a la que se ha salvado.

Perdonar con gracia

Cuando alguien te pide perdón, ha hecho algo que le ha hecho vulnerable. Ha bajado la guardia, ha admitido su error y se ha puesto a tu merced. Tu respuesta en ese momento es una de las muestras de gracia más significativas que puedes ofrecer.

Acepta sus disculpas. No las uses para repasar toda la historia de sus errores, ni para obtener una disculpa más elaborada, ni para hacerlos esperar mientras calculas cuánto sufrimiento merecen sentir primero. Simplemente perdona, con la misma plenitud, libertad y generosidad con que te han perdonado.

"Sean bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándose mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo." — **Efesios 4:32**

Si después necesitas ofrecer correcciones u orientación, sepáralas de tu perdón. Hazles ver claramente que están perdonados. Luego, en otro momento, comparte la sabiduría que podría ayudarlos en el futuro. Mezclar ambas cosas es perjudicial para ambos.

PAGA EL BIEN: EL CÍRCULO DE GRACIA EN EXPANSIÓN

Tal vez estés leyendo esto en una etapa en la que te encuentras principalmente en la posición de recibir. Un amigo te ayudó. Una comunidad te brindó su apoyo. Un desconocido te mostró una amabilidad inesperada. Y ahora sientes la presión de lo que algunos llaman ansiedad por "devolver el favor": la incómoda conciencia de una deuda que no puedes calcular con precisión.

He aquí el secreto de la gracia: cuando alguien te hace un regalo, la respuesta más honorable es recibirlo con gratitud. No restarle importancia. No corresponder de inmediato para neutralizar la vulnerabilidad de haber recibido ayuda. Simplemente recibirlo — con las manos abiertas y un corazón agradecido— y dejar que esa experiencia de gracia fluya a través de ti y se extienda al mundo.

Quizás no puedas devolverle el favor a quien te ayudó. Pero puedes devolver el favor. Puedes convertirte, para otra persona, en lo que esa persona fue para ti: una expresión visible de la gracia de Dios en un mundo que la necesita.

"Creer que eres amado te liberará para ser quien Dios te creó para ser. Así podrás dejar de fingir. Dejarás de esconderte. Dejarás de reprimirte."

Beth Moore

Este es el círculo de la gracia que se expande. Un acto de generosidad crea las condiciones para otro. El valor de una persona para recibir genera la capacidad de dar. Y así crece, extendiéndose desde un solo momento de gracia libremente entregada y recibida con gratitud, hasta que —si lo permitimos— comienza a parecerse al Reino de Dios.

CONCLUSIÓN:

ADQUIRIENDO FLUIDEZ EN LA GRACIA

Somos receptores de una gracia casi incomprensible. Cada mañana al despertar es prueba de ello. Cada momento de claridad, cada bendición inesperada, cada relación que ha sobrevivido a lo que debería haberla destruido: todo es gracia, el favor inmerecido de un Dios que decidió que el amor valía la pena.

«A quien mucho se le da, mucho se le exige», nos dice Jesús en Lucas 12:48. Se nos ha dado todo. Se nos ha dado al Hijo de Dios, al Espíritu de Dios, a la Palabra de Dios, a la comunidad de Dios. Se nos ha dado una gracia tan abundante que el apóstol Pablo solo pudo responder con una explosión de alabanza: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2 Corintios 9:15).

En respuesta a todo esto, lo que se nos exige es que dominemos el lenguaje que nos han enseñado. Que mostremos gracia con nuestras palabras, nuestras acciones, nuestro perdón, nuestro tiempo, nuestra

presencia. Y que recibamos gracia de Dios y de los demás, con generosidad y sin vergüenza.

Porque, al fin y al cabo, el mundo no necesita más demostraciones religiosas. No necesita más apariencias espirituales pulidas que oculten un vacío interior. Lo que necesita —lo que anhela— son personas que hayan sido verdaderamente transformadas por la gracia y que no puedan evitar compartirla.

Ojalá seamos nosotros.

"La alegría no nos llega por sí sola. Tenemos que elegir la alegría y seguir eligiéndola cada día. La alegría se va. La alegría se va." — **Henri Nouwen**

**“Cada uno ha recibido un don,
ministrárselo unos a otros,
como buenos administradores
de la multiforme gracia de Dios.”
1 Pedro 4:10**

CAPÍTULO NUEVE

Hay más gracia para ti.

“Pero Él da más gracia...” Santiago 4:6a

En el camino de todo creyente llega un momento en que el peso de la vida comienza a oprimir por todos lados. Quizás te encuentres en medio de una prueba que parece no tener fin. Quizás estés luchando contra una debilidad que no logras superar por ti mismo, o al borde de un sueño que parece inalcanzable. En momentos como estos, muchos cristianos hacen lo mismo: recurren a sus reservas espirituales, las encuentran agotadas y concluyen que simplemente no tienen suficiente.

Pero ¿y si el problema no es que no haya suficiente gracia, sino que aún no hemos descubierto cuánta gracia está realmente a nuestra disposición?

El apóstol Santiago, escribiendo a los creyentes dispersos bajo una enorme presión, no solo ofreció palabras de consuelo. Ofreció una revelación. Su declaración en Santiago 4:6 es engañosamente simple, pero asombrosamente profunda: «Pero Él da mayor gracia». Tres palabras en español, pero en el griego original conllevan el peso explosivo de la abundancia divina. La palabra traducida como «más» —*meizōn* en griego— no significa simplemente un poco más. Señala una gracia mayor, más abundante y más generosa que cualquier cosa que hayas recibido hasta ahora. No es que Dios esté llenando tu tanque; es que está abriendo un depósito que ni siquiera sabías que existía.

Este capítulo trata sobre esa reserva de gracia. Trata sobre comprender qué significa realmente "más gracia", por qué Dios la ha puesto a nuestra disposición y cómo cada creyente puede acceder a ella, no solo en momentos de crisis, sino también en la vida cotidiana, para crecer, para cumplir su vocación y para llegar a ser todo lo que Dios nos creó para ser.

¿De qué gracia estamos hablando?

Antes de hablar de recibir más gracia, debemos tener muy claro qué es la gracia. Gran parte de la iglesia la ha reducido a una sola transacción: el perdón de los pecados al momento de la salvación. Y si bien ese es sin duda el fundamento, de ninguna manera es el límite.

La gracia, en su sentido bíblico completo, es la influencia sobrenatural de Dios obrando en y a través de la vida humana para producir resultados que trascienden la capacidad natural. No se trata simplemente de la actitud de Dios hacia ti; es su poder activo obrando a tu favor y en ti. La palabra griega *charis*, traducida como gracia, conlleva la idea de un don que trae gozo y produce una transformación tangible. Cuando la gracia obra, todo prospera. Se abren puertas que ninguna mano humana podría abrir. Surge la fortaleza donde solo había agotamiento. Llega la sabiduría donde solo había confusión.

*La gracia no es solo la puerta por la que entramos
en la salvación; es la atmósfera en la que estamos
llamados a vivir cada día.*

— Charles Spurgeon

El gran predicador del siglo XIX, Charles Spurgeon, lo entendió perfectamente. Enseñó que la gracia no es simplemente lo que te permite entrar en la familia de Dios, sino el entorno mismo en el que vive esa familia. Cada mañana al despertar, la gracia es el aire que estás destinado a respirar.

El Salmo 84:11 lo confirma maravillosamente: «Porque el Señor Dios es sol y escudo; el Señor dará gracia y gloria; no negará ningún bien a los que andan en integridad». Nótese la combinación: gracia y gloria. Dios no es tacaño con su bondad. No busca razones para retener nada. Es un Dios que se deleita en dar, y la gracia misma encabeza su lista de dones.

Más gracia: La promesa de abundancia

Volvamos ahora a Santiago 4:6 y reflexionemos un poco más. «Él da más gracia». El contexto es de suma importancia. Santiago escribía a creyentes que atravesaban conflictos: conflictos entre sí, conflictos internos, conflictos con el mundo que los rodeaba. Sentían orgullo en algunos aspectos y se sentían derrotados en otros. Eran personas necesitadas.

Y ante esa necesidad, Santiago no dice: «Esfuézate más». No dice: «Anímate». Dice: Dios da más gracia.

El difunto teólogo y pastor D. Martyn Lloyd-Jones lo expresó maravillosamente cuando escribió sobre la naturaleza inagotable de la provisión de Dios. Observó que la gracia de Dios no funciona como un fondo finito que disminuye con cada retiro, sino como un manantial que crece cuanto más se bebe de él. La necesidad no supera la provisión; la provisión siempre se adelanta a la necesidad.

La gracia de Dios no es como una cuenta de ahorros que se vacía al retirar dinero. Es más bien como la luz del sol: no cuesta nada, no disminuye nada, y cuanto más te adentras en ella, más cálidamente te envuelve.

— D. Martyn Lloyd-Jones

Esta es la extraordinaria promesa que se esconde en tres sencillas palabras. Cuando te encuentras al límite de tus recursos, es precisamente cuando la gracia de Dios se ofrece con mayor abundancia. Cuanto más desesperada sea tu situación, más generosamente fluirá la gracia. Cuanto más imposible sea el desafío, mayor será la gracia disponible para afrontarlo.

¿Necesitas gracia para mantener unida a tu familia en una época increíblemente difícil? Hay más gracia para ti. ¿Necesitas gracia para mantenerte fiel en un ministerio que parece ingrato y pequeño? Hay más gracia para ti. ¿Necesitas gracia para creer en Dios y recibir un avance financiero cuando todo indica lo contrario? Hay más gracia para ti. Cualquiera que sea la necesidad, la provisión es aún mayor.

Creciendo en gracia: Tu papel en el proceso

Una de las verdades más importantes en esta conversación es una que muchos creyentes desconocen o han ignorado: estás llamado a crecer en la gracia. La gracia no se concede sin más y luego se deja estancada. Es una fuerza viva y dinámica en tu vida, y Dios desea que crezca con el tiempo.

El apóstol Pedro lo deja claro en su segunda carta, donde exhorta a sus lectores a «crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3:18). El verbo que utiliza está en imperativo presente: es un mandato continuo, un llamado constante, no un evento aislado. No se trata simplemente de haber recibido la gracia, sino de seguir creciendo en ella.

Esto puede plantear una pregunta: si la gracia es gratuita y no se gana, ¿cómo puedo crecer en ella? ¿No hay una contradicción en la idea de trabajar por algo que se da gratuitamente?

La respuesta reside en comprender la diferencia entre ganarse la gracia y prepararse para recibirla. No se puede ganar la gracia; esa es la clave. La gracia, por definición, es inmerecida. Pero sí podemos colocarnos en posiciones que nos permitan estar más abiertos, más conscientes y más receptivos a la gracia que Dios siempre ofrece. Esto es lo que logran las disciplinas espirituales. De esto se trata la oración, la adoración, el estudio de la Palabra y la comunión con otros creyentes: no de ganarse el favor de Dios, sino de eliminar las barreras que nos impiden experimentar el favor que ya está presente.

No somos cisternas para acumular; somos canales para fluir. Cuanto más libremente fluye la gracia a través de nosotros, más llevamos con ella.

— **AW Tozer**

A.W. Tozer, una de las voces más profundas del siglo XX, dejó esto claro de forma inolvidable. La vida cristiana no consiste en acumular gracia como se acumula riqueza, guardándola en una

bóveda. Consiste en convertirse en un canal por el que la gracia fluye libremente, tanto hacia dentro como hacia fuera. Cuanto más fluye, mayor es la capacidad que desarrollamos para recibirla.

La ilustración del relato olvidado

Permítanme usar un ejemplo que me resulta útil al enseñar sobre este tema. Imaginen que alguien extraordinariamente rico —alguien que no les debe nada— decide un día depositar diez millones de dólares en una cuenta bancaria a su nombre. Sin condiciones. Sin obligación de devolución. Sin ningún tipo de compromiso. Fue un regalo puro.

Ahora bien, pensemos en cuatro personas diferentes que se enteran de esta noticia:

La primera persona nunca se entera. La cuenta permanece intacta, llena pero inaccesible, no porque el dinero no esté ahí, sino porque nadie les informó de su existencia.

La segunda persona se entera, pero duda de que sea cierto. «Nadie hace eso», dice. «Tiene que haber truco». Así que nunca va al banco. La cuenta permanece llena mientras lucha por sobrevivir económicamente, y su incredulidad le cuesta todo.

La tercera persona cree que la cuenta es real e incluso realiza un retiro, tal vez para saldar sus deudas y recuperar la estabilidad económica. Y entonces, extrañamente, deja de usarla. Vive el resto de su vida como si el dinero se hubiera agotado, sin volver jamás a reclamar el inmenso resto que le espera.

La cuarta persona escucha, cree, va al banco y sigue adelante. Retira fondos de la cuenta para cubrir las necesidades de cada temporada,

no de forma frívola, sino con generosidad. Construye algo duradero con ello. Bendice a otros con ello. Vive de acuerdo con el propósito original del don.

Esta es una imagen de la gracia de Dios. La cuenta ya está abierta. El depósito completo ya se ha realizado. Mediante la muerte y resurrección de Jesucristo, toda bendición espiritual está a tu disposición (Efesios 1:3). La pregunta nunca es si la gracia es suficiente. La pregunta siempre es: ¿estás haciendo un retiro?

Muchos creyentes recibieron la gracia de Dios para la salvación — experimentaron ese primer y glorioso retiro— y luego, en esencia, se detuvieron. Viven como si su cuenta estuviera vacía, cuando en realidad rebosa de todo lo que necesitan para la vida, el ministerio, el crecimiento, las relaciones, la vocación y el propósito.

Cinco claves para recibir más gracia

¿Cómo accedemos, entonces, a lo que Dios ya ha puesto a nuestra disposición? Aquí hay cinco claves fundamentales que las Escrituras dejan claras:

1. Cultiva la humildad

Santiago 4:6 no termina con la promesa de más gracia. La condiciona con una advertencia que deja a muchos creyentes perplejos: «Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes». Esta es una de las afirmaciones más aleccionadoras de toda la Escritura. La palabra traducida como «resiste» en griego es *antitassomai*, que significa prepararse para la batalla contra alguien. Dios no solo ignora el orgullo, sino que se opone activamente a él. Esto se debe a que el orgullo es una declaración de autosuficiencia. Es como decir: «No necesito ayuda. Puedo con esto solo». Y cuando

esa es nuestra actitud, cerramos el canal por donde fluye la gracia. La humildad, en cambio, no es debilidad, sino honestidad. Es el valor de decir: «Dios, no puedo hacer esto sin ti. Necesito más de lo que solo tú puedes proveer». Ese reconocimiento sincero es la mano abierta que recibe.

2. Recibir por fe

La gracia siempre se recibe por medio de la fe. La fe no es pensamiento positivo ni optimismo ilusorio; es la confianza en lo que Dios ha prometido, basada en quién es Dios. Hebreos 11:1 la define como «la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». Cuando nos acercamos a Dios con fe, no le rogamos a un dador reacio, sino que nos aferramos a lo que ya está preparado para nosotros. No recibir más gracia suele ser simplemente una falta de fe. Reconocemos nuestra necesidad, pero dudamos de que la gracia esté disponible en la medida que la necesitamos. El antídoto es fundamentar nuestra fe no en nuestros sentimientos ni en nuestras circunstancias, sino en la inmutable Palabra de Dios. Él dijo que da más gracia. Eso lo resuelve todo.

3. Acércate con valentía al trono de la gracia.

Hebreos 4:16 nos ofrece una de las invitaciones más extraordinarias de toda la Biblia: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro». El autor de Hebreos explicita algo que muchos cristianos tratan como si fuera teórico: tienes acceso. Acceso directo. Acceso audaz. No la timidez de quien no está seguro de ser bienvenido, sino la seguridad de quien sabe que ha sido invitado. Gracias a lo que Jesús logró en la cruz, el velo se ha rasgado (Mateo 27:51). No estás fuera mirando hacia adentro; eres bienvenido al trono. Y el trono, aclara el autor, es un trono de gracia: existe para dispensar precisamente lo que necesitas.

4. Sumérgete en la Palabra de Gracia.

En Hechos 20:32, el apóstol Pablo encomienda a los ancianos de Éfeso «a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para edificarlos». Llama a las Escrituras la «palabra de su gracia», y esta no es una descripción casual. La Palabra de Dios está impregnada de gracia. Es el principal medio a través del cual Dios comunica su carácter, sus promesas y su poder a su pueblo. Cuando lees la Biblia, no solo recopilas información, sino que te sumerges en el fluir de la misericordiosa autorrevelación de Dios. Cada promesa que encuentras es un aporte a tu cuenta. Cada verdad que interiorizas expande tu capacidad de recibir. Descuidar la Palabra es como ignorar el banco por completo: la cuenta existe, pero nunca accedes a ella.

Una Biblia que se está desmoronando suele pertenecer a alguien que no lo está. Cuanto más desgastada esté tu Biblia, más preparado estarás para recibir lo que Dios ya te ha prometido.

— **Charles Spurgeon**

5. Permanezcan en Cristo

Finalmente, y lo más fundamental, Jesús mismo nos da la clave maestra en Juan 15:4-5: «Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Como el pámpano no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí». Permanecer no es un concepto teológico complicado. Es simplemente permanecer: mantenerse cerca, mantenerse conectado, negarse a alejarse. Una rama unida a la vid no tiene que esforzarse para dar fruto. El fruto es el resultado natural de la conexión. De la misma manera, la gracia fluye de forma más natural y abundante cuando uno permanece cerca de Jesús, a través de la oración, la adoración, la obediencia y la relación con Él. En el momento en que uno se aleja, comienza a

operar con sus propias fuerzas limitadas. En el momento en que regresa, se restablece la provisión.

El propósito de una mayor gracia: Transformación y gloria

Sería fácil reducir la búsqueda de más gracia al beneficio personal —y ciertamente hay un beneficio personal involucrado—. Pero el propósito más profundo de la gracia de Dios en tu vida va mucho más allá de tu propia comodidad o éxito.

El apóstol Pedro lo expresa claramente: «Cada uno, según el don que ha recibido, úselo para servir a los demás, administrando con esmero la multiforme gracia de Dios» (1 Pedro 4:10). La gracia que llega a tu vida no está destinada a quedarse contigo, sino a fluir a través de ti y a la vida de quienes te rodean. No eres solo receptor de la gracia, sino también administrador de ella.

Esto lo cambia todo. Cuando buscas más gracia para tu ministerio, no solo buscas crecimiento personal, sino también una mayor capacidad para servir a los demás. Cuando buscas gracia para tu negocio, buscas la capacidad de bendecir a más personas, de crear más valor, de ser un canal de provisión más eficaz. Cuando recibes gracia para tus relaciones, la extiendes a quienes más la necesitan.

Dios no nos da su gracia para que nos sintamos cómodos. Nos da su gracia para que seamos peligrosos: peligrosos para el reino de las tinieblas y peligrosamente buenos para todos los que nos rodean.

— **Bill Johnson**

Bill Johnson, de la Iglesia Bethel en Redding, California, ha hablado con gran elocuencia sobre esta dimensión de la gracia. La gracia de Dios, enseña, no es meramente terapéutica, sino

misionera. Capacita al creyente no solo para sobrevivir, sino para progresar. Cada medida de gracia que recibes se convierte en un instrumento para los propósitos de Dios en la tierra.

En última instancia, son las vidas transformadas que produce la gracia las que dan mayor gloria a Dios. Cuando alguien que estaba quebrantado es sanado, cuando alguien que era adicto es liberado, cuando alguien que estaba amargado se llena de alegría, esas transformaciones son testimonio de la gracia. Cuentan una historia irrefutable: Dios es real, su poder está presente y su gracia es suficiente.

Puedes ser salvo y aún así necesitar más gracia.

Hay una última verdad que merece ser enunciada con claridad antes de cerrar este capítulo, porque es a la vez aleccionadora y profundamente liberadora: puedes ser un cristiano genuino, renacido, y aun así vivir muy por debajo del nivel de gracia que Dios ha puesto a tu disposición.

La salvación es la entrada. La gracia es la casa entera. Demasiados creyentes se quedan en la puerta, agradecidos de estar dentro, pero sin darse cuenta de las vastas estancias de gracia que esperan ser exploradas: estancias de sanación, provisión, unción, sabiduría, favor y fecundidad.

El crecimiento espiritual no ocurre de la noche a la mañana. Es un proceso gradual, obrado por el Espíritu Santo a lo largo del tiempo, a medida que cooperamos con su obra en nosotros. Así como un niño no alcanza la madurez en un solo día, tampoco lo hace el creyente. Pero el crecimiento es posible. El crecimiento es esperado. Y la gracia para impulsar cada etapa de ese crecimiento ya nos ha sido dada.

Puedes ser cristiano durante cincuenta años y aún así descubrir que la gracia de Dios es más profunda de lo que jamás imaginaste. Eso no es un fracaso de tu fe, sino una invitación a ir más allá.

— **Andrew Murray**

Andrew Murray, el gran pastor sudafricano cuyos escritos sobre la permanencia en Cristo siguen siendo clásicos de la devoción cristiana, dedicó todo su ministerio a invitar a los creyentes a explorar dimensiones más profundas de la gracia. Comprendió que el océano de la gracia de Dios no se agota, sino que se explora, y cada exploración revela más que la anterior.

Reflexiones finales: El camino de la gracia a lo largo de la vida

Así pues, aquí estamos: Dios te ha concedido su gracia. Te ha dado más de lo que has recibido hasta ahora. Y promete, a los humildes y fieles, seguir dándoles más.

Aceptar la gracia de Dios no es un destino al que se llega, sino un camino que se recorre constantemente. No se trata de una transacción puntual, sino de una relación de por vida de recibir, crecer y dar. Cada etapa de tu vida te exigirá un nuevo encuentro con la gracia: una gracia suficiente para afrontar esa prueba, esa tentación, esa oportunidad, esa pérdida.

El Dios que te salvó por gracia aún no ha terminado de obrar en ti. La misma gracia que te llevó a la cruz es la que te impulsa hoy, y es

la que te llevará a casa. Entre aquí y allá, tienes todo lo que necesitas. Tienes acceso al trono. Tienes la Palabra de su gracia. Tienes la invitación a permanecer en Él.

Tienes un Salvador que te da más gracia.

Y sea cual sea el desafío que enfrentes hoy —cualquier necesidad que te abrume, cualquier debilidad que amenace con vencerte, cualquier sueño que parezca inalcanzable—, la reserva no se ha agotado. Es más profunda que tus necesidades. No se ha vaciado.

¡Hay más gracia para ti!

Verdades clave de este capítulo

- La gracia es el poder sobrenatural de Dios que nos capacita, no solo para perdonar, sino también para fortalecernos en cada área de la vida.
- "Más gracia" en Santiago 4:6 apunta a una provisión abundante y desbordante que excede toda necesidad.
- No puedes ganarte la gracia, pero puedes prepararte para recibirla mediante la humildad, la fe, la oración, la Palabra y la permanencia en Cristo.
- La gracia recibida es la gracia que debe ser dada; usted es un administrador, no simplemente un receptor.
- Crecer en gracia es un camino que dura toda la vida, no una experiencia única.

CAPÍTULO DIEZ

Los Obstáculos Y Enemigos De La Gracia

*Por qué el regalo más poderoso del universo se enfrenta a
La resistencia más poderosa*

Existe un principio inherente a todo lo valioso: cuanto mayor es el tesoro, mayor es la oposición a poseerlo.

El oro se entierra en las profundidades de la tierra. Los diamantes soportan una presión tremenda antes de alcanzar su máxima belleza. Las relaciones más importantes de tu vida requieren un esfuerzo constante para protegerlas y mantenerlas. Y la gracia de Dios —la fuerza más transformadora del universo, ofrecida gratuitamente a cada ser humano— se enfrenta a una implacable campaña coordinada en múltiples frentes para impedir que la experimentes plenamente.

Esto no es una simple nota al pie en nuestra teología; es una realidad crucial que todo creyente debe afrontar. Jesús lo expresó claramente en Juan 10:10: «El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». Nótese el contraste. Por un lado: un ladrón con un triple propósito de destrucción. Por otro lado: un Salvador con un único propósito: la abundancia. La gracia de Dios es la abundancia que Jesús vino a dar. Y el diablo es el ladrón que ha estado tramando arrebatártela desde el día en que naciste.

Pero esto es lo que debemos comprender: el enemigo no siempre nos ataca directamente. Rara vez se anuncia. Es mucho más sutil. La mayoría de los obstáculos a la gracia de Dios en nuestras vidas no

se presentan con cuernos y tridentes. Se presentan con apariencias religiosas, prejuicios culturales, decepciones personales y arraigados hábitos de autosuficiencia. Parecen normales. Parecen razonables. Y precisamente por eso son tan peligrosos.

La estratagema más astuta del diablo es hacer creer a los hombres que no existe. Y la segunda más astuta es hacer que la gracia de Dios parezca algo común, algo que se puede manejar, no algo que cause admiración.

— **Charles Baudelaire (adaptado), citado en Las cartas del diablo a su sobrino, C.S. Lewis**

En este capítulo, vamos a identificar estos obstáculos. Vamos a sacarlos a la luz para que pierdan su poder. Porque no se puede combatir a un enemigo que no se ha identificado, ni se puede eliminar una barrera que nunca se ha reconocido. Comprender qué bloquea el flujo de la gracia de Dios no es un lujo espiritual; es una habilidad esencial para la supervivencia.

Obstáculo 1: El orgullo

El pecado que cree que no necesita gracia

“Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes.” — Santiago 4:6

De todos los obstáculos a la gracia, el orgullo es el más fundamental, el más generalizado y el más engañoso. Es el pecado original: aquello que provocó la caída de Lucifer, lo que impulsó a Adán y Eva a alcanzar el fruto prohibido y lo que, desde entonces, ha estado asfixiando la vida espiritual de las personas. Y su característica principal es esta: no se da cuenta de su existencia.

El orgullo no se anuncia. No entra por la puerta diciendo: «Hola, soy el orgullo y vengo a destruir tu relación con Dios». Llega disfrazado

de autosuficiencia. De dignidad. De corrección teológica. De la tranquila y firme convicción de que, en el fondo, estás bien y no necesitas mucha intervención divina.

Por eso Santiago 4:6 es un versículo tan impactante. Dios no solo ignora a los orgullosos ni se siente levemente decepcionado por ellos; se opone activamente a ellos. La palabra griega traducida como «se opone» es «antitassomai», un término militar que significa organizar las fuerzas en formación de batalla contra el enemigo. Cuando actuamos con orgullo, no solo nos perdemos la gracia, sino que nos adentramos en una batalla que no podemos ganar, contra un adversario al que no podemos vencer.

*El orgullo es el terreno fértil en el que crecen todos
los demás pecados, y la madre de la que surgen
todos los demás pecados.*

— **William Barclay, Las cartas de Santiago y Pedro**

El antídoto contra el orgullo no es el autodesprecio; no es la simulación de humildad; la cabeza inclinada, el comentario autocrítico ensayado, la ostentación pública de pequeñez espiritual. La verdadera humildad es, sencillamente, una evaluación precisa de quién eres y quién es Dios. Es la actitud de quien ha dejado de fingir que lo tiene todo bajo control y ha comenzado a recibir lo que Dios siempre ha querido darle.

El hijo pródigo de Lucas 15 no comenzó a recibir la gracia de su padre hasta que «recapacitó», hasta que el orgullo se desvaneció y la honestidad llegó a él. En el momento en que repitió su discurso de indignidad y se dirigió a casa, la gracia comenzó a fluir hacia él. Su padre no esperó a que llegara al porche. Lo vio «cuando aún

estaba lejos» y corrió a su encuentro. Eso es gracia. Pero no podía empezar a fluir hasta que el orgullo del hijo se disolvió.

¿En qué aspectos de tu vida sigues insistiendo en que puedes arreglártelas sin ayuda? ¿Dónde se ha convertido la autosuficiencia en enemiga de la entrega? Ahí es donde la gracia te espera, justo al otro lado de una humildad que aún no has elegido.

Obstáculo 2: Falta de conocimiento

No puedes recibir aquello cuya existencia desconoces.

“Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento.”

— Oseas 4:6

Dios no niega la gracia porque las personas sean indignas. Él concedió gracia a los miserables, a los perseguidores de la iglesia, a las prostitutas y a los recaudadores de impuestos. Lo único que impide constantemente que las personas reciban lo que Dios ofrece gratuitamente no es su pecado, sino su ignorancia.

El lamento de Oseas a Israel no se refería a un pueblo que había rechazado la provisión de Dios, sino a un pueblo al que nunca se le había enseñado adecuadamente lo que tenía a su disposición. Fueron «destruidos» —aplastados, arruinados, pereciendo— no porque Dios los hubiera abandonado, sino porque nadie les había dicho la verdad. El profeta no se refería simplemente al antiguo Israel, sino a toda congregación que ha sido alimentada con un discurso de deber y obligación, sin haber conocido jamás la asombrosa realidad de la gracia.

Innumerables cristianos viven en la pobreza espiritual no porque la gracia sea escasa, sino porque nadie les ha explicado claramente qué es. Han oído hablar del perdón. Quizás hayan oído hablar de la salvación. Pero nunca se les ha enseñado que la gracia no es solo la

puerta de entrada a la vida cristiana, sino que es el suelo, las paredes, el techo y cada rincón de su interior. Nunca han comprendido que la misma gracia que los salvó es la que los sostiene, los fortalece, los transforma y un día los glorificará.

Muchos cristianos tienen una fe que apenas les basta para ser infelices. Han sido salvados del infierno, pero no han experimentado la vida abundante. Conocen lo mínimo de la gracia, no lo máximo.

— **Adrian Rogers, Adrianismos:**
El ingenio y la sabiduría de Adrian Rogers

El enemigo se conforma con que seas salvo, siempre y cuando nunca descubras el alcance total de lo que implica la salvación. No desearía nada más que pasaras toda tu vida cristiana sintiéndote vagamente culpable, apenas pudiendo seguir adelante con las disciplinas espirituales, sin saber jamás que el mismo poder que resucitó a Cristo de entre los muertos es el mismo poder que está a tu disposición ahora mismo por la gracia de Dios (Efesios 1:19-20).

Por eso, el estudio de la Palabra de Dios no es opcional para el creyente. No es una actividad espiritual complementaria para quienes tienen tiempo libre. Es el conducto por el que fluye el conocimiento, y el conocimiento es la condición previa para recibirlo. No se puede recurrir a recursos que se desconocen.

Obstáculo 3: Tradición y religión

Cuando lo familiar se convierte en enemigo de lo verdadero

“Ustedes anulan la palabra de Dios por causa de su tradición.” — Mateo 15:6

En el centro de la vida religiosa reside una ironía aleccionadora: las mismas estructuras construidas para acercar a las personas a Dios pueden convertirse en muros que les impiden experimentarlo. Las tradiciones no son intrínsecamente malas. Muchas de ellas poseen una belleza genuina, preservan verdades importantes y nos conectan con generaciones de fe que nos precedieron. Pero cuando la tradición reemplaza el encuentro —cuando la forma sobrevive, pero la vida la ha abandonado— lo que queda es una cáscara que aparenta ser religión, pero que funciona como un obstáculo para la gracia.

Jesús reservó sus palabras más duras no para los inmorales, sino para los religiosos. Los fariseos no eran malas personas en ningún sentido evidente. Eran estudiosos, disciplinados, moralmente serios y profundamente comprometidos con la letra de la ley. Pero Jesús los llamó sepulcros blanqueados: hermosos por fuera, muertos por dentro. ¿Por qué? Porque habían elevado sus tradiciones por encima de la Palabra viva de Dios y, al hacerlo, habían construido inadvertidamente un sistema complejo que hacía innecesaria la gracia.

Sócrates dijo célebremente: «Una vida sin examen no merece ser vivida». Para el cristiano, la tradición sin examen representa un peligro espiritual. Hacemos lo que hacemos porque es lo que siempre hemos hecho. Creemos lo que creemos porque es lo que nos enseñaron. Pero nunca nos hemos detenido a preguntarnos: ¿Esto produce transformación? ¿Esto abre mi corazón a la gracia de Dios o lo cierra?

La religión es el intento del hombre por alcanzar a Dios. El evangelio es el intento de Dios por alcanzar al hombre. Estas dos cosas no son lo mismo, y confundirlas es uno de los errores más peligrosos que una persona puede cometer.

— Timothy Keller, *La razón de Dios*

El espíritu religioso es particularmente insidioso porque imita la fe genuina con tanta fidelidad que engaña incluso a los creyentes sinceros. Produce actividad sin intimidad, cumplimiento de normas sin transformación, una conciencia que se siente limpia porque se han cumplido los requisitos externos, mientras que el corazón permanece inmutable y la gracia de Dios llama a la puerta, pero nunca se deja entrar.

Si te das cuenta de que tus prácticas espirituales se han vuelto rutinarias en lugar de enriquecedoras —si asistir a la iglesia, orar y leer la Biblia se sienten como obligaciones que hay que cumplir en lugar de experiencias que hay que vivir— vale la pena preguntarse con honestidad: ¿He confundido el mapa con el territorio? ¿He estado manteniendo la apariencia de religión sin comprender la esencia de la gracia?

Obstáculo 4: La incredulidad

El corazón endurecido que no puede recibir

«Tengan cuidado, hermanos, no sea que haya en alguno de ustedes un corazón malo e incrédulo que los aparte del Dios vivo. Más bien, anímense unos a otros cada día, mientras dure este día, para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado.» — Hebreos 3:12–13

La incredulidad no es principalmente un problema intelectual, sino un problema del corazón. Y el autor de Hebreos deja claro que no solo aflige a los irreligiosos, sino que se infiltra silenciosamente en los corazones de quienes han conocido a Dios, experimentado su fidelidad y, poco a poco, han dejado de esperar su presencia.

En los inicios de la fe, creer surge con relativa facilidad. Todo es nuevo, todo escapa a nuestra capacidad de gestionarlo por nuestra cuenta, y la intervención de Dios no solo se espera, sino que se requiere. Pero a medida que pasan los años y nuestras vidas se vuelven más ordenadas, a medida que desarrollamos nuestras

habilidades, aumentamos nuestros recursos y nuestros sistemas demuestran ser fiables, algo sutil comienza a suceder. Empezamos a resolver los problemas por nuestra cuenta. Empezamos a depender de la experiencia en lugar de las expectativas. Empezamos a construir vidas lo suficientemente funcionales como para no requerir mucha fe.

Y, silenciosamente, imperceptiblemente, dejamos de creer que Dios puede.

La incredulidad no es la ausencia de fe. Es fe en cosas equivocadas: fe en nuestra propia capacidad para manejar nuestras vidas sin la intervención de Dios.

— **A.W. Tozer, El hombre: la morada de Dios**

Esto es precisamente lo que hace la incredulidad: endurece. La palabra griega en Hebreos 3:13 para «duro» es «sklērunē», la misma raíz que se usa para describir el corazón endurecido del faraón en la Septuaginta. No se trata de una calcificación repentina y dramática, sino de un proceso lento, como el hormigón que se deja demasiado tiempo en el molde. Cada día que dejamos de buscar a Dios, cada decepción que no le presentamos, cada problema que resolvemos con nuestras propias fuerzas, el corazón se vuelve un poco más rígido, un poco menos permeable a la gracia.

La incredulidad respecto a la capacidad de Dios para transformarnos es especialmente devastadora. Muchos creyentes aceptan que Dios puede salvar a los perdidos, sanar a los enfermos y obrar milagros en la vida de los demás, pero en silencio han dejado de creer que Él puede transformarlos. Han arrastrado los mismos patrones de comportamiento durante tanto tiempo que se han resignado a ellos, los han etiquetado como peculiaridades de su personalidad y han asumido que la transformación es para otros. Esto es incredulidad disfrazada, y constituye una barrera directa contra el fluir de la gracia de Dios en la vida.

El antídoto no consiste en esforzarse más por creer, sino en regresar diariamente a la comunidad de fe, a la Palabra de Dios, a la conversación sincera sobre la duda y al Dios que se especializa en casos imposibles. El autor de Hebreos aconseja la exhortación mutua —recordarse unos a otros, cada día, lo que es verdad— porque la incredulidad no se vence en soledad, sino que se combate en comunidad.

Obstáculo 5: Frustrar la gracia de Dios

Agregar lo que no se puede agregar

«No desecho la gracia de Dios; porque si la justicia se obtiene por la ley, entonces Cristo murió en vano». —

Gálatas 2:21

La palabra griega que Pablo usa aquí —«atheteō»— es devastadora por su amplio significado. Significa dejar de lado, ignorar, neutralizar, declarar nulo e inválido. Pablo no describe una disminución casual de la gracia, sino una invalidación total de la misma. Y el mecanismo por el cual esto ocurre es uno de los errores más comunes en la vida religiosa: añadir el esfuerzo humano a la provisión divina como requisito para estar ante Dios.

La iglesia de Galacia no estaba llena de gente malvada; estaba llena de creyentes sinceros y bienintencionados que habían sido persuadidos de que la fe en Cristo era un buen comienzo, pero no suficiente. También necesitaban observar ciertas leyes y rituales judíos para ser verdaderamente justos ante Dios. Para sus maestros, esto parecía responsable, serio y exhaustivo. Para Pablo, era una catástrofe.

El mayor enemigo de la gracia no es la depravación, sino la religión. La depravación busca la gracia, y la religión la reemplaza.

— **Tullian Tchividjian, Jesús + Nada = Todo**

He aquí la profunda implicación lógica que Pablo extrae: si la justicia se puede alcanzar mediante la obediencia humana a la ley, entonces la crucifixión de Jesucristo fue innecesaria. Fue un error trágico. Una reacción desproporcionada. Pero si la cruz fue necesaria —y lo fue—, entonces cualquier sistema que añada la ley a la gracia como condición para estar en buena relación con Dios, por definición, ha perdido por completo el sentido de la cruz.

Frustramos la gracia cada vez que creamos sistemas de puntuación invisibles. Cada vez que medimos nuestra posición espiritual por la asistencia a la iglesia, las horas de voluntariado, la coherencia moral o la rectitud comparativa. Cada vez que nos acercamos a Dios, no por lo que Cristo hizo, sino por lo que hemos logrado hacer esta semana. Cada vez que, inconscientemente, creemos que Dios es más accesible en nuestros buenos días que en los malos.

Esto no quiere decir que la obediencia, la disciplina y el esfuerzo sean irrelevantes para la vida cristiana. No lo son. Pero hay una distinción crucial que Pablo establece a lo largo de sus cartas: no obedecemos para ganar la gracia, sino porque la hemos recibido. El orden lo es todo. La gracia viene primero. De ella fluye la transformación. Si se invierte ese orden, no se tiene cristianismo, sino religión. Y la religión, por muy sincera que sea, no puede hacer lo que hace la gracia.

*La ley dice: haz esto y vivirás. La gracia dice: vive,
y entonces harás esto.*

— **Martín Lutero, Comentario sobre Gálatas**

Obstáculo 6: Recibir la gracia en vano

Cuando la gracia pasa sin cambiar nada

“Os exhortamos a no recibir la gracia de Dios en vano.” — 2 Corintios 6:1

De todas las maneras en que podemos fallar al recibir la gracia, esta quizás sea la más dolorosa: no rechazarla por completo, sino recibirla superficialmente. Tocar la gracia sin ser transformados por ella. Reconocer su existencia sin someternos a su poder transformador. Realizar los rituales de la salvación sin permitir que la salvación actúe en nosotros.

El urgente llamado de Pablo a los corintios no iba dirigido a los incrédulos, sino a la iglesia. Eran personas que habían escuchado el evangelio, que habían respondido a él y que se reunían semana tras semana en el nombre de Jesús. Sin embargo, Pablo temía que la gracia de Dios estuviera pasando por sus vidas como agua que se filtra entre los dedos, sin dejar rastro.

¿Cómo sucede esto? Sucede cuando tratamos la gracia como una transacción única en lugar de una relación continua. Cuando usamos el lenguaje de la gracia sin vivir su realidad. Cuando nuestra teología es correcta, pero nuestros corazones permanecen inmutables. Cuando podemos articular la doctrina de la gracia con precisión, pero no podemos señalar ningún aspecto de nuestra vida que haya sido transformado por ella.

La gracia, cuando se acepta sinceramente, siempre produce un cambio. Una gracia que no transforma es una gracia que nunca se recibió de verdad. Se admiró desde la distancia, no se abrazó en lo más profundo.

— **Jerry Bridges, Transformando la Gracia**

Isaías utiliza una poderosa imagen para enfatizar este punto. Escribe que la palabra de Dios «no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi propósito y prosperará en aquello para lo cual la envié» (Isaías 55:11). La gracia, al igual que esa palabra, se envía con un propósito. No se envía simplemente para brindar consuelo o asegurar la salvación. Se envía para transformar. Para producir arrepentimiento.

Para crear en nosotros un corazón que ame lo que Dios ama y odie lo que Dios odia. Cuando no produce estas cosas —cuando se recibe sin que se manifieste ninguno de sus frutos en la vida— Pablo dice que la gracia se ha recibido en vano.

Este es un llamado a la introspección honesta, no al miedo. La pregunta no es si has sido transformado por completo. Ninguno de nosotros lo ha sido. La pregunta es si la gracia tiene acceso continuo a las habitaciones de tu corazón, incluso a aquellas que mantienes más celosamente cerradas. Si estás cooperando con lo que el Espíritu de Dios intenta hacer en ti, o si simplemente recibes la gracia con cortesía el domingo y luego vives el resto de la semana como si no tuviera nada que decirte.

Velando por Su Gracia

Los obstáculos que hemos examinado en este capítulo no son problemas teológicos exóticos propios de casos excepcionales. Son las realidades cotidianas de la vida cristiana. El orgullo es la actitud natural del corazón humano. La ignorancia es el resultado de mentes desinteresadas. La tradición se arraiga en toda comunidad de fe. La incredulidad se cuela sigilosamente por la puerta trasera de la familiaridad. Añadir ley a la gracia es el instinto de toda cultura orientada al rendimiento. Y recibir la gracia sin ser transformado por ella es el riesgo inherente a una cultura eclesial que a veces confunde información con transformación.

Comprender estos obstáculos no te hace inmune a ellos. Pero sí te da la capacidad de reconocerlos cuando surgen y el vocabulario para orar específicamente contra ellos. Te da el discernimiento para observar un período de sequedad espiritual y preguntarte no solo "¿dónde está Dios?", sino "¿qué está bloqueando actualmente el flujo de lo que Dios siempre ha ofrecido gratuitamente?".

Estás tan cerca de Dios como tú decidas estarlo. Los obstáculos que te separan de su gracia son reales, pero no insuperables. Todos ellos se superan con humildad, con la verdad y con la entrega.

— **James MacDonald, Siempre verdadero**

La estrategia del diablo contra la gracia no es sofisticada. Ni necesita serlo. No necesita convencerte de que rechaces a Dios. Solo necesita convencerte de que ya tienes suficiente de Él. Que básicamente estás bien. Que la vida que tienes es la vida que está a tu alcance. Que el pequeño goteo que experimentas es en realidad el río... No lo es.

La gracia de Dios se describe en el Nuevo Testamento como «excesiva», «abundante» y «derramada». En Efesios 3, Pablo ora para que los creyentes conozcan el amor de Cristo, un amor que «sobrepasa todo conocimiento», un amor tan inmenso que comprenderlo plenamente, por definición, está más allá de la capacidad de la mente humana; sin embargo, la oración es que sigamos esforzándonos por alcanzarlo. Este no es un lenguaje de escasez, sino de una abundancia inagotable que nos espera constantemente, superando cualquier obstáculo que estemos dispuestos a vencer.

Identifica el obstáculo. Confiesa el orgullo. Busca el conocimiento. Examina la tradición. Resiste la incredulidad. Deja de añadir a lo que Cristo ya completó. Deja que la gracia cumpla su propósito.

El ladrón viene a robar, pero Jesús viene a dar vida, y a darla en abundancia. No permitas que los obstáculos que se interponen entre tú y esa abundancia queden sin respuesta. Vale la pena luchar por la gracia de Dios.

“Y Dios tiene poder para hacer que toda gracia abunde en vosotros, para que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abundéis en toda buena obra.”— 2 Corintios 9:8

CAPÍTULO ONCE

Vivir en la gracia de Dios cada día

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres, enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir en este mundo con dominio propio, justicia y piedad.” — Tito 2:11–12

He aquí una pregunta que merece la pena considerar por un momento: ¿Y si la vida cristiana nunca estuvo destinada a ser tan difícil como la has estado haciendo?

Esta pregunta no pretende minimizar la realidad de la lucha espiritual ni sugerir que seguir a Jesús no nos exige nada. Las Escrituras son claras: hay una carrera que correr, una batalla que librar y una cruz que cargar. Pero existe una gran diferencia entre el esfuerzo de quien se esfuerza con sus propias fuerzas y el esfuerzo de quien es impulsado por una poderosa fuerza sobrenatural. El primero te agota. El segundo te transforma.

La mayoría de los creyentes, si son honestos, viven mucho más del primer modo que del segundo. Se esfuerzan por su fe cristiana. Intentan ser mejores, orar más, pecar menos y servir con mayor fidelidad. Y muchas veces, terminan cansados, con sentimientos de culpa o ambas cosas. No porque su deseo sea erróneo —que no lo es—, sino porque se nutren de la fuente equivocada.

La fuente equivocada es el esfuerzo humano. La fuente correcta es la gracia.

Este capítulo trata sobre algo que parece sencillo, pero que en realidad supone una revolución en tu forma de vivir: lo que significa recurrir a la gracia de Dios no solo como un don único al momento de la salvación, sino como el combustible diario, práctico y constante para todo lo que haces. Se trata de aprender cómo es no solo creer en la gracia el domingo por la mañana, sino vivirla plenamente el lunes por la tarde: en el tráfico, en la sala de juntas, en una discusión, en el silencio.

La gracia no es solo un concepto teológico que hay que comprender; es una realidad divina que se experimenta cada día, en cada momento.

— Jerry Bridges

El cambio de mentalidad que lo cambia todo

Antes de hablar de cómo vivir en la gracia a diario, debemos abordar una suposición profundamente arraigada que impide a la mayoría de los creyentes experimentarla. Esta suposición es la siguiente: la provisión espiritual funciona como la provisión natural: llega en respuesta a nuestra necesidad.

En otras palabras, la mayoría de los cristianos creen inconscientemente que deben pedirle fuerza a Dios, y entonces la fuerza les llegará. Deben orar por paz, y entonces la paz llegará. Deben buscar provisión, y entonces Dios se la dará. Y si bien la oración y la búsqueda son absolutamente correctas y bíblicas, este enfoque pasa por alto algo asombroso que el Nuevo Testamento deja claro.

Ya se han tomado las medidas necesarias.

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.» — Efesios 1:3

¿Te diste cuenta del tiempo verbal? «Nos ha bendecido». Tiempo pasado. Acción completada. Dios, que existe fuera del tiempo y que ya ha visto cada momento de tu vida —cada prueba, cada tentación, cada época de dolor, cada obstáculo insuperable— ya ha provisto para todo. No estás esperando a que Él actúe. Él está esperando a que tú recibas.

Por eso Romanos 8:37 no dice que seremos más que vencedores. Dice que somos más que vencedores —en presente, en esta realidad actual— por medio de aquel que nos amó. La victoria no es algo por lo que luchamos; es algo que ya poseemos, si tan solo nos aferramos a ella.

Dios no se conmueve por la necesidad. Reflexiona sobre esto por un momento... Si Dios se conmoviera por la necesidad, quienes más lo necesitan en el mundo ya no tendrían ninguna necesidad; Dios proveería para ella. Pero no lo hace. ¿Por qué? Porque ya ha provisto; ahora nos corresponde a nosotros recibir, por fe y mediante su gracia, lo que Él nos ha provisto y sentir compasión para ayudar a los necesitados.

Esto puede sonar cruel e incluso contrario a tus creencias, pero no lo es. Así es como Dios, en su soberanía, ha establecido el Reino de Dios. Dios no se mueve por la necesidad; se mueve por la fe, y nosotros (los cristianos/la Iglesia) debemos ser movidos por la compasión.

El mundo secular tiene, por supuesto, sus propias respuestas a las dificultades de la vida. La industria dice: «Sácale provecho». La filosofía dice: «Resuelve con la mente». La política dice: «Legisla para salir adelante». El dinero dice: «Compra para salir adelante». Y si bien el ingenio humano tiene su lugar, ninguno de estos enfoques puede satisfacer las necesidades más profundas del alma humana. Solo la gracia puede llegar tan lejos. Solo la gracia se ocupa de la raíz, no solo del fruto.

No somos salvados por gracia para luego ser abandonados a nuestra suerte. La misma gracia que nos rescata en el momento de la salvación nos sostiene en cada etapa del camino.

— **Timothy Keller**

Timothy Keller lo expresó maravillosamente cuando observó que la gracia no es el comienzo de una carrera de relevos que luego debemos terminar por nuestros propios medios. Es el oxígeno que respiramos durante todo el recorrido. En el momento en que dejamos de recibirlo, dejamos de correr bien.

El cambio de mentalidad, entonces, es este: deja de intentar generar lo que Dios ya ha provisto. La pregunta no es: "¿Cómo puedo obtener más de Dios?", sino: "¿Cómo puedo abrir mis manos a lo que Él ya ha puesto a mi alcance?".

Gracia para el momento presente

En el cristianismo evangélico, es fácil hablar de la gracia principalmente en pasado. La gracia me salvó. La gracia me perdonó. La gracia me rescató del abismo. Y todo eso es

gloriosamente cierto. Pero el Nuevo Testamento insiste en que la gracia es también una realidad muy presente.

Colosenses 1:13 nos dice que, por medio de Cristo, hemos sido trasladados —en tiempo pasado— del dominio de las tinieblas al reino de su amado Hijo. Ese rescate no fue meramente legal ni posicional; fue real y personal. Pero la misma gracia que te sacó de las tinieblas es la gracia que guía tus pasos en la luz hoy.

Romanos 8:2 anuncia que la ley del Espíritu de vida te ha liberado en Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte. Esa libertad no es una aspiración futura, sino tu situación actual en el ámbito espiritual. Has sido liberado. Las cadenas se han roto. La pregunta es si estás viviendo esa libertad o si, por costumbre, vuelves a la prisión porque te resulta familiar.

Muchos cristianos viven muy por debajo de sus posibilidades. Saben que la gracia los ha perdonado. Pero aún no han aprendido que la gracia los fortalecerá, hoy, en esta situación, en este momento de necesidad.

— **John Piper**

John Piper ha hablado con gran elocuencia sobre la tragedia de los creyentes que viven por debajo de su herencia. Han recibido un derecho de nacimiento real y están buscando migajas. Han recibido las llaves del tesoro y están contando hasta el último centavo. La tragedia no radica en que Dios les haya negado algo, sino en que aún no han aprendido a recibirlo.

¿Cómo se manifiesta la gracia en el presente, en la práctica? Se manifiesta como una paz genuina en circunstancias que no tienen una explicación natural para la paz. Se manifiesta como paciencia

con una persona difícil, no por haber reunido una fuerza de voluntad extraordinaria, sino porque el Espíritu Santo está produciendo en ti un fruto que tú mismo no podrías producir. Se manifiesta como sabiduría en un momento de crisis: una palabra dicha o callada en el momento preciso. Se manifiesta como generosidad que fluye naturalmente de un corazón que ha recibido generosidad. Se manifiesta como alegría que coexiste con el dolor, fortaleza que coexiste con la debilidad y esperanza que coexiste con la incertidumbre.

Esta es la gracia de Dios, activa y presente, que obra en y a través de los creyentes comunes en medio de días ordinarios —y extraordinariamente difíciles—.

Ocho señales de una vida llena de gracia

¿Cómo se manifiesta en el día a día la vida bajo la influencia de la gracia de Dios? Aquí presentamos ocho características prácticas y bíblicas de una vida marcada por la gracia. No se trata de pasos para ganarse la gracia, sino del fruto natural de una vida que la ha recibido.

1. Descansa en lo que ya está hecho.

La primera señal de una vida llena de gracia es una serenidad profunda, no pereza, sino la quietud de quien no se esfuerza por ganar lo que ya tiene. Hebreos 4:10 describe esto como entrar en el reposo de Dios, cesando de las propias obras, así como Dios descansó de las suyas. El creyente que ha comprendido la gracia no se arrastra cada día desesperadamente tratando de ser suficiente. Trabaja, sirve y se esfuerza, pero desde la seguridad, no desde el miedo. Su esfuerzo es fruto de la gratitud, no del trabajo frenético de quien busca la aprobación.

2. Perdonas con facilidad y frecuencia.

Uno de los indicadores más claros de que alguien ha recibido la gracia de Dios es que la extiende. Colosenses 3:13 nos dice que nos perdonemos unos a otros como el Señor nos ha perdonado, y el estándar allí es asombroso. ¿Cómo te ha perdonado el Señor? Completamente. Inmediatamente. Sin condiciones. Sin reproches. Sin llevar un registro. Ese es el estándar al que estamos llamados, y solo es posible para alguien que ha experimentado una transformación profunda al perdonar. La gracia recibida siempre se convierte en gracia extendida. Cuando nos cuesta perdonar, suele ser señal de que aún no hemos comprendido del todo cuánto hemos sido perdonados.

3. Vives con auténtica humildad.

El orgullo es el gran enemigo de la gracia, como vimos en el capítulo anterior. La humildad es su contraparte natural. La persona llena de gracia tiene una autoevaluación serena y honesta, no falsamente modesta, sino genuinamente consciente de que todo lo bueno en su vida es un don. Esto produce una libertad que el orgullo jamás podrá brindar. Cuando uno deja de intentar impresionar a nadie, se vuelve extrañamente libre. Se pueden celebrar los éxitos ajenos sin envidia. Se pueden recibir correcciones sin ponerse a la defensiva. Se puede servir discretamente sin necesidad de reconocimiento. La humildad, arraigada en la gracia, es una de las fuerzas más atractivas y poderosas que un creyente puede poseer.

4. Dices palabras que edifican

Colosenses 4:6 nos instruye a que nuestro hablar sea siempre amable y lleno de gracia. La manera en que una persona habla revela lo que hay en su corazón. Una vida llena de gracia transforma no solo nuestras acciones, sino también nuestras palabras: cómo hablamos mal de los demás a sus espaldas, cómo reaccionamos cuando nos lastiman, cómo les hablamos a nuestros hijos cuando la paciencia se

agota, cómo nos dirigimos a aquellos con quienes no estamos de acuerdo. Un lenguaje lleno de gracia edifica en lugar de destruir, anima en lugar de menospreciar, dice la verdad con amor. Es una de las maneras más prácticas e inmediatas en que la transformación interior se hace visible al mundo.

5. Das con generosidad y alegría.

La gracia, por naturaleza, se proyecta hacia afuera. Nunca termina en quien la recibe. Segunda de Corintios 9:8 promete que Dios tiene el poder de hacer que toda gracia abunde en ti, de modo que en todo tiempo y en toda circunstancia, teniendo todo lo que necesitas, abundes en toda buena obra. La gracia que fluye en tu vida está destinada a fluir a través de ti y hacia la vida de los demás. Esto significa generosidad con el dinero, sí, pero también generosidad con el tiempo, con la atención, con la bondad, con las segundas oportunidades. El creyente lleno de gracia no es un depósito, sino un río. Da porque ha recibido. Sirve porque ha sido servido. Se sacrifica porque Alguien se sacrificó todo por él.

6. Busca la paz, no la superioridad.

Romanos 12:18 dice: «En cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos». La persona llena de gracia no busca ganar discusiones ni demostrar su punto de vista. Entiende que las relaciones, incluso las difíciles, son espacios donde se puede demostrar la gracia. Busca la reconciliación. Pide disculpas cuando se equivoca. Escucha antes de hablar. Trata con dignidad y respeto incluso a quienes no están de acuerdo con ella. En una cultura cada vez más marcada por el desprecio y la hostilidad tribal, esta cualidad destaca como una luz en la oscuridad.

7. Confías en el tiempo y el proceso de Dios.

Vivir con gracia requiere renunciar a la ilusión de control. Cuando creemos sinceramente que Dios obra en nosotros y a través de nosotros —que quien comenzó la buena obra en nosotros la perfeccionará (Filipenses 1:6)— podemos dejar de aferrarnos con uñas y dientes a cada resultado. Podemos ser pacientes con nosotros mismos cuando el crecimiento es lento. Podemos ser pacientes con los demás cuando nos decepcionan. Podemos esperar el tiempo de Dios para recibir aquello que anhelamos, confiando en que sus demoras no son negaciones. Este tipo de confianza paciente solo es posible cuando la gracia ha obrado en lo más profundo del corazón.

8. Reflejas a Cristo para quienes te rodean.

En última instancia, vivir lleno de gracia es la semejanza a Cristo hecha visible. Jesús fue la encarnación perfecta de la gracia: lleno de gracia y verdad, como declara Juan 1:14. Tocó a los intocables. Acogió a los marginados. Perdonó lo imperdonable. Sirvió a los que no lo merecían. A medida que su gracia obra en nosotros, nos volvemos, gradual e imperfectamente, pero genuinamente, más semejantes a él. La gente comienza a ver en nosotros algo que no puede explicar del todo: paciencia, paz, generosidad, una alegría que no parece provenir de circunstancias favorables. Lo que ven es la gracia en acción. Y la gracia, manifestada en la vida cotidiana, es uno de los testimonios más poderosos que la iglesia tiene para ofrecer al mundo.

El Espíritu Santo: Tu aliado de gracia para el día a día.

Ningún capítulo sobre cómo vivir la gracia en la vida diaria estaría completo sin un análisis profundo del papel del Espíritu Santo. Porque esta es la verdad: no se puede vivir la vida descrita anteriormente solo con fuerza de voluntad o buenas intenciones.

Ninguna cantidad de autodisciplina producirá perdón genuino, humildad auténtica ni gozo duradero. Estos no son frutos del esfuerzo humano; son frutos del Espíritu (Gálatas 5:22-23). Y esa distinción es de suma importancia.

El Espíritu Santo no es una fuerza distante e impersonal. Es la tercera persona de la Trinidad: personal, activo, presente y profundamente práctico. Romanos 8:14 nos dice que quienes son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. El liderazgo implica relación. Implica atención. Implica una interacción dinámica y constante entre quien lidera y quien sigue.

El Espíritu Santo no es un visitante ocasional en la vida del creyente. Ha tomado residencia permanente y vino para quedarse.

— **Charles Stanley**

Bajo el Antiguo Pacto, la presencia del Espíritu era selectiva y a menudo temporal. Venía a Sansón para darle fuerza sobrenatural y luego se marchaba. Ungió a David para reinar y, como David temía, podía serle arrebatado (Salmo 51:11). La obra del Espíritu era real, pero condicional y externa. Era, como alguien lo expresó, más como un alquiler que como una compra.

El Nuevo Pacto lo cambia todo. Bajo el Nuevo Pacto, el Espíritu Santo mora permanentemente en cada creyente. Romanos 8:9 es explícito: si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. Esto significa que la vida llena del Espíritu no es una mejora avanzada u opcional para creyentes sumamente espirituales, sino que es el plan de Dios para cada uno de sus hijos. A cada creyente se le ha dado el mismo Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos (Romanos

8:11). Ese es el poder que está disponible para ti ahora mismo, en tu vida cotidiana.

Pero, ¿cómo se manifiesta realmente la obra del Espíritu un martes por la mañana? Aquí es donde muchos cristianos se pierden, pues solemos pensar en la obra del Espíritu en términos dramáticos: sanaciones, visiones, conversiones poderosas. Y si bien el Espíritu ciertamente obra de esas maneras, su obra más constante es mucho más discreta y personal.

En una conversación que está a punto de desviarse, Él te da la frase que trae paz. En un momento de impaciencia como padre o madre, Él te da la serenidad necesaria para responder con gentileza en lugar de enojo. En un momento de dolor profundo, Él trae una paz que sobrepasa todo entendimiento, tal como lo prometió (Filipenses 4:7). En un tiempo de confusión, Él te guía, no siempre con una voz dramática, sino con una claridad interior serena y constante. Estas pequeñas intervenciones diarias son la gracia de Dios entregada por su Espíritu. No son espectaculares, pero son transformadoras.

La vida llena del Espíritu no es una edición especial de lujo del cristianismo. Es la única edición que Dios diseñó.

— **AW Tozer**

La contundente valoración de AW Tozer dismantela la falsa jerarquía que muchas iglesias han creado entre cristianos «ordinarios» y «llenos del Espíritu». Todo creyente posee el Espíritu. La cuestión no radica en la posesión, sino en la cooperación.

Cómo cooperar con el Espíritu Santo

No puedes obligar al Espíritu a moverse, ni necesitas hacerlo. Él ya se está moviendo. Lo que sí puedes hacer es cultivar un ambiente interior donde sus movimientos fluyan libremente y donde tu sensibilidad hacia Él se agudice. Piensa en esto no como obligaciones, sino como prácticas: ritmos del corazón que te mantienen en sintonía con lo que el Espíritu ya está haciendo.

La oración: El lenguaje de la dependencia

La oración no se trata principalmente de cambiar la voluntad de Dios, sino de alinear nuestra voluntad con la suya y mantener la conexión a través de la cual fluye la gracia. Quien ora con constancia reconoce continuamente que necesita lo que solo Dios puede proveer. Esa actitud de necesidad es, en sí misma, el terreno fértil donde crece la gracia. Haz de la oración menos un deber religioso formal y más una conversación constante: por la mañana, durante el trayecto al trabajo, en la pausa antes de una conversación difícil. Háblale a Dios como le hablarías a la persona más confiable que conoces, porque Él lo es.

Escritura: La Palabra que Transforma la Mente

Romanos 12:2 nos llama a ser transformados mediante la renovación de la mente. La palabra griega para transformado aquí es *metamorphoo*, la misma raíz que metamorfosis. La intención de Dios es una transformación estructural completa de tu manera de pensar, y el principal instrumento que usa para esto es su Palabra. Cuando te sumerges en las Escrituras, no solo estás recopilando información; estás permitiendo que el Espíritu reorganice tus patrones de pensamiento, reemplace las mentiras con la verdad y expanda tu capacidad para percibir lo que Dios está haciendo a tu

alrededor. La Palabra de Dios es, como la llama Hechos 20:32, la palabra de su gracia, y tiene el poder de edificarte.

Obediencia: El paso que libera el poder

Uno de los patrones más consistentes que se demuestran en las Escrituras es este: el Espíritu Santo libera su poder en el momento en que el creyente da un paso de fe. Cuando Josué guió a Israel al río Jordán, las aguas no se separaron mientras los sacerdotes estaban en la orilla debatiendo la teología de la situación. Las aguas se separaron cuando los sacerdotes pusieron sus pies en el río (Josué 3:15-16). La obediencia precedió al milagro. Lo mismo sucede en tu vida. No esperas a sentirte fuerte, valiente o espiritualmente preparado para obedecer. Actúas en obediencia, y el poder te acompaña en esa acción. Así se forma el carácter, y así se experimenta la gracia: no en la espera, sino en el caminar.

Comunidad: La gracia se hace visible en las relaciones.

La vida cristiana nunca fue concebida para vivirse en aislamiento. Hebreos 10:24-25 nos exhorta a no dejar de congregarnos, sino a animarnos unos a otros al amor y a las buenas obras. La iglesia local, imperfecta como siempre, es uno de los principales instrumentos que Dios utiliza para impartir gracia a la vida humana. En comunidad, somos vistos. Somos responsables. Somos servidos y servimos. Recibimos gracia de quienes no nos conocen del todo, y extendemos gracia a quienes no la merecen plenamente; en ambos casos, practicamos lo mismo que Dios practica con nosotros cada día.

La comunidad es el lugar donde siempre vive la persona con la que menos quieres convivir. Y es precisamente allí donde la gracia se pone a prueba.

— Dietrich Bonhoeffer

Dietrich Bonhoeffer, quien comprendió la comunidad en el crisol del gran sufrimiento, sabía que es en la fricción de las relaciones reales donde la gracia se demuestra o se revela como teórica. La medida más precisa de nuestra gracia no se encuentra en un servicio religioso, sino en un desacuerdo con alguien con quien tenemos dificultades.

La transformación en tres partes

Vivir una vida de gracia no es pasivo. Requiere una participación activa en el proceso que Dios ha diseñado para tu crecimiento. Pablo describe este proceso con notable claridad en Efesios 4:22-24, y vale la pena examinarlo detenidamente, ya que traza el camino práctico hacia la transformación.

Primero, dice Pablo, debes despojarte del viejo yo, de tu antigua forma de vida, corrompida por deseos engañosos. Esto es un acto de voluntad. Significa elegir, repetidamente y a veces con dolor, abandonar patrones de pensamiento, habla y comportamiento propios de la persona que eras antes de que la gracia te encontrara. Significa no alimentar aquello que intentas destruir. Significa tomar decisiones que a veces son contrarias a la cultura dominante, falsas y contrarias a tu naturaleza humana. Esto no es ganarse la gracia; es cooperar con lo que la gracia ya está haciendo.

En segundo lugar, debes renovar tu espíritu (Romanos 12:2). Aquí es donde la Palabra y la oración obran profundamente. La transformación no comienza con la conducta, sino con la fe. La oruga no se convierte en mariposa por esforzarse más en volar. Algo estructural debe cambiar, algo en su esencia misma. Eso es lo que Dios busca en ti. No solo intenta mejorar tu conducta, sino que

renueva tu mente, reemplazando viejas creencias con la verdad de quién eres en Cristo.

En tercer lugar, debes revestirte del nuevo ser, desarrollando nuevos hábitos piadosos que expresen el carácter de Cristo. Tu carácter, en esencia, es la suma de tus acciones constantes. Los hábitos de gracia —practicar el perdón, elegir la humildad, hablar con generosidad, servir a los demás— gradualmente forman a una persona que realiza estas acciones no como actos de disciplina, sino como expresiones de su naturaleza. Este es el objetivo: no ser un cristiano que se esfuerza por ser como Cristo, sino un cristiano que realmente se está volviendo semejante a Cristo desde adentro hacia afuera.

Somos peregrinos, no vagabundos.

Cabe destacar una distinción importante. Un extraño es alguien que está lejos de casa. Un vagabundo no tiene hogar. Pero un peregrino, un peregrino, es alguien que está de camino a casa.

Eso es lo que somos. Este mundo no es nuestro destino final. Estamos de paso, y mientras lo transitamos, estamos llamados a demostrar la gracia de Dios a todos los que encontremos en el camino. Nuestras vidas están destinadas a ser un anticipo de cómo será el reino de Dios: una muestra del mundo que vendrá, donde la gracia no será un fenómeno contracultural, sino simplemente el aire que todos respiramos.

Nuestra manera de vivir, perdonar, dar, hablar y amar es una prueba irrefutable de la gracia de Dios o una contradicción confusa de ella. Hay mucho en juego. Pero los recursos también son abundantes. Todo lo que necesitas para vivir de esta manera ya te ha sido provisto. La gracia está ahí. El Espíritu está presente. La Palabra está disponible. El trono de la gracia está abierto.

No hace falta ser extraordinario para demostrar la gracia de Dios. Simplemente hay que estar disponible, dispuesto a dejar que lo que Él ha puesto en ti se manifieste en quienes te rodean.

— **Max Lucado**

Max Lucado, quien ha dedicado su vida a escribir sobre las dimensiones prácticas del amor y la gracia de Dios, suele retomar este tema: la sencillez de quienes son instrumentos a través de los cuales se manifiesta la gracia. Dios no espera a que personas extraordinarias realicen obras extraordinarias. Él obra a través de creyentes comunes que simplemente han decidido dejar de confiar en sí mismos y empezar a confiar en Él.

Reflexiones finales:

Una bendición para la mañana del lunes

Los domingos por la mañana son relativamente tranquilos. La música es inspiradora. La comunidad es cálida. El mensaje es alentador. Grace se siente cercana, real y accesible. El desafío —el verdadero desafío— es el lunes por la mañana. El martes por la tarde. El momento de las 11 de la noche en que la ansiedad vuelve a aparecer y solo ves los fracasos del día.

Aquí es donde debe residir la gracia para que tenga algún significado. No solo en el santuario, sino también en la lucha. No solo en los momentos de plenitud, sino también en los difíciles. No solo cuando uno se siente espiritual, sino también cuando se siente completamente ordinario.

Y la asombrosa promesa de las Escrituras es que la gracia está disponible precisamente para nosotros. No se concede solo en los buenos tiempos ni se reserva para quienes tienen todo bajo control.

Se otorga, en abundancia, a los humildes, a aquellos que saben que la necesitan y han dejado de fingir lo contrario.

No tienes que esforzarte al máximo en esta vida. No tienes que fabricar lo que solo Dios puede proveer. No tienes que recurrir a tus propios recursos cuando los recursos del cielo están a tu disposición.

La gracia de Dios no es un concepto de domingo. Es una realidad de lunes.

Es un salvavidas para el martes.

Es el poder que te encuentra en medio del miércoles más ordinario, insignificante y difícil de tu vida y te susurra: Ya he previsto esto. No estás solo. Mi gracia es suficiente.

Verdades clave de este capítulo

- La gracia de Dios no es solo un don del pasado, sino un poder presente y activo disponible cada día.
- El cambio de mentalidad, de esforzarse a recibir, es la base de una vida llena de gracia.
- El Espíritu Santo mora permanentemente en cada creyente, brindando gracia para cada momento ordinario.
- La oración, las Escrituras, la obediencia y la comunidad son los ritmos que nos abren a la obra del Espíritu.
- La gracia recibida siempre se convierte en gracia extendida: en perdón, generosidad, humildad y servicio.
- La transformación se produce al dejar atrás lo viejo, renovar la mente y adoptar lo nuevo.

CAPÍTULO DOCE

La asombrosa gracia de Dios

La historia detrás del himno más famoso del mundo.

¡Gracia asombrosa! Qué dulce sonido

¡Eso salvó a un miserable como yo!

*Una vez estuve perdido, pero ahora me he encontrado;
era ciego, pero ahora veo.*

Imagínate estar en la cubierta de un barco en 1748, con el océano Atlántico engulléndote todo a tu alrededor. Las velas están hechas jirones. El casco se resquebraja bajo la fuerza de una tormenta brutal. La carga —seres humanos hacinados bajo cubierta— grita de terror. Y tú, el hombre responsable de todo, caes de rodillas y clamas a un Dios en el que no estás seguro de creer.

Ahí es donde nació “Amazing Grace”.

No nació en una iglesia. No en un seminario. No en un momento de tranquila reflexión dominical. Nació en medio de una tormenta furiosa, en el corazón de un hombre destrozado que había vivido una vida de la que la mayoría de nosotros nos avergonzaríamos de hablar en voz baja. Y, sin embargo, de esa oscuridad surgió el himno cristiano más querido jamás escrito: una canción que ha resonado a través de los siglos, los continentes y un sinnúmero de corazones humanos.

Antes de poder comprender verdaderamente por qué la gracia es maravillosa, es necesario comprender al hombre que la denominó así por primera vez.

El miserable que escribió el himno

John Newton nació en Londres en 1725, hijo de un capitán de barco mercante que solía estar de viaje durante dos o tres años seguidos.

Cuando John tenía solo siete años, su madre murió de tuberculosis y el pequeño quedó al cuidado de amigos de la familia que le brindaron un cariño y una calidez genuinos. Sin embargo, cuando su padre volvió a casarse, John fue enviado a un internado, una ruptura fría y abrupta con la única estabilidad que había conocido.

Su juventud fue un torbellino de confusión religiosa. Su padre había sido educado como católico por los jesuitas en España; su madre era una cristiana inconformista que rechazaba la formalidad litúrgica de la Iglesia de Inglaterra. Newton creció espiritualmente a la deriva, sin un ancla de fe ni fundamentos de disciplina moral. El resultado era predecible: un joven que iba a la deriva sin rumbo fijo, generalmente hacia los problemas.

Y los problemas lo encontraron.

Cayó de un caballo, esquivando por poco una hilera de estacas afiladas que lo habrían atravesado. Llegó demasiado tarde para abordar una pequeña embarcación que transportaba a sus compañeros a visitar un buque de guerra, y presencié desde la orilla cómo el barco zozobraba y todos los hombres a bordo se ahogaban. En una noche sin luna, durante una expedición de caza en África, él y sus compañeros se perdieron en un pantano y se resignaron a la muerte, hasta que la luna se abrió paso entre las nubes y los guió de regreso a casa. Las experiencias cercanas a la muerte no fueron la excepción en la vida de Newton. Fueron un tema recurrente.

Pero ninguna de estas muestras de compasión logró conmoverlo. Atraído por las enormes ganancias del comercio transatlántico de esclavos, Newton se dedicó a transportar hombres, mujeres y niños africanos esclavizados a través del océano. Según su propia confesión posterior, fue cómplice de uno de los mayores males de la historia de la humanidad. También era, según su propio relato, un

hombre de moral vulgar, lenguaje profano y profunda ceguera espiritual.

Luego llegó la tormenta.

No puedo considerarme un creyente en el sentido pleno de la palabra hasta mucho tiempo después de mi conversión... Era como un hombre que se recupera de una enfermedad peligrosa, pero que aún tarda mucho en recuperar la salud por completo.

— John Newton, de sus cartas personales

El 21 de marzo de 1748, el barco en el que viajaba Newton se topó con una violenta tormenta en el Atlántico Norte. El agua inundó las cubiertas. La embarcación comenzó a desintegrarse. Los hombres cayeron por la borda. Newton, aterrorizado y desesperado, clamó a Dios, no por una profunda convicción teológica, sino por una impotencia absoluta. Algo cambió en él aquella noche. Más tarde, lo describió como el momento en que comenzó a ver.

No abandonó de inmediato el comercio de esclavos. El despertar fue gradual, como suele ocurrir con las verdaderas transformaciones. Pero a lo largo de los años siguientes, la gracia que encontró en medio de aquella tormenta se fue arraigando cada vez más en su conciencia, hasta que ya no pudo ignorar aquello de lo que había formado parte. Finalmente, renunció por completo a la esclavitud, se ordenó ministro de la Iglesia de Inglaterra y pasó el resto de su vida en Olney, Inglaterra, predicando, visitando a los enfermos y componiendo himnos.

Uno de esos himnos fue «Amazing Grace», compuesto en 1772, inspirado en un sermón de Año Nuevo sobre 1 Crónicas 17, donde el rey David se maravilla de la bondad que Dios le mostró. Ese himno ha perdurado más que todos los sermones que Newton

predicó, todos los folletos que escribió y todos los monumentos terrenales erigidos en su nombre.

Por qué Grace es asombrosa

He aquí una pregunta que merece reflexión: ¿Por qué este himno sigue conmoviendo hasta las lágrimas? ¿Por qué se canta en catedrales y capillas de prisiones, en funerales de Estado y en reuniones religiosas en zonas rurales? ¿Por qué una canción escrita por un comerciante de esclavos inglés del siglo XVIII resuena en el corazón del siglo XXI?

Porque la necesidad humana que satisface nunca ha cambiado. Todos somos, de alguna forma, seres miserables que necesitamos la gracia.

Puede que no hayas traficado con personas. Pero en la economía de Dios, el pecado es pecado. El chismoso hipócrita y el criminal violento se encuentran igualmente desamparados ante un Dios santo. El feligrés de los suburbios, con su orgullo silencioso, y el delincuente callejero necesitan igualmente la misericordia que no pueden ganarse. Esa es la escandalosa verdad que subyace en el evangelio, y es la verdad que hacía llorar a Newton cada vez que pensaba en ella.

La gracia no es simplemente indulgencia cuando hemos pecado. La gracia es el don de Dios que nos capacita para no pecar. La gracia es poder, no solo perdón.

— John Piper, **Gracia futura**

El propio Newton lo comprendió. Hacia el final de su larga vida, cuando su memoria se desvanecía y sus fuerzas flaqueaban, solía decir: «Mi memoria casi se ha ido, pero recuerdo dos cosas: soy un gran pecador y Cristo es un gran Salvador». Esa frase —esos dos

pilares de la experiencia humana— resume toda la teología de «Gracia asombrosa» en veintiún palabras.

El himno nos ofrece cuatro dimensiones fundamentales de la gracia de Dios. Tomadas de las estrofas del propio Newton, conforman un marco para comprender por qué esta gracia no es simplemente adecuada, aceptable o incluso generosa, sino que es la razón por la que es asombrosa.

1. La profundidad de la gracia: ¿hasta dónde llega?

¡Gracia asombrosa! Qué dulce sonido

¡Eso salvó a un miserable como yo!

Una vez estuve perdido, pero ahora me he encontrado;

era ciego, pero ahora veo.

Para Newton, la palabra «desdichado» no era un drama poético. Era biografía. Se había mirado en el espejo de su propia alma y había visto la ruina de un hombre que había participado en una maldad indescriptible, que había malgastado las muchas misericordias de Dios, que había vivido como si la eternidad fuera un cuento de hadas. Cuando escribió «desdichado», lo decía en serio.

Y aquí reside lo asombroso: la gracia lo alcanzó de todos modos. Esa es su profundidad. No se queda en la superficie, accesible solo a aquellos cuyos pecados son modestos y manejables. Se hunde hasta lo más profundo: hasta la adicción más arraigada, el secreto más vergonzoso, el orgullo más anquilosado, el fracaso más persistente. Pablo lo declaró claramente: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).

*El evangelio no es un llamado a personas
moralmente puras. Es un llamado a personas
moralmente quebrantadas que lo saben. —*

Timothy Keller, El Dios Pródigo

Esto es lo que distingue al cristianismo de cualquier otro sistema religioso en el mundo. Todos los demás sistemas dicen: «Mejora, luego acércate a Dios». El evangelio dice: «Ven tal como eres —quebrantado, culpable, vacío— y observa lo que la gracia puede hacer». La profundidad de la gracia no es una licencia para pecar imprudentemente. Es una invitación a acercarse con sinceridad, sin importar cuán lejos hayas caído.

Detente y pregúntate: ¿Qué es lo que crees que te descalifica del amor de Dios? ¿El matrimonio que fracasó? ¿La adicción de la que no puedes librarte? ¿La ira que ha dañado a todos a tu alrededor? ¿Los años de ateísmo silencioso? Sea lo que sea, la gracia va más allá. Siempre ha sido así.

2. La plenitud de la gracia: ¿hasta dónde nos eleva?

*Fue la gracia la que enseñó a mi corazón a temer,
Y la gracia alivió mis temores; ¡Cuán preciosa me pareció esa
gracia la hora en que creí por primera vez!*

Uno de los aspectos más ignorados de la gracia de Dios es que realiza dos cosas aparentemente contradictorias simultáneamente. Primero, nos enseña a temer, no un temor paralizante y aterrizado, sino el reconocimiento reverente y consciente de lo que realmente es el pecado y su verdadero precio. Segundo, alivia ese temor, reemplazándolo con una paz que sobrepasa todo entendimiento.

Newton experimentó ambas cosas. Durante años, permaneció insensible al horror de sus actos. Fue la gracia de Dios la que rompió esa insensibilidad y le permitió ver la trata de esclavos —y su propia participación en ella— con ojos claros y horrorizados. Y fue también la gracia de Dios la que no lo dejó aplastado bajo ese peso, sino que lo elevó hacia el perdón, la restauración y un nuevo propósito.

Pablo describe este doble movimiento de la gracia en Tito 2:11-14, explicando que la gracia de Dios «nos instruye a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos», al tiempo que nos señala «la bienaventurada esperanza» del regreso de Cristo. La gracia no ignora nuestro pecado; lo confronta. Y luego nos eleva por encima de él.

Esto es la máxima expresión de la gracia: transforma a un traficante de esclavos en abolicionista; a un perseguidor de cristianos en el misionero más grande de la historia; a un pescador de carácter irascible en quien se edifica una iglesia. El poder transformador de la gracia en una vida humana entregada es asombroso.

3. La amplitud de la gracia: ¿hasta dónde llega?

*A través de muchos peligros, trabajos y trampas
Ya he llegado;
es la gracia la que me ha traído a salvo hasta aquí,
y la gracia me guiará a casa.*

Newton no escribía metáforas cuando escribió «peligros, trabajos y trampas». Escribía unas memorias. Las tormentas. El pantano. La malaria. Los momentos en que casi fueron empalados. Los años de compromisos morales. Las décadas de lucha espiritual. Cada verso de esa estrofa estaba forjado a partir de una experiencia real.

Su conclusión fue esta: la gracia estuvo presente en todo momento. No solo en el instante de la conversión, sino también en cada adversidad posterior. Esta es una verdad que la iglesia suele subestimar: la gracia de Dios no solo nos permite entrar, sino que nos sostiene durante todo el proceso.

No somos sostenidos por nuestra fe en Dios, sino por la fe que Dios tiene en nosotros. Esa es la amplitud de su gracia: llega a cada rincón de nuestras vidas, a cada estación, a cada adversidad.

— **Charles Spurgeon, Mañana y tarde**

Pablo comprendió esto cuando escribió desde una prisión romana: «Mi Dios suplirá todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). No solo algunas necesidades, ni las espirituales, sino todas. Y cuando Pablo le rogó a Dios tres veces que le quitara una dolorosa espina de la carne, la respuesta que recibió no fue la sanación, sino algo mejor: «Mi gracia os basta, porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

La amplitud de la gracia abarca todas las circunstancias de tu vida, no solo el estado de tu alma. Se extiende a tu matrimonio, tus finanzas, tu salud, tu dolor, tu soledad, tu miedo. Ninguna trampa es lo suficientemente grande como para atraparte fuera del alcance de la mano de Dios. Ningún peligro es lo suficientemente feroz como para separarte de su amor.

4. La duración de la gracia: ¿Cuánto tiempo dura?

*Cuando hayamos estado allí diez mil años,
Brillantes como el sol,
no tenemos menos días para cantar las alabanzas de Dios
que cuando empezamos.*

La estrofa final de «Amazing Grace» toma tu imaginación y la lanza a la eternidad. Diez mil años. Y sigue cantando. Y aún, de alguna manera, con no menos días por delante que cuando todo comenzó. Esto no es poesía que se esfuerza por describir algo. Esto es la mente humana rompiendo contra la orilla de la gracia infinita y simplemente declarando: nunca termina.

Newton no escribió este último verso. Fue añadido posteriormente por una mano anónima, basándose en su himno «Jerusalén, mi feliz hogar». Pero refleja a la perfección lo que Newton creía y predicaba: que la gracia que nos salva en esta vida nos acompañará en la siguiente, y en la siguiente, y para siempre.

*La eternidad no será suficiente para conocer todo lo
que Él es, ni para alabarle por todo lo que ha hecho,
pero eso no importa; porque siempre estaremos con
Él, y no deseamos nada más.*

— **Frederick Faber, compositor de himnos del siglo XIX**

Hay una estrofa del himno de Newton que rara vez aparece en nuestros himnarios, pero merece ser leída y conservada:

*La tierra pronto se disolverá como la nieve,
El sol se abstiene de brillar; pero Dios, que me llamó
aquí abajo, será mío para siempre.*

Todo se disolverá. Todo imperio caerá. Toda estrella acabará por apagarse. Pero la gracia de Dios —la gracia que penetró hasta lo más profundo del pecado humano y rescató a un traficante de esclavos destrozado— esa gracia no se disuelve. Es eterna, porque su fuente es eterna.

El hombre que no lo olvidaría

Más adelante en su vida, Newton se convirtió en una de las voces cristianas más influyentes del movimiento abolicionista. Escribió un panfleto público titulado «Reflexiones sobre la trata de esclavos africanos», en el que describía con dolorosa honestidad los horrores que había presenciado y en los que había participado, e instaba a la

nación británica a arrepentirse de dicha práctica. Su testimonio conmovió al Parlamento. Su voz tuvo peso precisamente porque era la voz de un hombre que había vivido esas atrocidades y que había cambiado.

Testificó ante el Parlamento en apoyo de los esfuerzos de William Wilberforce por abolir la esclavitud, y muchos historiadores consideran su confesión como uno de los catalizadores espirituales que finalmente condujeron a la Ley de Abolición del Comercio de Esclavos de 1807. Un desdichado, transformado por la gracia, ayudó a liberar a miles de otros desdichados de sus cadenas.

Eso es lo que hace la gracia. No solo te salva, sino que te envía.

Dios no desperdicia ninguna experiencia. Las mismas heridas que deja el pecado suelen ser las herramientas que Él utiliza para sanar a otros.
— **Joni Eareckson Tada, Un lugar de curación**

Cuatro grandes verdades que hacen que la gracia sea asombrosa.

La Biblia nos ofrece cuatro declaraciones contundentes sobre la gracia de Dios que nos ayudan a comprender por qué Newton la llamó "asombrosa" y por qué, si somos honestos, nosotros también la llamaremos así.

1. Es su amor incondicional.

La gracia no es una recompensa. No es una bonificación por buen comportamiento ni una compensación por esfuerzo moral. Es el derramamiento de un amor incondicional. Dios no te ama porque seas encantador/a. Te ama porque Él es amor. Esto significa que nada de lo que hagas puede hacer que te ame más, ni nada de lo que hayas hecho puede hacer que te ame menos. Eso no es permisividad. Esa es la naturaleza de la gracia.

2. Es el don gratuito de la salvación.

Pablo escribe en Efesios 2:8-9 que somos salvos «por gracia mediante la fe; y esto no procede de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras». Un don no se puede ganar. En el momento en que intentamos ganarlo, deja de ser un don y se convierte en un salario. La salvación no es un salario. Es un don, ofrecido gratuitamente, recibido por la fe y disponible para todo ser humano, independientemente de su pasado.

La gracia es la voluntad de Dios que lo inclina a conceder beneficios a quienes no los merecen. —

AW Tozer, El conocimiento de lo sagrado

3. Nunca se agota

No hay límites para la gracia. No hay restricciones diarias. No hay fronteras que te impidan recibirla. Pablo escribe: «Dios tiene poder para hacer que toda gracia abunde en ustedes, de manera que, teniendo siempre en todo lo necesario, abunden para toda buena obra» (2 Corintios 9:8). La palabra «abundancia» es clave. Este no es un Dios reacio ni tacaño. Él prodiga su gracia. La derrama. Y nunca se agota.

John Newton predicó esto durante todo su ministerio. Nunca superó el perdón recibido. Cuanto más vivía, más claramente comprendía la profunda salvación de la que había sido rescatado, y más abrumado se sentía por la inagotable misericordia que se había derramado sobre él. Su famosa declaración en su lecho de muerte no fue la resignación de un hombre que había olvidado, sino el asombro de un hombre que lo recordaba todo.

4. La gracia vino en persona.

Quizás la verdad más asombrosa de todas sea esta: la gracia no es simplemente una política divina ni una categoría teológica. La gracia es una persona. «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre

nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... Porque de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia» (Juan 1:14, 16).

Jesús no solo enseñó sobre la gracia, sino que la encarnó. Se acercó a los leprosos en lugar de alejarse de ellos. Habló con mujeres en público cuando la cultura lo prohibía. Compartió mesa con recaudadores de impuestos y pecadores. Perdonó a la mujer sorprendida en adulterio. Restauró a Pedro tras su negación. Oró por los hombres que lo clavaban en la cruz. Cada momento de su vida fue una demostración viviente de la asombrosa gracia encarnada.

Cristo no es solo el Mensajero de la gracia; Él es el medio de la gracia. No es simplemente el maestro del evangelio; Él es el evangelio. — C.S. Lewis, Cristianismo puro y simple (paráfrasis)

Una canción que nunca pasará de moda

«Amazing Grace» no es simplemente una hermosa pieza musical. Es un testimonio plasmado en una melodía. Es la historia de la ruina y la salvación de un hombre, contada con una música lo suficientemente sencilla para que la cante un niño y lo suficientemente profunda como para conmover hasta las lágrimas a un moribundo.

Hoy se canta en iglesias con vidrieras y en celdas de prisión con paredes de hormigón desnudo. Se interpreta en funerales de Estado y se susurra junto a las camas de los hospitales. Trasciende todas las fronteras culturales y confesionales porque la necesidad que aborda es universal: todos, a nuestra manera, estamos perdidos. Todos, en cierto sentido, estamos ciegos. Y todos —absolutamente todos— necesitamos la misma gracia que encontró a John Newton en un barco que se hundía en medio del océano Atlántico.

El himno termina con una visión de la eternidad: diez mil años dedicados a la adoración sin fin a la vista. Pero comienza donde comienza toda experiencia genuina de gracia: en el reconocimiento honesto y desesperado de la necesidad. Gracia admirable, qué dulce sonido. Que salvó a un miserable como yo.

Si alguna vez has escuchado ese sonido salvador —si la gracia alguna vez ha penetrado en la oscuridad de tu vida y te ha encontrado— entonces ya sabes por qué Newton lo llamó asombroso. Y si nunca lo has experimentado, este capítulo es tu invitación.

No hay tormenta demasiado feroz. No hay profundidad demasiado grande. No hay pecado demasiado antiguo. No hay corazón demasiado duro. La gracia de Dios —lo suficientemente profunda, lo suficientemente alta, lo suficientemente amplia, lo suficientemente larga como para alcanzarte incluso a ti— se sigue ofreciendo hoy.

Y sigue siendo asombroso.

*“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo,
que aunque Él era rico,
Pero por ti se hizo pobre,
para que, por medio de su pobreza, lleguéis a ser ricos.*

— 2 Corintios 8:9

CAPÍTULO FINAL

Vivir en la abundancia: Gracia sin límites, fe sin temor

No te ganaste tu primer aliento. No puedes ganarte el último. Y todo lo que hay entre medias —cada momento de perdón, cada oleada de fortaleza, cada segunda oportunidad que nunca mereciste— eso es gracia. La cuestión no es si Dios te la concede, sino si la vives.

Hemos recorrido un largo camino juntos en estas páginas. Hemos reflexionado sobre definiciones, rastreado pasajes bíblicos y confrontado algunas de las verdades más bellas —y a la vez más incomprensibles— de toda la teología cristiana. Y ahora llegamos al único destino que importa: no solo comprender la gracia, sino vivirla, cada día, con cada respiración.

Pero antes de terminar, permítanme hacerles una pregunta que tiene el poder de cambiarlo todo. No es una pregunta teológica. No es un cuestionario doctrinal. Es una pregunta profundamente personal:

¿Estás viviendo realmente como alguien a quien Dios le ha colmado de la gracia, o sigues intentando ganarte lo que ya te ha sido dado gratuitamente?

Esa pregunta es el eje central de este libro. Todo lo que hemos explorado —cada capítulo, cada versículo, cada distinción minuciosa— nos lleva a este momento de reflexión personal. Así

pues, antes de despedirnos, repasemos las grandes verdades que hemos descubierto y dejémosles un desafío digno del evangelio mismo.

Qué es la gracia

Seamos claros una última vez, porque la claridad aquí lo es todo.

La gracia —charis en griego— es el favor inmerecido, inalcanzable e infinito del Dios Todopoderoso, otorgado gratuitamente a quienes jamás podrían merecerla. No es una recompensa para los justos. No es un premio para los disciplinados. No es un beneficio para quienes llegaron temprano, se esforzaron más o pecaron menos. La gracia, en su expresión bíblica más pura, es Dios dándote lo que necesitas precisamente porque jamás podrías obtenerlo por ti mismo. Es Dios dándonos su poder y capacidad divinos para hacer lo que no podemos hacer con nuestras propias fuerzas y habilidades.

Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos dio vida juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados—. — Efesios 2:4–5, NVI

Fíjense en el momento preciso de ese versículo. Pablo no dice que Dios actuó cuando estábamos mejorando. No dice que la gracia se manifestó una vez que mostramos potencial. Dice que Dios se movió cuando estábamos muertos: espiritualmente sin vida, moralmente arruinados, completamente sin esperanza. Fue entonces cuando la gracia intervino. Esa es la naturaleza de lo que estamos viviendo. No se trata de la gracia de un maestro que le da puntos extra a un estudiante con dificultades. Se trata de la gracia de un Dios que infunde vida a los muertos.

La gracia no es un concepto teológico que se pueda guardar en un cuaderno mental. Es la esencia misma de la vida cristiana. Es el oxígeno de tu existencia espiritual. Entenderla erróneamente no es solo un error académico, sino que asfixia la capacidad de tu alma para florecer.

Lo que la gracia no es: Eliminando las falsificaciones

Puesto que hemos dedicado tanto tiempo en estas páginas a dismantelar distorsiones, repasémoslas una vez más, porque el enemigo no dejará de presentarlas.

La gracia no es una licencia para pecar. El apóstol Pablo anticipó este abuso de inmediato. Su respuesta no fue una corrección suave, sino un estruendo: «¿Qué diremos, pues? ¿Continuaremos pecando para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo podemos seguir viviendo en él?» (Romanos 6:1-2). Considerar la gracia como una autorización para pecar no es una comprensión más profunda de la gracia, sino una interpretación errónea y catastrófica de lo que el pecado nos hizo, de lo que Cristo hizo por nosotros y de a qué nos llama la gracia.

La gracia no es barata. Las palabras de Dietrich Bonhoeffer resuenan a través de las décadas: la gracia barata es la que nos concedemos a nosotros mismos. Es gracia sin arrepentimiento, sin la cruz, sin el Cristo vivo. Pero la gracia de Dios no es barata. Fue adquirida a un precio incalculable: la sangre, el sufrimiento y la muerte del Hijo eterno de Dios. Cuando llamas a la gracia «gratuita», jamás debes confundir «gratuita para ti» con «gratuita para Dios». A Él le costó todo.

La gracia no es lo mismo que la tolerancia. La gracia de Dios no pasa por alto el pecado, sino que lo enfrenta. Hay una gran diferencia entre un juez que mira hacia otro lado y un juez que paga la multa

personalmente. La gracia no es indiferencia divina ante tu condición moral, sino intervención divina en tu impotencia moral. La gracia no dice: «No importa», sino: «Importa tanto que yo mismo asumiré el costo».

La gracia no se gana mediante el esfuerzo religioso. Esta podría ser la distorsión más extendida en la iglesia moderna. Innumerables creyentes viven en un estado de ansiedad espiritual latente —trabajando, esforzándose, midiendo, comparando— como si su posición ante Dios dependiera de la constancia de su tiempo de oración. Pero Pablo es inequívoco: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). Tus obras son el fruto de la salvación, nunca su raíz.

Gracia y misericordia: dos caras de la misma moneda divina.

Una de las distinciones más esclarecedoras que exploramos en este libro es la diferencia entre gracia y misericordia: dos atributos estrechamente relacionados pero profundamente distintos en su orientación.

Merced *¿Acaso Dios no te está dando lo que mereces?*

Gracia *¿Te está dando Dios lo que nunca podrías merecer?*

La misericordia retiene el juicio que merecías. La gracia te otorga la bendición que jamás podrías recibir. En la cruz, ambas actuaron simultáneamente en perfecta armonía divina. La ira que debía caer sobre ti, la misericordia la contuvo. La justicia de Cristo que ahora te cubre, la gracia la derramó. No solo escapaste del castigo, sino que recibiste una herencia. Ese es el asombroso doble don que Dios obró en el Calvario.

No subestimes ninguna de las dos. Cuando te encuentras postrado en el fracaso, es la misericordia la que te dice: «No te destruiré». Y es la gracia la que te toma de la mano, te levanta y te dice: «Ahora, caminemos juntos hacia adelante». La misericordia te libra del infierno. La gracia llena tu vida de la dicha celestial.

Gracia y fe: La alianza divina

No podemos abandonar este tema sin retomar la sagrada alianza entre la gracia y la fe, el dúo que Pablo sitúa en el centro mismo de la salvación.

«Porque por gracia habéis sido salvados mediante la fe; y esto no procede de vosotros, sino que es un don de Dios.» — Efesios 2:8, NVI

Observa la estructura de esa frase. La gracia es la fuente, el manantial del que todo fluye. La fe es el canal, el medio por el cual esa gracia llega a tu vida y la transforma. No se pueden invertir. La fe no produce gracia; la gracia produce fe salvadora. No crees para que Dios sea misericordioso; crees porque Dios, en su gracia, ya se ha puesto a tu disposición.

Por eso, cuando se entienden correctamente, la fe y las obras nunca compiten. Las obras no pueden ganar la gracia; eso lo hemos demostrado de forma contundente. Pero la fe genuina, que ha comprendido verdaderamente la gracia, siempre produce obras. Como bien argumenta Santiago, una fe que no produce ningún cambio es una fe que nunca te ha cautivado realmente. El árbol no se juzga por la semilla que sembraste, sino por el fruto que da. El fruto de una fe auténtica, impulsada por la gracia, es una vida transformada.

La fe, entonces, no es un esfuerzo desesperado por creer con más fuerza. Es la mano abierta del alma, que recibe lo que Dios ya ha declarado. Es el niño que confía en la palabra del Padre. Es el paciente que toma la medicina en lugar de discutir sobre si la receta es real. La fe no crea el milagro; la fe te conecta con Aquel que lo hace.

La supremacía práctica de la gracia: Cómo funciona en tu vida cotidiana

Aquí es donde la teoría se pone a prueba. Aquí es donde la teología deja de ser abstracta y comienza a ser la fuerza más práctica en tu vida diaria.

La gracia no solo te salva el día de tu conversión, sino que te sostiene cada martes de tu vida. Es la gracia de Dios la que te da la fuerza para perdonar a quien te ofendió la semana pasada. Es la gracia de Dios la que te capacita para resistir la tentación a la que has sucumbido innumerables veces. Es la gracia de Dios la que te levanta tras tu peor fracaso y se niega a abandonarte a tu suerte.

*"Y Dios tiene poder para hacer que toda gracia
abunde en vosotros, de manera que, teniendo
siempre en todas las cosas todo lo necesario,
abundéis en toda buena obra."* — 2 Corintios 9:8,

NVI

Léelo de nuevo despacio. Toda gracia. Toda suficiencia. Todas las cosas. Todos los tiempos. Esta no es la promesa de un Dios que da generosamente en tus mejores días y con reticencia en los peores. Esta es la declaración de un Dios cuya gracia no se ajusta a tu desempeño, sino a su propia abundancia infinita.

Esto significa que la gracia no es un recurso limitado que debas racionar cuidadosamente. No puedes agotarla. No puedes agotar la disposición de Dios para concederla. La fuente no se seca por haber recurrido a ella con demasiada frecuencia. De hecho, el apóstol Pablo —quien se consideraba el mayor de los pecadores— testificó que fue precisamente en su mayor debilidad donde experimentó la gracia con mayor poder. «Mi gracia te basta», le dijo Dios, «porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9). Tu insuficiencia no es un obstáculo para la gracia, sino la condición misma bajo la cual la gracia opera con mayor gloria.

El poder transformador de la gracia: Lo cambia todo

Una de las dimensiones más olvidadas de la gracia es su poder transformador. La gracia no se limita a perdonarte y dejarte como estabas; eso sería solo misericordia, magnífica, pero incompleta. La gracia perdona y luego penetra en lo más profundo de tu carácter y comienza a transformarte desde adentro hacia afuera.

"Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación de todos los hombres, enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir con dominio propio, justicia y piedad en este mundo." — Tito 2:11–12, NVI

No pases por alto esta frase: la gracia de Dios nos capacita. La gracia no es pasiva. No se queda de brazos cruzados después de entregarte tu salvación. La gracia es una fuerza viva, activa y santificadora que obra en tu vida desde ahora mismo, transformando tus deseos, renovando tu mente, refinando tu carácter y reproduciendo la

naturaleza de Cristo en ti. No eres solo un pecador perdonado. Eres una persona transformada en constante evolución.

Por eso, comprender la gracia correctamente no es solo un ejercicio académico, sino que tiene enormes consecuencias prácticas en nuestra vida. El creyente que malinterpreta la gracia se vuelve perezoso (pensando que no se le exige nada) o se agota (pensando que todo depende de su esfuerzo). Ambas son distorsiones trágicas. El creyente que comprende verdaderamente la gracia se convierte en algo completamente distinto: motivado por el amor en lugar del miedo, sirviendo por gratitud en lugar de obligación, viviendo en libertad en lugar de esclavitud.

El resumen que no debe olvidarse

Para concluir, dejemos claras nuestras ideas. Que estas verdades sean los pilares de su comprensión, el marco al que recurran cada vez que la confusión intente invadirlos.

Primero: La gracia es el favor inmerecido de Dios. No hiciste nada para merecerlo. No puedes hacer nada para aumentarlo. No puedes hacer nada para perder tu posición en él. Proviene de la naturaleza inagotable de Dios mismo.

Segundo: La gracia no es lo que Dios hace en lugar de la justicia, sino la forma en que Dios cumple la justicia a través de la cruz. En el Calvario, la gracia y la justicia no competían. La justicia exigía un pago. La gracia proveyó a Aquel que pagaría.

Tercero: La gracia y la misericordia son distintas pero inseparables. La misericordia te libra del juicio que mereces. La gracia te colma de bendiciones que jamás podrías merecer. Juntas, revelan el corazón de un Dios que es a la vez perfectamente justo y perfectamente amoroso.

Cuatro: La gracia obra por medio de la fe. La fe no es la causa de la gracia, sino el conducto. Abre la mano de tu alma y recibe lo que Dios ya te ha declarado tuyo.

Cinco: La gracia no es una licencia para pecar, sino el poder para dejar de pecar. Abusar de la gracia es no comprenderla. Comprender verdaderamente la gracia es dejarse transformar por ella, quebrantar por el amor que revela y ser motivado por ese amor a vivir de una manera digna de ella.

Seis: La gracia se transforma. Lo que Dios justifica, también lo santifica. La misma gracia que perdonó tu pasado obra activamente en tu futuro. No eres quien eras. Aún no eres quien serás. Y la gracia es el agente de ese cambio.

Siete: La gracia es suficiente, siempre, para todo, en cualquier estación. No hay valle demasiado oscuro, ni fracaso demasiado catastrófico, ni debilidad demasiado profunda que la gracia de Dios no pueda alcanzar. Su gracia no es proporcional a tus circunstancias, sino a su naturaleza. Y su naturaleza es infinita.

El desafío: Deja de visitar Grace, empieza a vivir allí.

He aquí la mayor tragedia que veo entre los creyentes hoy en día, y quizás la reconozcas en tu propia vida. No es que los cristianos no crean en la gracia. La mayoría sí, al menos intelectualmente. La tragedia radica en que tratan la gracia como un destino vacacional en lugar de como una residencia permanente.

Recurren a la gracia en momentos de crisis. La invocan cuando han fracasado estrepitosamente. Se apoyan en ella cuando el peso de la vida amenaza con aplastarlos. Pero cuando la crisis pasa, hacen las maletas, se despiden y regresan al agotador mundo del esfuerzo

personal y el desempeño, intentando una vez más ganar lo inalcanzable, merecer lo inmerecido.

Este libro se ha escrito para decirte que no tienes por qué vivir así. No fuiste salvado por la gracia para que pasaras el resto de tu vida en una carrera constante por el éxito. Fuiste salvado por la gracia para que la gracia se convirtiera en tu morada permanente: el entorno en el que cada respiración se realiza, cada decisión se toma, cada relación se cultiva, cada fracaso se procesa y cada victoria se celebra.

"Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro." — **Hebreos 4:16, NVI**

Fíjate en lo que presupone este versículo: que la gracia es accesible. Que el trono está abierto. Que eres bienvenido no solo en tus mejores momentos, sino también en los más difíciles. La invitación no es «ven cuando te hayas purificado». La invitación es «ven con valentía», con confianza, con esperanza, con la certeza de que el Dios que se sienta en ese trono no está esperando para juzgar tu valía. Él está esperando para extenderte su gracia.

Así que aquí está tu reto, y quiero que reflexiones sobre él mucho después de que cierres este libro:

Deja de vivir tu fe desde la distancia. Deja de actuar para un público que no existe. Deja de esforzarte por demostrarle a Dios lo que Él ya ha declarado. Intégrate. Establece tu residencia. Haz de la gracia tu hogar permanente, no solo un lugar al que acudes cuando todo se desmorona, sino el fundamento sobre el que se construye cada día.

Cuando despiertes mañana por la mañana, antes de que tus pies toquen el suelo, antes de que la lista de tareas pendientes comience a clamar y el mundo empiece a exigirte cosas, recuerda lo que es verdad. Eres amado con un amor eterno. Estás cubierto por una gracia infinita. Tienes acceso a un trono que nunca se cierra. Y el Dios que creó el universo se ha comprometido a que todas las cosas—incluidos tus fracasos, tus miedos y tus limitaciones—obren para tu bien y para su gloria.

Eso no es una ilusión. Eso no es autoayuda. Es la Palabra revelada del Dios viviente, y es más sólida que el suelo que pisas.

Cómo se ve vivir en gracia: Indicadores prácticos de una vida llena de gracia

Una vida genuinamente arraigada en la gracia de Dios no se parece a una resignación pasiva, sino a un compromiso radical, gozoso y valiente con Dios y con el mundo. Así es como se ve en la práctica:

Parece que se trata de confesar el pecado rápidamente y volver a Dios sin caer en una espiral de vergüenza. Como comprendes que tu posición ante Dios no depende de tu último acto, no tienes por qué sentirte culpable. Confiesa, recibe el perdón y sigue adelante. La gracia hace que el arrepentimiento sea rápido y la libertad inmediata.

Parece que se trata de extender el perdón radical a los demás. Quien comprende verdaderamente cuánto se le ha perdonado, encuentra cada vez más difícil negar el perdón a los demás. La gracia recibida se convierte en gracia extendida. Esto no es debilidad, sino la fuerza más poderosa en las relaciones humanas.

Parece que se trata de servir sin llevar la cuenta. Las personas llenas de gracia no sirven para acumular méritos espirituales, sino

porque rebosan de ella. Cuando se ha recibido tanto, es inevitable dar. La motivación no es la obligación, sino la gratitud desbordante.

Parece que se trata de afrontar el fracaso sin derrumbarse.

Cuando sabes que tu identidad se basa en la gracia y no en el desempeño, tus fracasos no te definen. Te enseñan, te refinan, incluso te hacen humilde, pero no te destruyen. Te levantas porque la gracia nos dice que la caída no es el final de la historia.

Parece como caminar con santa audacia. Quienes viven en la gracia no son arrogantes, pero tampoco tímidos. Saben a quién pertenecen. Saben lo que se ha declarado sobre sus vidas. Caminan con la serena confianza de quienes han sido adoptados en la familia del Rey del universo.

Una última palabra

Tal vez tomaste este libro porque estabas confundido acerca de la gracia. Tal vez llegaste a él agotado, cansado de esforzarte, cansado de nunca sentirte suficiente, cansado de la presión implacable de un cristianismo que se sentía más como una evaluación de desempeño que como una relación de amor. Tal vez llegaste cargando con el peso de fracasos pasados que no estabas seguro de que la gracia pudiera alcanzar.

Vengas de donde vengas, sea lo que sea que te haya traído aquí, quiero terminar con esto:

La gracia de Dios no es una doctrina que se deba dominar, sino una Persona con la que encontrarse. Su nombre es Jesús. Y la asombrosa verdad del evangelio es que Él no esperó a que lo encontraras, sino que vino a buscarte. Dejó la gloria del cielo no porque la merecieras, sino porque estabas perdido. Fue a la cruz no porque tu trayectoria

fuera impresionante, sino porque tu necesidad era desesperada. Resucitó de entre los muertos no para fundar una religión, sino para comenzar una relación, una que se sostendría, no por tus méritos, sino por su gracia.

*"Porque de su plenitud todos hemos recibido,
gracia sobre gracia." — Juan 1:16, NVI*

Gracia sobre gracia. Como una ola tras otra en la orilla, cada una retrocede solo para ser reemplazada por otra, más grande y poderosa. Este es el ritmo de la vida con Dios. No recibes un gran depósito de gracia al convertirme y luego vives de las reservas el resto de tu vida. La recibes fresca, a diario, sin cesar, de un Dios cuya provisión nunca disminuye por tu demanda.

Así que ve. Vive. No bajo el peso de un Dios perpetuamente decepcionado contigo, sino en la libertad de un Dios que ha derramado su gracia sobre ti sin medida, sin condiciones, sin fin.

No eres un pecador que intenta alcanzar la gracia a la fuerza. Eres un hijo de la gracia: llamado, protegido, comisionado e impulsado por la fuerza más transformadora del universo.

Ahora ve y vive como si así fuera.

*La asombrosa gracia de Dios no es solo una canción.
Es tu historia.*

A Dios solamente sea la gloria

RECIBE LA GRACIA SALVADORA DE DIOS

Al llegar al final de este camino, si nunca has recibido la gracia salvadora de Dios o no estás seguro de ser salvo, quisiera invitarte personalmente a recibir su maravillosa gracia. Hay una verdad innegable: la gracia no se alcanza, sino que se recibe.

Lo has visto a lo largo de estas páginas. La gracia de Dios no está reservada para los dignos, los fuertes ni los religiosos. Se extiende a los quebrantados, a los cansados y a los que no la merecen. No es una recompensa por el buen comportamiento; es un don que brota del corazón de un Padre amoroso.

La Biblia dice:

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”(Efesios 2:8–9)

Esta es la línea divisoria entre religión y relación.

La religión dice: “Haz más. Esfuérzate más. Gánatelo”. La gracia dice: “Todo está consumado. Recibe lo que ya se ha hecho”.

- No puedes ganarte el perdón.
- No mereces la salvación.
- No puedes ganarte el favor de Dios con tus obras.

Si hubiera sido posible, Jesús no habría necesitado ir a la cruz.

Pero la buena noticia —el Evangelio— es esta:

“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en que, cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.”
(Romanos 5:8)

Él no esperó a que pusieras tu vida en orden. No te exigió que te arreglaras primero. Te encontró en tu fragilidad y te abrió un camino a través de su Hijo.

La gracia es Dios extendiendo su mano hacia ti, no tú subiendo hacia Él.

Y ahora, la pregunta no es "¿Comprendes la gracia?", sino "¿La recibirás?".

Porque un regalo, por muy valioso que sea, debe ser aceptado.

«Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Mas a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.»

(Juan 1:11–12)

Romanos 10:9-10 dice:

«Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo.

Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación».

La manera de recibir el don de la vida eterna que Dios ofrece es creer en tu corazón que Jesús es el hijo de Dios, que murió en la cruz por tus pecados y que resucitó de entre los muertos, y luego hacer esa confesión con tu boca.

Si estás preparado y crees de corazón que Jesús vino a salvarte, reza la oración de la página siguiente y recibe el mayor regalo de todos.

Oración de salvación

Padre Dios, confieso que soy pecador y necesito tu gracia salvadora. Creo que Jesús murió en la cruz por mis pecados y resucitó. Recibo tu perdón y la vida eterna contigo. Sé el Señor de mi vida y guíame en tu verdad cada día. En el nombre de Jesús oro. Amén.

Si hiciste esa oración, ¡felicidades! Es la mejor decisión que jamás tomarás. Quiero regalarte un libro que escribí titulado "¿Qué sigue?". Te guiará en tus próximos pasos como seguidor de Cristo. Solo escanea el código QR a continuación para descargar tu libro electrónico gratis. No se requiere información. ¡Que Dios te bendiga!



Acerca del autor

Bruce Edwards es pastor, maestro y autor, con más de 40 años de experiencia en liderazgo empresarial y ministerial. Está casado con Trudy desde hace más de 50 años y tienen dos hijos y seis nietos.

Posee una maestría en administración de empresas y un título en ministerio pastoral. Sirvió durante más de 28 años en el Centro Cristiano Victory en Tulsa, Oklahoma, como pastor asociado principal. Ha escrito más de 30 libros y ayuda a pastores a hacer crecer sus iglesias.

Como pastor, le apasiona ayudar a las personas a experimentar la vida abundante que Jesús nos brinda y está comprometido a enseñar y comunicar los principios de la Palabra de Dios con claridad, sencillez y valentía.



Pastor Bruce R. Edwards

OTROS LIBROS DEL PASTOR BRUCE EDWARDS



Los principios elementales de Cristo

Ministerio pastoral eficaz

Atención pastoral eficaz

Predicación eficaz

7 secretos poderosos del liderazgo piadoso

Fe: 31 Principios

Encontrando la vida para la que naciste

Ora según las reglas

La vida y las enseñanzas de Cristo

Lecciones de liderazgo extraídas de la Biblia

Libro de Romanos – Capítulo por capítulo

Libro de los Hechos – Capítulo por capítulo

Libro de Hebreos – Capítulo por capítulo

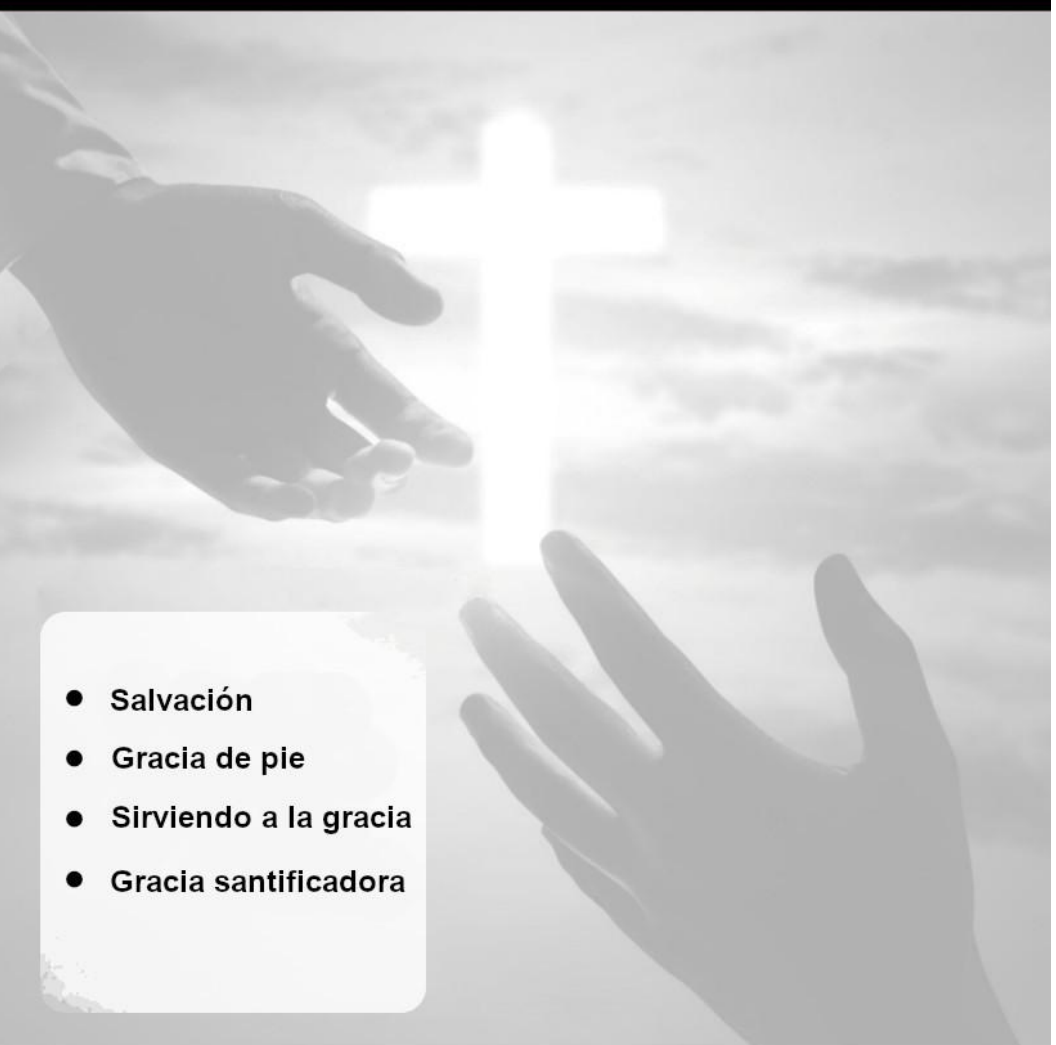
El propósito bíblico de la riqueza

Embajadores de Cristo - Manual



Escanea el código QR
para acceder a mi página
de autor en Amazon.

"Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, 12 enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente," Tito 2:11-12



- Salvación
- Gracia de pie
- Sirviendo a la gracia
- Gracia santificadora

COMPRENDIENDO LA GRACIA